

# HONDA



ISBN 959-9576

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

No. 1 Año 1 Enero/Febrero/Marzo 2000

*Algunas consideraciones  
sobre cultura en José Martí*

**Roberto Fernández Retamar**

*Martí en la educación superior*

**Cintio Vitier**

*Ética, cultura y política*

**Armando Hart**

*Cuba,  
40 años de resistencia*

**Frei Betto**

# Coloquio Internacional «**JOSÉ MARTÍ** Y LA CULTURA IBEROAMERICANA»

## VARADERO

El Centro de Estudios Martianos, con el coauspicio de prestigiosas instituciones, convoca a participar en el II Coloquio Internacional «José Martí y la Cultura Iberoamericana» que se efectuará en el balneario de Varadero del 29 al 31 de marzo del año 2000, en las instalaciones del Centro de Convenciones «Plaza América». Esta segunda edición del Coloquio tendrá como tema central «Iberoamérica ante los desafíos del siglo XXI. El Coloquio propiciará la reflexión acerca de los principales desafíos que enfrenta Iberoamérica en la frontera del próximo milenio, así como el intercambio sobre las consideraciones y propuestas en relación con ellos aporta el legado de José Martí

**Desafíos socioeconómicos:** mundialización e integración regional; nuevo orden económico internacional y desarrollo sostenible, relaciones América Latina. Comunidad Económica Europea y relaciones económicas interamericanas; nuevas tecnologías e impactos ecológicos.

**Desafíos sociopolíticos:** nuevas alianzas: imperialismo o autodeterminación; relaciones Norte-Sur y Sur-Sur, soberanía y derecho internacional; democracia y participación; partidos políticos y movimientos populares.

**Desafíos socioculturales:** Identidad Cultural y globalización; enseñanza y privatización; intercambio y guerras culturales; cultura y derechos humanos.

### PARA CONSULTAS Y COMUNICACIONES:

Comité Organizador: Centro de Estudios Martianos, Promoción, Extensión y Relaciones Internacionales, Calzada 807 esquina a 4, Vedado.  
C.P. 10 400, Ciudad de La Habana, Cuba. Teléfonos: (53-7) 55-2297, 55-2298, 30-9519, 30-6197, 30-6551. fax: (53-7) 33-3721, 33-4672.  
Email: [jmartí@artsoft.cult.cu](mailto:jmartí@artsoft.cult.cu)

CUBA

TEMÁTICAS

I-

II-

III-

# HONDA [ POR DENTRO ]

Fundadores de la  
Sociedad Cultural José Martí.

*Armando Hart Dávalos*  
*Roberto Fernández Retamar*

*Eusebio Leal*  
*Carlos Martí*  
*Abel Prieto*  
*Enrique Ubieta*  
*Cintio Vitier*

Director

*Armando Hart Dávalos*

Editor

*Mamiel Hernández Lagarde*

Dirección Artística

*Jorge Rodríguez Díez*

Mecacopista

*Mayra del Río Fuentes*

## CONSEJO EDITORIAL

*Eliades Acosta Matos*

*Luis Álvarez*

*Marlen Domínguez*

*Jorge Fernández*

*Omar González*

*Rolando González Patricio*

*Joel James*

*Francisca López Civeira*

*Mayra Beatriz Martínez*

*Pedro Pablo Rodríguez*

*Mercedes Santos Moray*

*Jose Luis de la Tejera Gall*

Redacción:

*Sociedad Cultural José Martí, Centro de*

*Estudios Martíanos, Calzada 807 esquina a 4*

*Teléfono/Fax 33 3721 y 33 4672*

*Esta edición ha sido financiada por el*  
*Fondo de Desarrollo de la Cultura y la*  
*Educación*

*No se devuelven originales*  
*ni manuscritos*

Armando Hart Dávalos **5**  
Ética, cultura y política.

Roberto Fernández Retamar **19**  
Algunas consideraciones sobre cultura en José Martí\*.

Cintio Vitier **29**  
Martí en la educación superior.

Rolando González Patricio **34**  
Martí y la comunicación transcultural\*.

**apostolario 44**

Frei Betto **46**  
Cuba, 40 años de resistencia

**IDEAS**

**49** José Ramón Fabelo

La autenticidad filosófica: un problema recurrente del pensamiento latinoamericano

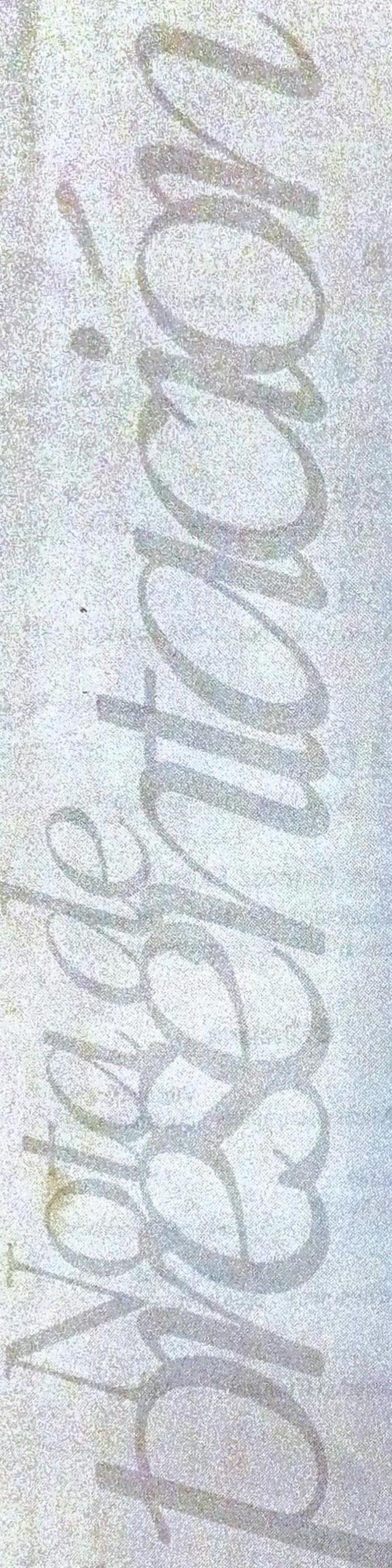
## relecturas

**59** Victor Hugo  
Una enciclopedia de Martí en campaña Purón Fonseca

**62** Mercedes Santos Moray  
Destino: Martí

**64** Eusebio Leal Spengler  
Martí ha crecido entre nosotros

**67** ¿Qué es la Sociedad Cultural José Martí?



“Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —  
mi honda es la de David.” Inspirada en esta frase  
autodefinitoria de José Martí en su última carta a  
Manuel Mercado poco antes de caer en combate,  
la revista que hoy iniciamos, órgano de la Sociedad  
Cultural que lleva su nombre, quiere ser digna de  
su título empuñando la honda que el Apóstol de  
Cuba puso en nuestras manos para nuestra defensa  
y la defensa de Nuestra América. La honda  
martiana, lo sabemos, como la del pastor y profeta  
evocado por él, no era portadora de ciega  
violencia, que es precisamente el signo del Goliat  
bíblico y del Goliat histórico de nuestros días, sino  
de un haz de ideas redentoras y de una doctrina  
humanista que, recogiendo los más puros legados  
éticos de la humanidad, lanza a todos los vientos  
las semillas fundadoras de la libertad y la justicia  
iberoamericanas y caribeñas. Al servicio de esas  
semillas, de cuya fecundidad dependerá nuestro  
futuro espiritual en el próximo Milenio, dedicamos  
esta revista.



# Ética,

por ARMANDO HART DÁVALOS

# Cultura y política\*

**E**l inmenso honor que la generosidad de ustedes me otorga, no puedo interpretarlo sobre el fundamento de méritos académicos porque aunque muy joven tuve la aspiración de llegar a ser profesor de Derecho Constitucional o Filosofía del Derecho, para ejercer desde la Cátedra el oficio que movió mi imaginación de adolescente, de hacer política al modo martiano, la vida me llevó a desempeñarlo no precisamente en las aulas aunque sí en estrecha comunión y vínculo con ellas. Atribuyo pues, y como tal asumo el que se me otorgue esta distinción por el Instituto pedagógico Enrique José Varona, al hecho de que desde los años iniciales del triunfo de la Revolución, hasta hoy, y así será hasta mi último suspiro, he defendido con pasión la idea de que en la historia de Cuba la mejor política, es decir la del pueblo trabajador, se ha fundamentado siempre en la tradición educacional y cultural de la nación cubana. Esta relación entre academia, cultura y política, como parte integral del modo más elevado del ser cubano sólo pueden ignorarla o pasarla por alto la maldad, la torpeza o la ignorancia, que para Martí andan muchas veces relacionadas.

En ocasiones he pensado si se trata de una formulación exagerada; en todo caso, sería una exageración muy útil para el pueblo. Por demás, en la esencia del planteamiento hay una verdad históricamente comprobable.

En Europa, Carlos Marx dijo que era necesario educar a los educadores. En nuestro país, desde el siglo XIX, no había que hacerlo, pues ellos estaban educados y formaron a muchos revolucionarios en la mejor tradición cultural de la humanidad. De esta manera, lo docente ha sido siempre en Cuba fuente de ideas y enseñanzas para encontrar caminos, no sólo en función de obtener conocimientos, sino, también, de ayudar a la formación ética ciudadana y a la más elevada creación intelectual: la práctica revolucionaria. Esto desde los tiempos del maestro diputado presbítero Félix Varela hasta los del universitario que lleva en su conciencia toda la ética y sabiduría política que faltó en el siglo XX, Fidel Castro. Y así será con mayor razón y coherencia en el futuro, porque disponemos de 600 mil graduados universitarios formados por la Revolución que constituyen escudo fundamental de nuestra identidad. Lo necesita América, la de Bolívar y Martí, a la que debemos servir en los procesos de integración continental. Solamente podremos hacerlo guiados por la noble aspiración del Apóstol, de convertir a Cuba en universidad del continente.

La estrecha relación entre política, cultura, educación y práctica revolu-

\*Palabras pronunciadas por el director de Honda a propósito de que se le otorgara el título de Profesor Emérito en el Instituto Pedagógico Enrique José Varona en Ciudad de La Habana

cionaria se halla en las exigencias ideológicas —en el sentido de producción de ideas— que nos impone el siglo XXI. José Martí, a la vez que organizaba el Partido Revolucionario Cubano y la lucha por la independencia, afirmó que se había hecho maestro, que era hacerse creador, señaló, a su vez, que ser culto es el único modo de ser libre, expresión convertida, en 1959, en el lema del Ministerio de Educación.

La trascendencia actual de esta relación es que no hay otra alternativa para que la humanidad pueda sobrevivir y alcanzar un desarrollo estable y sostenido, que la de promover la cultura en toda su extensión y profundidad, y ello sólo es posible si se le reconoce en la ética el eslabón primario y clave de la historia del hombre, la del pasado y, sobre todo, la del futuro.

Cuando a un revolucionario se le otorga un homenaje como el presente debe aceptarlo para servir, y mostrar así cómo interpreta la razón del mismo. Si la explicación es certera, el homenaje será justo, si no lo fuera, valdrá sólo como una formalidad sin mayor importancia, y para simples formalidades no están hechos los revolucionarios, es decir, ni ustedes ni nosotros. En mi caso, acepto el inmenso honor para hacer llegar a las nuevas generaciones, las nacidas a partir de 1953, la lección que he extraído en medio siglo de vida revolucionaria sobre el carácter y el papel de la política cubana.

Quienes consciente o inconscientemente, con tal o cual propósito, han tratado de hacer política en Cuba dañando a la cultura o sin contar con ella, acabaron lesionándola profundamente pues chocaron con la Revolución. Proceder político que no se fundamente en la mejor tradición intelectual y académica de la nación, será, en el menos grave de los casos, una superficialidad o ignorancia, pero también podrá significar engaño, simulación, y conducirá, si no se le detiene a tiempo, a la claudicación.

Maestros:

En el terreno académico, quien no aprecie el arte de hacer política como una de las más nobles actividades a que se puede dedicar un joven y no nutra su espíritu con la pasión por la justicia, no podrá trabajar a la altura de la pedagogía que fomentó en nuestro país el mentor del Colegio El Salvador y sus continuadores.

Sintiendo desde siempre estas ideas como convicción, intuición o como ustedes quieran nominarles, desde el triunfo de la Revolución cuando con 28 años se me situó en la responsabilidad de dirigir el Ministerio de Educación y tuve el inmenso privilegio de hacerlo con el aliento y la dirección de Fidel, se me confirmaron y enriquecieron con la experiencia práctica, política y educativa de la inmensa tarea que nuestro pueblo emprendió desde entonces.

Mis maestros fueron, en primer lugar, Fidel Castro, que junto a Martí muestra la enseñanza de un quehacer político fundamentado en la cultura, cuya originalidad estuvo en que nos enseñó a articularlo con el movimiento social; y del otro lado, también lo fueron en los años iniciales de la Revolución, los mejores pedagogos del país a quienes, como recuerdan los mayores, solicité su cooperación para emprender una tarea que obviamente estaba más allá de mi experiencia y saber. Todos ellos se han mantenido firmes en el país, los que murieron lo hicieron en su patria y luchando por ella, los que están vivos, siguen defendiendo la causa del socialismo, no recuerdo una sola excepción, y si la hubiera, sería la plena confirmación de la regla.

La intelectualidad pedagógica que Cuba heredó en 1959 era profundamente revolucionaria y habían hecho o hicieron suyas las ideas socialis-

## Estúdiense

la historia de quienes representan esa tradición y confirmarán el hecho de que las figuras más importantes del pensamiento y la acción de la política cubana son hombres de cultura y poseen una carga de vida espiritual que, para darle continuidad a la Revolución, debe ser respetada y exaltada hoy y mañana.

tas sobre los fundamentos de la tradición patriótica cubana. Si de algo puedo modestamente enorgullecerme es que supe entender desde mi irrenunciable vocación de trabajador político y social la esencia de la inmensa cultura pedagógica que había en Cuba antes de la Revolución y trabajar por articularla con el ideal socialista. Jamás renunciaré a ella porque es pilar esencial de lo mejor que hicimos y lo que debemos hacer hacia el mañana.

Por esto hoy, en 1999, cuando debemos asumir lo más valioso de ese pasado, enriquecerlo con la inteligencia acumulada y la imaginación creadora, quiero transmitir a los maestros formados por la Revolución la imagen que dejó en mi espíritu, la más alta tradición pedagógica de la nación. Obviamente, era sólo el antecedente de la inmensa creación educacional en más de 40 años. Pero había algo esencial que le dio fuerza, grandeza y posibilidades creadoras a la Revolución en la educación y la cultura, en el corazón de la vida espiritual e histórica de la nación, pedagogía, ética, cultura y política están ensambladas. Léanse si no, los textos de los mejores pensadores cubanos y, por tanto, de José Martí, en especial "Yugo y Estrella", y se encontrarán las esencias de una filosofía y una pedagogía como la que necesita no sólo nuestro país, sino nuestra América.

Estúdiense la historia de quienes representan esa tradición y confirmarán el hecho de que las figuras más importantes del pensamiento y la acción de la política cubana son hombres de cultura y poseen una carga de vida espiritual que, para darle continuidad a la Revolución, debe ser respetada y exaltada hoy y mañana. He mencionado en muchas conferencias y encuentros

esos nombres. Están presentes en mi corazón y en el de ustedes. Puedo afirmar que lo mejor de la política cubana ha provenido de la intelectualidad y cuando no suele calificarse algunos de ellos como tales, han tenido un infinito respeto y admiración por la cultura cubana; y puedo también asegurar que los peores gobernantes de

Cuba, que se entregaron al imperialismo o al oficio rastrero de servirles como segundones, no fueron intelectuales.

No digo que no hayan existido excepciones, pero ellas sólo confirman la regla, y esta regla es de oro. Hay casos como el de Jorge Mañach, hombre de talento y cultura, que no podía entender la Revolución por limitaciones ideológicas, de contradicciones entre una cultura que había heredado y una ideología e intereses que le impedían asumirla a plenitud, pero esto sirve para mostrar que un intelectual cubano que no sea realmente antimperialista no podrá asumir las esencias más puras de la nación. Enrique José Varona, la cumbre más alta del pensamiento pedagógico cubano de las primeras décadas del siglo, dijo que «no se puede ser patriota cubano sin ser antimperialista.»

Incluso, algunos intelectuales de pensamiento diferente al de la revolución social habían penetrado en las esencias de la cultura cubana, presentaban programas contrarios a los intereses de anexionistas e imperialistas. Merece recordarse a José Antonio Saco y a Ramiro Guerra. De este último había dicho Carlos Rafael Rodríguez que no podía hacer la historia de Cuba desde el punto de vista del marxismo, pero ella tampoco podría hacerse sin la información que brinda en sus textos.

Hagamos una relación de los más grandes representantes de la tradición política e intelectual cubana: Félix Varela, José de la Luz y Caballero,

fundadores y paradigmas de una cultura que alcanzó cumbres en el pensamiento del Occidente civilizado, no todavía bien conocida ni reconocida fuera. Céspedes y Agramonte, fundadores de la nación.

Nadie mejor que Antonio Maceo para estudiar las relaciones entre cultura, ética y política en la historia espiritual de nuestro pueblo. No fue sólo un talento militar, sino también un hombre de honor, de enorme curiosidad por la cultura, de amplísima visión humanista y, desde luego, de estrechos vínculos con el pueblo explotado del que era su más nítido representante en el Ejército Mambí. En Maceo hay un guerrero de modales cultos en el hacer y en el decir, que hasta sus enemigos se vieron obligados a reconocer como un caballero.

Desde el triunfo de la Revolución sentí que Cuba poseía una tradición que vinculaba o relacionaba las categorías ética, cultura y política de una manera extraordinariamente útil para los pueblos. Esta idea —como se sabe— la defendí durante mi gestión en el Ministerio de Cultura, pero al tener que ejercer responsabilidades estatales, administrativas y económicas en relación con el movimiento artístico e intelectual, me resultaba muy complejo revelar con toda su fuerza y pureza el valor político de nuestra cultura. Sin embargo, me la confirmó el hecho de que el resultado positivo de la política que promovimos no está cuestionado.

Hoy, cuando se me ha otorgado el honor de promover las enseñanzas martianas y, por tanto, la de los héroes y pensadores de nuestra América y del mundo presentes en la cultura del Apóstol, podré explicar mejor los vínculos entre ética, cultura y política vivos y activos en la evolución espiritual del país.

En esta relación deslumbra, desde luego, José Martí, que es la cumbre más alta. Siempre he creído que no fue casualidad que resultara ser el más grande político cubano del siglo XIX y el más grande intelectual del país en esa centuria.

En el siglo XX, recordemos a hombres de formación universitaria como Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Enrique José Varona, —vivieron en los dos siglos—, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras, Pablo de la Torriente Brau, Eduardo Chibás, Rafael García Bárcena, Raúl Roa, Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez, Fernando Ortiz, José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y tantos y tantos más.

En el prólogo a la primera edición de la geografía de Antonio Núñez Jiménez —otro representante de esta hermosa tradición— publicada después del triunfo de la Revolución en 1959, señalé que *la genuina pasión por el conocimiento no es patrimonio de los frívolos que no sienten el drama de la vida, sino que sólo se alienta en los que se deciden por el esfuerzo y el sacrificio que lleva en sí toda gran empresa humana.*

Por eso, a los jóvenes les pido que no aplacen o pospongan lo importante en nombre de lo que se les presenta como urgente e inmediato, porque lo esencial hay que tratarlo todos los días y, por tanto, desde ahora mismo, como nuestra más importante urgencia. No hay nada más urgente e importante que debatir sobre el tema de la ética; es el gran tema de la política cubana desde Varela, Luz y Martí hasta hoy. Lo fue, en especial, desde los tiempos de Vergüenza contra dinero. Lo fue a partir del criminal golpe de estado del 10 de marzo de 1952, cuya respuesta ética fue el Moncada. Es el gran tema de la generación del centenario. Nada es hoy más urgente e importante que el debate moral, desde el fraude en los exámenes, hasta la corrupción, hay que empezar a discutirlo estudiando la ética política de la nación cubana.

Alguien dijo fuera de nuestro país que había que estudiar el pensamiento de El Zanjón. Estoy de acuerdo. Respondemos: también debemos estudiar el SIDA.

Es cierto, hay otra relación de personajes que representaron lo peor de la subconciencia histórica cubana, los que encarnaron la traición, la división y el crimen, pero ni Machado ni Batista, que son sus más significativos exponentes, ni la inmensa mayoría de los que ejercían el oficio de políticos en Cuba respondían a la tradición intelectual cubana, y aunque tuvieran preparación universitaria, acabaron sirviendo a los intereses imperialistas o, simplemente, corrompiéndose y, por tanto, abandonando el ideal intelectual de la nación.

En los primeros años de la república mediatizada, cuando los yanquis se impusieron en Cuba tras la intervención, le dijeron a los políticos cubanos que no se trataba de ideas, sino de hacer negocios.

Hoy, gracias a la Revolución, los cubanos podemos entender el decisivo papel que ejerce y debe ejercer con mayor fuerza la cultura en el desarrollo y la práctica política en nuestro país, tanto en lo interno, como en las relaciones internacionales. En respuesta a aquellas expresiones, podemos subrayar lo que señaló nuestro Comandante en Jefe cuando dijo: *«Para recoger trigo hay que sembrar ideas»*.

Intelectuales en el campo de la política y las ideas durante el siglo XX son los que hemos mencionado anteriormente como ejemplos representativos. Intelectuales en la década del 50 eran Raúl Gómez García, el poeta del centenario, los hermanos Saíz, quienes dejaron escrita con sangre su más extraordinaria creación el 13 de agosto de 1958; intelectual era Frank País, quien sentía felicidad al enseñar historia de Cuba a los niños y un día dejó las aulas para hacer historia; lo eran también en aquella década los del Grupo Orígenes y la Sociedad Nuestro Tiempo, núcleos fundamentales de la intelectualidad cubana de mediados del siglo.

Recuerdo que cuando fui a organizar el Ministerio de Cultura en 1976-77, busqué a los intelectuales de mayor relevancia para integrar el Consejo Asesor de dicho organismo. Lo hice, desde luego, con la amplitud que caracteriza a la Revolución, pero al apreciar quiénes estábamos reunidos, pude comprobar que una inmensa mayoría había pertenecido a la Sociedad Nuestro Tiempo, organizada y alentada, en nombre del Partido Socialista Popular, por el cro. Carlos Rafael Rodríguez, y el grupo Orígenes.

Las tendencias negativas nacidas en la subconciencia social y humana han alentado siempre el sometimiento de Cuba a potencias extranjeras, pero nunca las hemos tenido como conciencia de la cubanía. La generación del centenario hizo la Revolución y la hemos mantenido y hecho crecer durante más de 40 años en base de la más pura tradición del país sin someternos a dictado alguno del extranjero. Y si se quiere una prueba definitiva de su realismo político, téngase muy presente que desde hace ocho años está confirmado por la historia de manera irrefutable.

Cúdense los jóvenes de los políticos que no sean fieles, leales a la tradición, a los valores más importantes de la cultura cubana; cúdense de los que ignoran o subestiman lo que ella representa; exalten los más altos exponentes de la tradición política de Martí, que es la que ha colocado a Cuba en el alto sitio que hoy tiene en las relaciones internacionales.

Esta tradición fue enriquecida en cuatro décadas de historia por la inmensa creación que significa la obra educacional y cultural que con la orientación, aliento y acción de Fidel han realizado el pueblo, sus maestros y sus estudiantes. Estos últimos, ya a estas alturas de fines de siglo, están integrados por la inmensa mayoría de graduados por la propia Revolución. Han sido extraordinarias y mucho más que extraordinarias las realizacio-

nes de Cuba en cuatro décadas en este campo. Esto es universalmente aceptado. Valdría decir: ¿cómo se puede admitir la grandeza de la Revolución en la educación, la cultura y la salud pública y cuestionar a la Revolución misma? ¿Cómo es posible reclamarle derechos humanos a la Revolución más humanista de la historia de Occidente?

No es que no hayan existido errores. Baste recordar la insistencia de nuestro Comandante en Jefe en el pleno de la UJC sobre la necesidad de fortalecer los estudios y enseñanzas de la historia. Sé que se ha venido trabajando en ello. Sé también que ahora, con el impulso de estos planteamientos de Fidel, nuestro Ministerio de Educación viene elaborando nuevos planes. Los lunares existen, pero recordemos a Martí: «El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz».

Los revolucionarios somos agradecidos, y con la inmensa luz de la Revolución superaremos las manchas y se alcanzarán soles más brillantes en el siglo XXI.

Los latinoamericanos somos herederos de la cultura nacida en Grecia y Roma, que se extendió por Europa junto al cristianismo surgido en las entrañas de la antigua sociedad esclavista, y que en el Nuevo Mundo entró en contacto con las culturas que diversos pueblos habían desarrollado aquí siglos antes de Colón y los que continuaron haciéndolo con posterioridad a 1492. Somos depositarios de todo este inmenso acervo y en las luchas emancipadoras, en abigarrada mezcla de etnias y culturas, gestamos, como tendencia esencial, una vocación de universalidad entendiéndola como complejo de identidades. Compárese este crisol de culturas y esta aspiración a la integración con las tendencias de fragmentación y pragmatismo feroz que hoy alcanzan niveles de gran tragedia con la OTAN y su acción criminal en los Balcanes.

Tenemos esa vocación de universalidad y nos inspiramos en el principio enunciado por José Martí: «*Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas*». Reto colosal que nos obliga a estudiar los modos cultos de hacer política. El Apóstol nos da la señal cuando dice:

La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.

Esta política se basa en un principio: superar definitivamente el viejo postulado reaccionario de divide y vencerás y situar para siempre en nuestros corazones el postulado de unir para vencer.

Se trata de una política que tanto en sus fines ideales como en las formas prácticas de realizarlos se nutren del saber más profundo y la sensibilidad de nuestra tradición nacional enriquecida en los últimos 40 años de Revolución.

No voy a postular en este momento que se trata de un principio válido para todas las culturas que se hayan desarrollado a lo largo de la historia, dejo tal análisis a investigadores y estudiosos de lo que han llamado culturología. Baste decir que en Cuba esto es así; en cuanto a otros países y zonas de la tierra, les invito a observar cómo la ignorancia y la incultura están ensambladas con los principales sucesos en un mundo donde crece y se multiplica el desprestigio del oficio de hacer política.

Es evidente que los dirigentes de estados, partidos y organizacio-

nes del actual estadio de las sociedades clasistas, salvo muy honrosas excepciones, muestran la pobreza espiritual y moral, que se profundiza día a día y la cual revela la ruptura entre cultura y política.

Nunca fue más aguda, al menos en el presente siglo, el abismo entre ambos planos de la vida humana. Los que producen o al menos en apariencia disponen los principales acontecimientos del mundo de hoy son gentes superficiales y mediocres. Se trata de miserables marionetas que operan en nombre de los peores intereses e instintos. Se observa esta ruptura como un síntoma de que algo esencial debe cambiar para salvar al hombre del desorden, el caos y la barbarie.

Ante el drama de los Balcanes, donde se ha llevado al máximo imaginable la depravación ética, y alcanza sus últimos extremos la violación de la cultura jurídica de Occidente, perpetrada bajo las siglas de la OTAN, fui a buscar un libro del alemán Oswald Spengler, quien desde posiciones reaccionarias, pero con gran erudición, postulaba desde hace casi 80 años *La decadencia de Occidente* —título de su obra— durante el siglo XX y especialmente en sus postrimerías y a lo largo del XXI. Lo hice porque resultaba necesario a mi espíritu desenmascarar a estos bárbaros a partir de la fuente de ideología fundamentada no en la capacidad de pensar y amar del hombre, sino en sus instintos animales. Desde luego, un alemán como Spengler posee la información y la «cultura» para trasladarnos la imagen de todo el fondo diabólico del pensamiento reaccionario.

Estaba cansado de oír las tonterías que hablan quienes propagandizan a favor de la OTAN, quería buscar gente seria que mostraran el tumor canceroso que nos quiere devorar; deseaba entender todo esto a través de gente seriamente reaccionaria y no por la vía de los charlatanes y marionetas de una propaganda cada vez más pedestre.

Spengler decía que la civilización se impondría en nuestra centuria y en especial en sus postrimerías, como una fase posterior a la cultura europea decimonónica, y vendría caracterizada por el predominio de la violencia.

Si algunos llaman posthistoria a esta nueva etapa, habrá que convenir que dados los medios tecnológicos de que disponen las potencias hegemónicas de hoy, y sobre todo la principal de ellas, estos pueden conducirnos al último episodio de la vida sobre la tierra. Este autor, fuente de inspiración del nazismo, habló propiamente a partir de Europa. Releyéndolo hoy, me parece que debe meditarse en base a la realidad actual del viejo continente. Quizás el altísimo número de abstencionistas en las últimas contiendas electorales pueden entender lo que quiero decir; es posible que haya muchos pensando amargamente que esta situación no tiene arreglo dentro del sistema imperante. El ciudadano instruido de la culta Europa deberá seguramente estudiar este presagio del Diablo, expuesto aún antes de que en la URSS se extendiera el socialismo con sus grandezas, contradicciones y tragedias.

Cuando el derrumbe, se pasó por alto que no era sólo la caída de lo que llamaron *socialismo real*, sino una crisis más profunda y de más vasto alcance de toda la moderna civilización. Bien diría Eduardo Galeano: «hay que buscar otro muerto».

Hoy se hace más necesario que nunca promover una comunicación entre los pueblos y las personas sensatas. Por esto, la reunión de América Latina y el Caribe con la Comunidad Europea, en Río de Janeiro, así como la Cumbre Iberoamericana, en La Habana, tanto deben interesarnos. Sólo los irresponsables pueden no interesarse positivamente en este proceso.

En Cuba soñamos con la integración continental. Nuestros sueños no son con superhombres, sino con las aspiraciones de millones de seres humanos en todo el continente y en el mundo que debemos dejarle a nues-

tros descendientes y el cual no puede ser igual al presente porque incluso, para que sobreviva a las crisis y convulsiones de la civilización actual, debe ser bien distinto al presente.

En la obra de Spengler se dice que Occidente es la única cultura con propósitos y sentido histórico y, por tanto, capaz de una acción más allá del espacio y el tiempo en que nos movemos. Sostiene este instruido alemán que las leyes de la causalidad y de la ciencia histórica no valen para encontrar los caminos del futuro.

Paradójicamente, otros dos grandes alemanes, Marx y Engels, que son la cara opuesta del famoso filósofo de *La decadencia de Occidente* nos brindaron las bases científicas a partir de las cuales interpretar la historia transcurrida y desarrollar un *método de investigación y guía para la acción* que nos permita construir un futuro de liberación social y humana, porque contrariamente a lo que se ha divulgado, ellos no tenían una rígida concepción determinista de la historia, concebían la aplicación de las leyes de la causalidad para que los hombres y los pueblos, en el ejercicio de su voluntad, crearan una historia distinta a las de las civilizaciones clasistas. Sostenían que son los hombres quienes hacen la historia, pero con arreglo a las premisas existentes.

Precisamente, las limitaciones e insuficiencias de las ideologías de Occidente están en que pasan por alto los análisis basados en las ciencias sociales e históricas y en los métodos científicos de investigación y análisis o bien mantienen un *realismo* estrecho que no toma en cuenta las aspiraciones de un mundo que necesita de la solidaridad y el amor, y esto no se logra simplemente con lo que llaman *modelos*, sino con principios éticos. Educación y cultura, ciencia y conciencia se imponen como exigencias del futuro.

El autor de *La decadencia de Occidente* decía no conocer la historia de América Latina. En verdad, él se refería específicamente a Europa. Nosotros, desde el Caribe, donde propiamente comenzó la edad moderna, hemos asumido la historia de Occidente con una visión bien distinta y un propósito histórico genuinamente universal y basado en la solidaridad. Creemos en la *utilidad de la virtud* y tenemos los pies en la tierra de las dramáticas realidades de hoy. Conocemos la naturaleza humana, sin embargo, como Martí, tenemos confianza en la vida futura y el mejoramiento humano.

Para enfrentar de manera cabal estos retos hay que situarse en una realidad de espacio y tiempo universal y esto sólo se logra con inteligencia, solidaridad y amor.

En cuanto a Cuba, nuestra cultura nacional se enfrenta a la civilización del Norte y eso nos lleva a promover y a fortalecer las raíces bolivarianas y martianas que constituyen el más alto ideal con que puede soñar el hombre americano desde Alaska a la Tierra del Fuego. Digo esto último porque estoy impactado con el hermoso espectáculo de las Iglesias Evangélicas presenciado en la Plaza de la Revolución con la presencia de los estadounidenses. Fue un mediodía inolvidable cargado de espiritualidad y fuerte sol veraniego.

¿Se trata de que mantenemos los mitos? Sí, pero los nuestros se pueden explicar sobre el fundamento de la historia real y de las ciencias sociales y desde las necesidades espirituales que sintieron o sienten no sólo nuestros grandes hombres, sino también, y de forma esencial, los millones y millones de seres humanos que modestamente deseamos que la humanidad alcance un estadio social y moral sobre el pilar de la dignidad plena del hombre y de los derechos humanos —reivindiquemos la expresión. Las grandes personalidades de Cuba lo han sido en

la medida que interpretan estos mitos multitudinarios que nos recuerdan los análisis de José Carlos Mariátegui. Sus historias pueden explicar nuestros ideales, que excluyen el voluntarismo feroz de la filosofía reaccionaria, para abrazar con amor la redención universal del hombre en la Tierra, la superación radical de la explotación de unos por otros, llámenle ustedes de la forma que estimen mejor.

Los ideales cubanos se fundamentan en la sangre, la inteligencia y el amor que a lo largo de más de dos siglos han venido exaltando y estimulando las luchas por la libertad desde México y el Caribe hasta Chile y Argentina. Están, pues, asentados en la realidad y en los intereses materiales y espirituales de todos los hombres y mujeres sin excepción.

La oligarquía norteamericana, en cambio, está alentando los choques de culturas y civilizaciones en el viejo continente. Tratan de imponer una concepción totalitaria del mundo, cuya referencia la tenemos en el nazifascismo, que quedaría realmente como una pálida imagen ante el mundo suicida y de barbarie que estos representantes actuales de la ideología ultrarreaccionaria pretenden imponer.

Lo cierto es que el sistema burgués imperialista ha dejado atrás todo lo que ayer tenía formalmente como valores y siguen, sin embargo, proclamando en sus hipócritas y deshumanizados estandartes, los derechos humanos. Es que una nueva ética sólo es posible sobre el fundamento de cumplir de verdad, para toda la humanidad sin excepción, las ideas de libertad, igualdad y fraternidad y exaltar el mismo espíritu independiente de los cubanos, que desde la formación y origen de la nación forma parte de nuestra identidad. Estos valores los fortaleceremos y los haremos crecer en nuestra patria y los promoveremos en el mundo. Este es el reto que ha planteado Fidel en vísperas del 2000 y lo asumo a partir de la historia.

Hagamos ahora una explicación de cómo entiendo las esencias de la tradición pedagógica y espiritual cubana. El filósofo José de la Luz y Caballero, afirmó «que la justicia es el sol del mundo moral» y también «todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela», y aquel otro enunciado de que «no es necesario desvestir un santo para vestir a otro, sino que hay que vestirlos a todos». Sus

enseñanzas e investigaciones constituyen un aporte indispensable para un mundo que necesita abrirse en abanico hacia la ciencia, la ética y el estímulo a las más elevadas disposiciones humanas; estúdiense a Luz y Caballero con el rigor científico que nos muestran los métodos nacidos de la larga tradición filosófica de los pueblos de Occidente y cuya más alta expresión está, en Europa, dígame lo que se quiera por mediocres, superficiales o simplemente confundidos, en Marx, Engels y Lenin, y se observará que las ideas filosóficas del maestro del Colegio "El Salvador" nos pueden llevar hacia el siglo XXI a un plano superior del saber universal.

Nuestra nación posee una historia filosófica que le permite estudiar y presentar soluciones al tema de la ética sobre fundamentos científicos que es la única forma de alcanzar un nuevo pensamiento revolucionario. Varela, con su inmensa cultura, nos enseñó a pensar; Luz y Caballero, con su enciclopédica sabiduría nos enseñó a conocer; Martí, a partir de estas fuentes, de su saber universal, su genio e imaginación creadora, nos enseñó a actuar.

Sobre los fundamentos de toda esta tradición intelectual situemos el

## NUESTRA

nación posee una historia filosófica que le permite estudiar y presentar soluciones al tema de la ética sobre fundamentos científicos que es la única forma de alcanzar un nuevo pensamiento revolucionario.

**EL ERROR**

de quienes renuncian a la utopía está en que no toman en cuenta las realidades y las exigencias que se hallan en el subsuelo social y que van emergiendo hacia la superficie y, desde luego, en que no pueden concebir, por estas razones, las realidades de mañana.

acento espiritual, moral y cultural en el centro de nuestra acción redentora. Sólo así podremos exaltar las mejores disposiciones humanas, de las que habló Engels, cuando afirmó que la civilización hasta ahí, había alcanzado grandes realizaciones a partir de incitar las peores pasiones y a costa de lo mejor que hay en el seno de la naturaleza humana.

Con toda urgencia debemos asumir las riendas que el Apóstol decía tenía el hombre para dominar a la fiera dormida que todos llevamos dentro. ¿Cuáles son estas riendas? La cultura, la ética y las formas jurídicas que nos conduzcan a la fórmula del amor triunfante de que habló el Apóstol, así crearemos la *República con todos y para el bien de todos*, que nos representamos en el ideal socialista.

Para esto se requiere despertar en los jóvenes el entusiasmo por el estudio, la investigación, el trabajo y la creación orientados a las tareas de transformación del mundo.

Decía el maestro Luz que «*los mediocres no son entusiastas*». El entusiasmo, el interés por transformar y crear está en la esencia de la educación cubana y esto no se impone como un dictado reglamentario, aunque ellos sean indispensables, sino haciendo que primen la «*instrucción del pensamiento y la educación de los sentimientos*» — como dijo el Apóstol— y la política culta.

En el verbo está la expresión compleja del pensamiento y por consiguiente el embrión de la filosofía, dijo Luz y Caballero; en la palabra que estimula y orienta hacia la acción se halla, pues, la orientación de la filosofía válida para Cuba, es decir, la que incite a la acción por la liberación humana.

Por esto hemos entendido la cultura europea cuando Marx expresa en sus tesis sobre Feuerbach que «*la filosofía se había ocupado hasta aquí de describir el mundo y de lo que se trata es de transformarlo*».

Para estos propósitos es indispensable tomar muy en cuenta el postulado de José Martí cuando señaló «*que el secreto de lo humano está en la facultad de asociarse*» y destacó que requiere la cooperación y el reconocimiento moral del aporte de cada uno. Esto es válido a escala universal, nacional y en los más inmediatos problemas de la vida cotidiana. No podemos renunciar a la bondad y a la justicia porque es el único modo que tienen los hombres y los pueblos de ser felices.

La forma de educar está en el ejemplo que los maestros deben mostrar con su conducta diaria en el aula y fuera de ella. «*Instruir puede cualquiera, educar sólo quien sea un evangelio vivo*», señaló Luz, y tenemos que educar en el deber social a cada hombre y en la responsabilidad histórica que como pueblo tenemos contraída con América y la humanidad. Una vida esforzada por cumplir el deber social e histórico es fuente de felicidad, porque no hay dicha más íntima y de mayor intensidad que la de enseñar, educar y crear en beneficio de la sociedad.

Díganle los maestros cubanos a sus alumnos que cuando alguien les describa el mundo sin fórmulas para mejorarlo, ese alguien no estará en el corazón de la cultura del país. Hace falta, desde luego, describir y conocer al mundo, pero es indispensable saber cambiarlo y generar voluntades de transformación para mejorarlo.

Las verdades científicas en las ciencias sociales, históricas y filosóficas solamente es posible asumirlas a partir de una altísima sensibilidad humana. Aquí lo ético y lo científico tienen una impresionante armonía. Sin ética no se hubieran descubierto la raíz de la explotación del hombre por el hombre, de la tragedia y el dolor de la miseria en que viven millones de seres humanos y la plusvalía. Ciencia y conciencia tienen una identidad que no pueden entender las mentes cortas y perversas.

En la historia de las civilizaciones, nunca se alcanzó a elaborar un análisis filosófico, sobre bases científicas, acerca del papel de la moral y la cultura en la historia humana. Se hicieron trascendentales descubrimientos en el campo de las ciencias sociales y la filosofía, referentes a la economía, la sociología y las ciencias históricas; Marx y Engels sentaron los fundamentos del método para abarcar el análisis de esa totalidad de la vida humana, pero su propia existencia y el entorno al que se enfrentaron no les permitieron lograr ese propósito.

De esta forma, el tema ético, considerado como una cuestión esencial por las religiones —he ahí las razones de su autoridad espiritual—, nunca alcanzó un tratamiento científico y filosófico en la civilización occidental que explicara su papel y su lugar en el desarrollo económico y social; este es el compromiso de la filosofía y la cultura para el siglo que está a punto de comenzar.

El maestro cubano José de la Luz y Caballero dijo desde su fe cristiana, a mediados del siglo pasado, una verdad que debe servir hoy como enseñanza a quienes intentan hacer filosofía. Al rechazar el divorcio entre lo físico y lo moral, se pronunciaba contra la existencia, en el método cognoscitivo, de dos clases de observación: la externa y la interna. Afirmaba que en realidad se trataba de una sola función, ora aplicada al conocimiento de los objetos externos, ora al de los fenómenos internos. Señalaba que la diferencia estaba en el objeto de estudio y no en el principio del método de investigación para llegar al conocimiento.

He ahí una reflexión que estudiada a partir del pensar científico y la aspiración utópica de José Martí nos puede llevar por un camino filosófico como el que necesita el siglo XXI.

Pero, ¿cuáles son las contradicciones que se nos presentan en el hemisferio occidental?

Si hiciéramos una comparación de los procesos culturales, tal como se presentaron en nuestra América, con los que tuvieron lugar en los países industrializados del Norte, se vería que mientras nosotros marchamos con una aspiración hacia la integración, y a la solidaridad, los del Norte están marcados por tendencias a la desintegración y fragmentación cultural y espiritual que les incitan al egoísmo.

Norteamérica encarna la civilización material y no vamos a renunciar a ella, pero América Latina y el Caribe representan la cultura espiritual en el hemisferio, con nuestra imaginación y mitos presentes en la naturaleza humana y tan reales como la tierra que pisan nuestros pies o los mares que han servido de fuente de la vida, o los átomos que están en el micromundo.

Si se me da licencia para emplear la expresión, con inmenso respeto por todas las creencias religiosas y por todos los pensamientos sanos, creyentes y no creyentes, podría decir que el pecado original de la historia de las ideas occidentales está en haber divorciado lo que su cultura llamó materia y lo que denominó espíritu.

Lo sustantivo de una filosofía cubana hacia el futuro está en relacionar estos dos planos. Ambos forman parte de la naturaleza —para usar una expresión que empleaba Martí— o de la unidad material del mundo para describirlo con palabras propias de la tradición marxista del siglo XX.

Para tal propósito, América Latina y el Caribe constituyen la principal reserva de la cultura occidental. Para comprobarlo, invito a estudiar el hecho de que en ella se ha generado el más alto caudal de pensamiento en el Occidente durante la segunda mitad del siglo XX. Veamos:

- la renovación del pensamiento socialista que generó la Revolución cubana y que representamos en Fidel Castro y Ernesto Guevara,
- la explosión artística y literaria y el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuente en Alejo Carpentier y lo real maravilloso;
- el pensamiento social y filosófico y la dimensión ética que observamos en la teología de la liberación cuando la analizamos en función del reino de este mundo;
- el movimiento de educación popular.

En estas corrientes de pensamiento hay una esencia común: se sitúan la realidad y la práctica como elemento para el conocimiento de la verdad y de la transformación del mundo y, a la vez, el sentido utópico del Nuevo Mundo que constituye un incentivo para forjar la realidad del futuro. El error de quienes renuncian a la utopía está en que no toman en cuenta las realidades y las exigencias que se hallan en el subsuelo social y que van emergiendo hacia la superficie y, desde luego, en que no pueden concebir, por estas razones, las realidades de mañana. El error de quienes levantan un ideal utópico pasando por encima de las leyes de la ciencia está en que tratando de imponerlo, le dan paso al egoísmo y al feroz individualismo egocéntrico. La cultura latinoamericana asume plenamente la realidad de hoy y se plantea el sueño realizable hacia el futuro, que llamamos utopía universal del hombre.

Con estas enseñanzas y las experiencias de una Revolución iniciada hace más de 130 años, continuada hoy y que se proyecta hacia el siglo XXI, el mensaje cubano puede ser de gran significado para la historia intelectual de Occidente. Estamos empeñados en probarlo y promoverlo, porque si la evolución de las ideas filosóficas europeas hizo un aporte esencial en la interpretación de la historia económica y social del hombre, las de Cuba y América pueden hacerlo en cuanto a la influencia real que tienen los valores morales y espirituales en la historia. Lo podemos llevar a cabo porque están insertados en nuestras realidades de hoy, en las necesidades, esperanzas y leyes de mañana.

Como se mostró en el reciente Congreso Internacional de Cultura y Desarrollo, ésta es la respuesta necesaria a la globalización neoliberal. El tema central del actual momento político y cultural del mundo es la ética y la cultura espiritual vinculada al desarrollo económico y social y precisamente esta cosmovisión está en el sustrato de la identidad cubana.

Esto sólo se hará con una cultura integral que debe ser el fundamento del Programa Martiano en la educación.

Decía José Martí que «*Los hombres van de dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen*». Lo que es válido para los hombres en particular lo es también para las civilizaciones que ellos han creado. Hasta aquí siempre se han impuesto los instintos egoístas sobre las aspiraciones solidarias; el odio frente al amor. De lo que se trata es de forjar una civilización sobre fundamentos culturales del amor y la solidaridad, así entendemos nosotros el socialismo. Esto es lo que necesita el próximo siglo.

Maestros:

Martí corona su concepción política, educativa y cultural con la idea del equilibrio. Su ferviente búsqueda la halla indisolublemente

## SÓLO

con la visión integral del fenómeno de la cultura podremos garantizar la exaltación de cada una de las ramas del saber y orientarla hacia la práctica en favor de una ética superior. Con este compromiso aspiramos a promover una política, intelectual y moral.

relacionada con la acción liberadora de carácter político cuando señala el deber cubano de trabajar junto a las Antillas libres para evitar lo que consideró la guerra calificada por él de *innecesaria* entre dos secciones adversas del hemisferio. Este mismo propósito de interés universal lo concreta a su escala más inmediatamente humana e individual cuando postula que los hombres deben aspirar a lograr, cada uno de ellos individualmente, el equilibrio entre las facultades emotivas e intelectuales, y de desarrollar a partir de ello la voluntad creadora. Esto tiene hondas raíces psicológicas que deben servir a nuestra pedagogía y nuestro quehacer político.

Para desarrollar una educación así concebida es necesaria la relación de la escuela con la comunidad y la familia. Una vez se analizó qué era más importante de estas tres claves: la escuela puede dar lo que la

familia no puede facilitar; ésta brinda lo que aquélla no puede dar; la comunidad cumple un papel que ni la escuela ni la familia por sí solas pueden desempeñar. Es en la articulación de empeños mancomunados de la familia, la escuela y la comunidad donde está la base fundamental de una educación integral y sólo con una visión integral del fenómeno de la cultura y analizando y estimulando las relaciones interdisciplinarias, es decir, entre las diferentes ramas del saber y sus vínculos con el trabajo productivo y socialmente útil, podrá alcanzarse una ética orientada a favor de la formación del hombre nuevo. Estos problemas deben resolverse en el campo educativo y político para satisfacer las necesidades materiales y espirituales condicionadas y presupuestas por la revolución científico-técnica y la internacionalización de la riqueza.

Se trata de una educación en todos los aspectos de la personalidad y potencialidades humanas: el intelectual, el laboral, el estético, el ético, y con una visión total, armónica, de la cultura y de la vida del hombre. Integrar no quiere decir aplastar las partes componentes, por el contrario, significa vincularlas; de otra forma, no habrá verdadera integración. Esto fue lo que nos explicaron los educadores cubanos al triunfo de la Revolución, cuando les pregunté qué era la reforma de la enseñanza. Todo esto está en la tradición educacional y cultural cubana de casi dos siglos de historia, de las ideas socialistas de 150 años y en los conceptos universalmente aceptados en relación con estos temas capitales.

Sólo con la visión integral del fenómeno de la cultura podremos garantizar la exaltación de cada una de las ramas del saber y orientarla hacia la práctica en favor de una ética superior. Con este compromiso aspiramos a promover una obra política, intelectual y moral que trascienda las décadas futuras y sirva a nuestro pueblo trabajador bien entrado el siglo XXI.

En la década de 1920, Julio Antonio Mella y la juventud antimperialista, revolucionaria y patriótica de entonces rescataron del ostracismo que en los primeros 20 años de república neocolonial habían sido sometidas las enseñanzas de José Martí. Las ideas socialistas y patrióticas cubanas de aquellos tiempos nos guiaron hasta el 26 de julio de 1953, cuando Fidel proclamó que Martí era el autor intelectual de la Revolución. El 1º de enero de 1959 triunfó la revolución de Martí. En ocasión de Girón, el 16 de abril de 1961, se proclamó el carácter socialista de la Revolución.

Han pasado casi 50 años desde que iniciamos esta lucha. Con el de-

# OL

rumbe de la URSS se quebró el llamado socialismo real. Con la complicidad de la que un día fue llamada socialdemocracia europea, en las acciones criminales de la OTAN le dieron un tiro de gracia al pensamiento socialista del siglo XX en el viejo continente.

Si en los años 20 el ideal socialista ayudó a rescatar la tradición martiana, en los tiempos actuales nos proponemos, sobre los fundamentos de la cultura de José Martí, fortalecer en el orden nacional, y contribuir a rescatar, en el internacional, el pensamiento de Marx, Engels y Lenin. Lo haremos como corresponde, de forma creadora que ayude a comprender la mejor tradición humanista de la cultura occidental.

La Revolución formó una inmensa masa intelectual de hijos de trabajadores y campesinos que alcanzaron altos niveles universitarios. Estas masas son la cosecha principal de nuestra obra. Se hallan en los claustros, en las escuelas, en los centros docentes en general y en las instituciones científicas y culturales. Son hijos o nietos de trabajadores; son herederos de la mejor tradición socialista, patriótica y política de la nación.

Estos son nuestros intelectuales, entre los cuales algunos han alcanzado excepcionales méritos por su saber, su ciencia, su arte y su cultura. Ellos son escudo esencial de la Revolución de los trabajadores, por los trabajadores y para los trabajadores, o para decirlo, como señaló Fidel hace cuarenta años en Estados Unidos: *«de los humildes, por los humildes y para los humildes»*.

La intelectualidad de hoy heredó esa inmensa historia cultural, no igual a la de ayer, pero se nutre con las esencias más puras de la anterior y tiene que ser mejor. Conservarla y desarrollarla, enriquecerla, presentarla como escudo esencial de la patria cubana, latinoamericana y caribeña, recordando a Martí, *«es el servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas brinda al trato justo de las naciones»*.

La cuna de esa intelectualidad está en las grandes campañas de educación y de cultura de los años 1959, 1960, 1961, y que culminó el 22 de diciembre de ese año, cuando Fidel proclamó:

*Ningún momento más solemne y emocionante; ningún instante de júbilo mayor, ningún minuto de legítimo orgullo y gloria como éste, que cuatro siglos y medio de ignorancia han sido derrumbados.*

Las decenas de miles de alfabetizadores congregados en la Plaza exclamaron a coro: *«Fidel, Fidel, dínos qué otra cosa tenemos que hacer»*. Su respuesta fue: *«Ahora deben hacerse maestros, artistas, profesores, técnicos, ingenieros, especialistas en las más diversas disciplinas de la ciencia y la cultura»*.

Así, junto a la imagen de José Martí, nació el movimiento educacional, cultural y científico generado por la revolución cubana que durante más de cuatro décadas ha estado en su columna vertebral, y que en los umbrales del siglo XXI, resulta garantía decisiva de la independencia del país y carta de presentación de Cuba ante el mundo.

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE CULTURA

en  
JOSE MARTÍ\*

por ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

«la mujer no se la debe lastimar ni con el pétalo de una rosa.» «Robar libros no es robar.» «Nuestro vino es agrio, pero es nuestro vino»... Ante frases como éstas, que con frecuencia mayor o menor se le atribuyen entre nosotros a José Martí, y que o él no dijo nunca o alteran lo que sí dijo; y ante muchas elucubraciones banales que pertenecen a la misma familia de las frases anteriores, y contribuyen a alejar de Martí a determinados lectores, se ha pensado que sería conveniente que nos impusiéramos durante un tiempo prudencial una cura de silencio en torno al Maestro: un silencio del que debería salir una fidelidad absoluta a sus textos y una máxima seriedad al comentarlos. Pero tal solución no lo es en absoluto: sólo en momentos de malhumor o perplejidad cabe haberla imaginado. La verdad es que, más allá de esos desenfoques, a menudo nacidos de un amor tan ciego como asegura cierta discutible tradición que es el amor, estamos obligados a seguir abordando y, en la medida de nuestras fuerzas, desarrollando la obra martiana, por varias razones. Voy a mencionar algunas:

Que al margen de aquellas ingenuidades o torceduras, mucho bueno se ha dicho y se sigue diciendo sobre Martí, desde los tiempos lejanos en que Sarmiento y Darío ensalzaron al máximo su obra literaria, pasando por observaciones como las de Unamuno, Henríquez Ureña, Gabriela Mella, Reyes, Roig, Méndez, Griñán, Marinello, Mañach, Iduarte, Medardo Vitier, Martínez Estrada, Manuel Pedro, De Onís, Roa, Carlos Rafael, Mirta Aguirre, Portuondo, Le Riverend, Cintio, Fina, Schulman, Salomón, Estrade, Rama, muchas y muchos más: entre ellos, por supuesto, Fidel y el Che; observaciones que nos permiten comprender cada vez mejor su faena y el mundo que él iluminó e hizo posible.

Que el enemigo, conciente del alimento esencial que nos es la labor de Martí, no se cansa de tergiversarla, esta vez con la peor intención, a partir del odio y no del amor, con vistas a privarnos de ese arsenal. Sobran ejemplos de tal proceder, desde el viejo anexionista José Ignacio Rodríguez hasta anexionistas recientes, incluyendo pedantes del tipo que Martí desdeñó llamándolos «letrados artificiales».

Que Martí sigue siendo insuficientemente conocido por verdaderos revolucionarios en otros países, incluso de nuestra América, con el empobrecimiento que esto implica para la noble tarea que se proponen.

Por lo antes dicho, he creído útil, al inicio de nuestro Congreso, darles a conocer estas palabras, que en su mayor parte abordarán tres puntos: la

---

\*Conferencia inaugural del Primer Congreso Internacional de Cultura y Desarrollo, organizado por el Ministerio de Cultura de Cuba y celebrado en el Palacio de Convenciones de La Habana entre el 7 y el 11 de junio de 1999.

## INDUDABLEMENTE,

Martí concebía la cultura con entrañas de humanidad. «Educar», dijo en 1883, «es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente hasta el día en que vive».

cultura en general, la cultura de nuestra América y la cultura de Cuba, que no han de verse separadas en compartimientos estancos.

No hubo en Martí una teoría explícita de la cultura, como no la hubo del desarrollo. Pero ambos conceptos atraviesan, aunque de manera no formalizada, su obra, y son esenciales en ella. En los dos casos, nos encontramos con una amplia polisemia, que ni puede desconocerse ni puede impedirnos adentrarnos en los temas.

La palabra *cultura* en un sentido moderno, como la palabra *civilización* (con la cual iba a mantener una relación que a veces las identifica y otras las separa), surgió en Europa en ese siglo XVIII en que Occidente, es decir, la sociedad burguesa, entonces en trance de maduración, lista a adueñarse plenamente del poder político, forja tantos de sus aparatos conceptuales. Ambos son términos polares, pero no entre

sí, como más de uno ha creído, sino con relación a otras entidades que les permiten, por esa tendencia a las oposiciones binarias cara a cierto pensamiento moderno, definir sus rasgos. Frente a la civilización se menciona al *salvajismo* o la *barbarie*; así como frente a la cultura se piensa en la *natura*. En ambos casos, Occidente, que se otorga la gracia de las primeras denominaciones, aspira a

proclamarse humano por excelencia, relegando a la selva, a la naturaleza, lo que no es él. Ya veremos cómo estos criterios no van a ser aceptados por el revolucionario anticolonialista, antimperialista y radical que fue José Martí, quien en esto como en tantas cosas no mira al pasado, sino al futuro. Y muchos menos aceptará el sentido de otro término que la sociedad burguesa en vías de rapaz expansión ultramarina había tenido que pedir en préstamo siglos atrás a la zoología (lo que es bien elocuente) para pretender sancionar muchos de sus crímenes: el término raza. «No hay odio de razas, porque no hay razas», sentenciaría Martí en el pleno apogeo del racismo que acompañó al despliegue imperialista.

Veamos uno de los infrecuentes párrafos en que Martí utiliza la palabra cultura y cuánto nos dice este párrafo, que es de una de sus crónicas de 1888:

El talento viene hecho, y trae consigo la obligación de servir con él al mundo, y no a nosotros, que no nos lo dimos [...] la cultura, por la que el talento brilla, tampoco es nuestra por entero, ni podemos disponer de ella para nuestro bien, sino es principalmente de nuestra patria, que nos la dio, y de la humanidad, a quien heredamos.

Aunque breve, el párrafo es enjundioso. Significativamente, Martí no ve la cultura como consumidor, sino como productor, como creador, lo que se vincula con su concepción de la vida humana auténtica como servicio. Tampoco ve en la cultura una realidad cerrada en sí, sino que la remite a la patria y a la humanidad, términos que sabemos que en Martí, lejos de oponerse, se englobaron. Sólo unos meses antes de morir escribió: «Patria es humanidad, es aquella porción de humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer», por lo que, de modo especial, allí está obligado «el hombre a cumplir su deber de humanidad».

Indudablemente, Martí concebía la cultura con entrañas de humanidad. «Educar», dijo en 1883, «es depositar en cada hombre toda la

obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente hasta el día en que vive [...]» Por eso Homero y Hugo, Calderón y Goya, Darwin y Spencer, Wilde y los pintores impresionistas franceses tuvieron en él un comentarista profundo: y no siempre dulce, por cierto. Pero Occidente y la ascendencia que proclama como suya estuvieron lejos de ser para Martí todo el mundo. Piénsese en esa obra capital martiana, *La Edad de Oro*, que ahora cumple ciento diez años y sobre la cual he de volver, para que se le vea evocar con admiración creaciones vietnamitas, chinas, árabes o de la India. No menciono las creaciones de nuestra América, porque a ellas va a dedicarse un punto en particular, pero es evidente que se emparentan con las inmediatamente citadas por su carácter no occidental; o, como hubiera dicho un buen burgués metropolitano de su época: por su condición no civilizada, sino bárbara. Es esto precisamente lo que Martí impugna desde la perspectiva no de una parte de la humanidad, por prestigiosa que sea, sino de la humanidad toda. Ya en 1884 rechaza, según palabras suyas que se han citado muchas veces,

el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes.

Heredamos pues la cultura de la humanidad, según Martí, y de una humanidad que lo es de veras, no mutilada y jactanciosa. Pero esa herencia, no importa su dimensión o su prestigio, no es aceptada acriticamente por Martí. En pocas ocasiones se pone esto tan de manifiesto como en su vasto y penetrante enjuiciamiento de los Estados Unidos («la América europea» según Martí). Frente a los ciegos adoradores de aquel país, y a los que, como Rodó, verían o querían ver lo refinado en nuestras tierras y lo groseramente terrenal en los Estados Unidos, Martí supo distinguir, tanto en lo político como en lo cultural todo, lo que el historiador Philip S. Foner llamó «los dos rostros de los Estados Unidos». Martí, en lo tocante a lo político, señaló este hecho de manera arquetípica al exclamar en su poderosa «Vindicación de Cuba», de 1889: «Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.» En otros órdenes no le escatima elogios ni a intelectuales democráticos como Emerson, Phillips, Whitman, Twain o Helen Hunt Jackson, ni a los obreros, los negros y los indios, mientras es acerbo para lo que ve de mezquino y peligroso en el alma y la práctica de los sectores dominantes en aquel pueblo.

Es necesario destacar también cómo Martí presta atención tanto a lo que ahora se llama «cultura material» como a lo que se llama «cultura espiritual». Recuérdense, entre tantas manifestaciones felices de su apreciación de la primera, sus vívidas descripciones del puente de Brooklyn o de la torre Eiffel. Podría hacerse una atractiva antología con

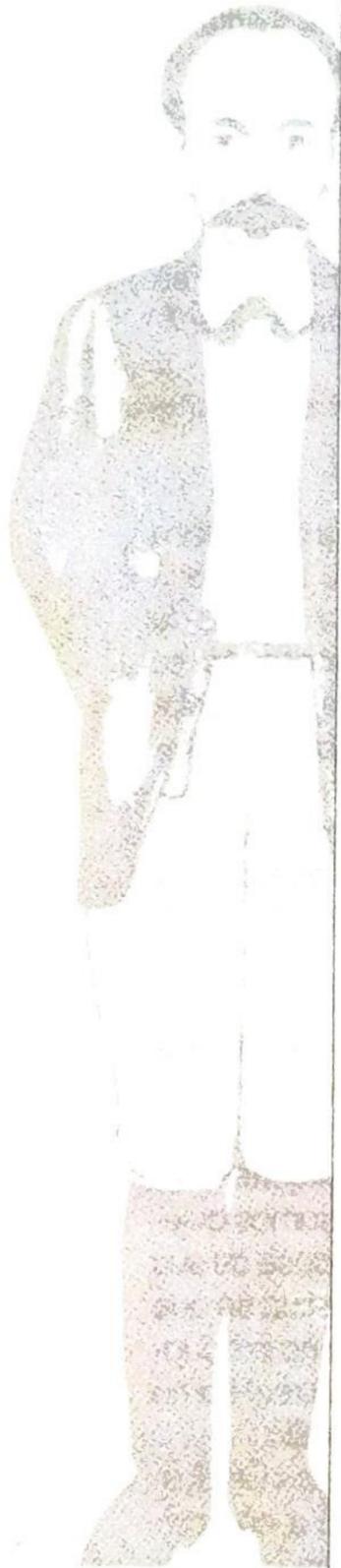
tales descripciones. Quiero traer aquí estas simpáticas líneas suyas, de 1883, menos conocidas que las anteriores: «Como que se le ve tan avisada y diligente, tan útil y animosa, tan pizpireta y gentil, se siente amistad humana por la linda locomotora.» Otros ejemplos admirables aparecen en esa obra sobre la que ya advertí que habría que volver: *La Edad de Oro*. «La historia del hombre, contada por sus casas», «Historia de la cuchara y el tenedor», «La Galería de las Máquinas» y buena parte de «La exposición de París» dan fe sobrada de ello. Que en esa revista inolvidable, donde Martí revela cómo deseaba que se formaran los futuros hombres y mujeres de nuestra América, él mezcle tales trabajos con otros puramente literarios o evocaciones históricas muestra en qué medida Martí se oponía a la incorrecta distinción entre ambas formas de cultura. Este punto de la concepción de la cultura en Martí se relaciona estrechamente con una de sus ideas pedagógicas esenciales, que revela su aspiración a favorecer el desarrollo de un ser humano íntegro; idea que sería asumida con entusiasmo por la Cuba actual, y él expuso así: «En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres, y la pluma debería manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada.»

Sobre Martí y la cultura de nuestra América se ha dicho no poco en otras ocasiones, y daré como conocido por ustedes lo esencial de ello. Varios hechos, sin embargo, debo apuntar, al precio de fatigarlos con lo sabido.

Aunque Martí no fue el primero en usar la expresión «nuestra América», según rastrearon autores como Ricaurte Soler y Sara Almarza, es el cubano quien le da el sentido (o, mejor, los sentidos) con que llegaría a nosotros. La acuña entre México, donde se le revela la especificidad de nuestra patria mayor en 1875 y 1876, y Guatemala, donde en 1877 y 1878 hace un balance de esa primera revelación. Habiendo vivido ya experiencias latinoamericanas (empezando por las definitivas de Cuba), europeas e incluso, fugazmente, estadounidenses, puede escribir en 1877 sobre nuestro ámbito histórico:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad desenvuelve y restaura su alma propia [...] Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora, pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!

Al menos dos comentarios merece este párrafo: en primer lugar, que parece evidente que «civilización» está tomado aquí, al igual que en la cita de 1884, como sinónimo de «cultura». Pero una vez que se ha pasado del singular al plural en el uso de este término, su contenido no es exactamente el mismo. Así como Lenin habla en 1913 de culturas *de clase*, lo que no excluye que en 1920 use el singular y, sin negar lo anterior, hable de la cultura *de la humanidad*, así en 1877 Martí habla de civilizaciones o culturas de determinadas áreas históricas, mientras que en 1884 se vale del singular, y en ese caso aparece en oposición a *barbarie*, lo que Martí no acepta.



El caudal de páginas dedicado por Martí a la civilización o cultura de nuestra América es copioso e inequívoco. Ellas van desde las producciones aborígenes hasta la fundación de lo que habría de ser nuestra literatura de hoy: fundación que tiene en él su basamento indiscutido. No voy a enumerar cuanto escribiera sobre escritores, pensadores, artistas, periodistas o cuestiones educativas de casi todos los países de nuestra América; pero es de la mayor utilidad insistir en lo que llegó a postular a partir de lo que ya había aprendido, de lo que incorporaría durante su breve pero intensa estancia en Venezuela y su larga y dramática experiencia estadounidense, y de su constante brega política en favor de la independencia de su patria inmediata y de la defensa de su patria mayor. Disperso a lo largo de abundantes páginas, ello se resume, como en un puño, en un trabajo al que nunca se volverá demasiado: su «Nuestra América», de 1891. Este texto no sustituye a los anteriores y posteriores que elaboró sobre el tema, pero es su núcleo conceptual. Así se ve con toda claridad cuando afirma:

El libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.

Aquí Martí se enfrenta a un tema local (el de nuestra América) y a uno general (el de la civilización y la barbarie, tratado anteriormente por él, que esta vez se enriquece con la alusión a «la naturaleza»: alusión ya esbozada cuando en 1877 mencionó «la obra *natural* y majestuosa de la civilización americana»). En cuanto a lo primero, no cabe duda alguna: Martí considera, lo ha dicho antes y lo dirá después, que nuestra América tiene una civilización o cultura propia, vinculada por supuesto a otras en el planeta, pero que no por ello carece de especificidad. En cuanto a lo segundo, además de refutar la tesis tan famosa como falsa en la cual Sarmiento enfrenta en nuestra América civilización y barbarie, Martí, que ya ha impugnado la supuesta condición bárbara de nuestros pueblos frente a la presunta condición civilizada de los metropolitanos, añade ahora otra impugnación anunciada: la de la cultura como opuesta a la naturaleza. Aunque se han hecho loables aproximaciones al tema, está por estudiarse en profundidad el concepto de naturaleza en Martí, especialmente cuando, como en casos como el presente, se habla de ella en relación con la civilización o cultura. La idea de la Ilustración, que recogería el pensamiento burgués ulterior (y que en el filósofo neokantiano Rickert alcanzará una formulación muy divulgada), según la cual hay un corte tajante entre la naturaleza, lo que existe por sí, y la cultura, lo artificialmente hecho por el hombre, no se corresponde con la verdad según la cual la cultura es un proceso de conversión del ser humano en sujeto de la historia en perpetuo diálogo con la naturaleza. Por eso en la cultura el hombre aparece como ser que *se desarrolla históricamente*, en el plano no sólo de su distinción con respecto a la naturaleza, sino también de su necesaria relación con ella. El capitalismo híbrido y depredador de nuestros días ha llevado a extremos peligrosísimos la ruptura de esa relación (patente en los pueblos raíces tan respetadas por Martí), y amenaza con provocar una verdadera catástrofe ecológica que podría dar al traste con la sobrevivencia de la humanidad.

## HAY SUPUESTOS

desmitificadores que merecen ser ellos los desmitificados. Es el caso, por ejemplo, de quienes con burdo mecanicismo pretenden en Venezuela negarle la sal y el agua a Bolívar, o en México a Juárez. O son confundidos de buena fe; o aspirantes a «niños terribles» que quieren dar a entender que por algún costado, como Peter Pan, dejaron de crecer

Lo que Martí sí ve opuesto a la naturaleza es la «falsa erudición». Se está tentado de pensar en la «falsa conciencia» que es una de las acepciones, peyorativa en este caso, del término «ideología» en el pensamiento marxista. Por otra parte, la naturaleza a la que se refiere Martí en la cita suya hecha unas líneas atrás no es la naturaleza desprovista del hombre. «El hombre natural» que allí menciona pasa a ser de inmediato «el mestizo autóctono»: un concepto harto complejo, en apariencia paradójico incluso, como la condición de «Adán culto» que Gabriela Mistral atribuyó a Martí, ya que «el mestizo» implica entidades anteriores que se mezclaron entre sí, no obstante lo cual Martí lo llama «autóctono». De hecho, a lo que está aludiendo es a una historia que nació de otras historias, pero que alcanzó su propia genuinidad. No se trata pues, en este caso, de un ser ahistórico (lo que ni Martí ni por cierto tampoco Rousseau propusieron), sino de un ser con una historia o cultura propias, no importa cuánto deba a otras historias o culturas. En 1940 Fernando Ortiz acuñaría para experiencias de este tipo el vocablo «transculturación».

También en «Nuestra América» Martí escribe algo que nos es particularmente importante. Me refiero a estas palabras:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos.

Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

«Ceder a la universidad americana» no significa cerrarse a lo que «la universidad europea» nos ha enseñado y puede y debe seguir enseñándonos. Pero tal enseñanza sólo ha de ser fructífera si tenemos un cuerpo que será alimentado por ella. Por eso Martí añade: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo». «El mestizo autóctono» que somos quienes vivimos en «nuestra América mestiza», sigue alimentándose de sus raíces y sus injertos, tan múltiples como se pueda, en la medida en que sea fuerte «el tronco de nuestras repúblicas». Es decir, Martí no propugna robinsonismo alguno: propugna autenticidad, existencia real como condiciones ineludibles para el no menos ineludible desarrollo.

Por otra parte, así como he recordado que en los Estados Unidos, gracias a su estancia allí de casi quince años, Martí llegó a apreciar «dos rostros» en el país, acaso comparables a lo que Lenin iba a llamar las dos culturas de una nación dividida en clases antagónicas, ahora dirá Martí en «Nuestra América», dando de paso un nuevo giro a este concepto: «Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.» Un «rostro», una «cultura»: la de «los oprimidos», es lo que defiende Martí; otro «rostro», otra «cultura»: la de «los opresores», lo que rechaza. De ahí que, habiendo sido testigo alerta de la modernidad estadounidense alcanzada por un implacable desarrollo capitalista que entre otras cosas supuso una crudelísima «limpieza étnica» (como ahora se dice) que exterminó o diezmó a los pobladores aborígenes; y habiendo

denunciado Martí tantos de los males de aquella modernidad (sin desconocer los logros), propusiera para su América otra vía de desarrollo, una modernidad otra. Hablando de América como sinónimo de «nuestra América», según es tan frecuente en él, Martí escribió en 1884:

Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Sólo cuando son directas, prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.

Entramos en el punto tocante a la cultura en Cuba. Como es de suponer, mucho de lo expuesto con anterioridad servirá a modo de premisas. Por ejemplo, si a estas alturas es claro que debemos heredar críticamente la cultura de la humanidad, ¿cómo no hemos de hacerlo con la de la patria, que no es sino «aquella porción de humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer»? Desde luego, se trata, lo he recordado, de una herencia asumida *críticamente*. Un memorable discurso de Martí durante la preparación del Partido Revolucionario Cubano, en 1891, es conocido con el título «Con todos y para el bien de todos». Pero ese «todos» *excluía* a los que en ese mismo discurso Martí llamó «lindoros», «olimpas de pisapapel», «alzacolas». Así, el Partido martiano rechazaría toda unidad imposible con el colonialismo, con el autonomismo, con el anexionismo, con el imperialismo, aunque estuviera dispuesto a aceptar, individualmente, a quienes al cabo se opusieran al colonialismo; a quienes, provenientes del Partido Autonomista, llegaran a comprender la falsedad de los postulados de ese Partido. Recuérdese también la acritud con que menciona en el prólogo de sus *Versos sencillos* «el águila de López y de Walker». El primero era Narciso López, quien pretendió invadir Cuba para anexarla a los Estados Unidos; el segundo, el esclavista estadounidense William Walker, al cual los patriotas centroamericanos ajusticiaron finalmente. De ningún modo, pues, puede tacharse a Martí de sentimentalismo o indulgencia culpable en cuanto a aceptar en bloque lo cubano por el solo hecho de serlo. Y esto es válido tanto en lo político como en cualquier orden.

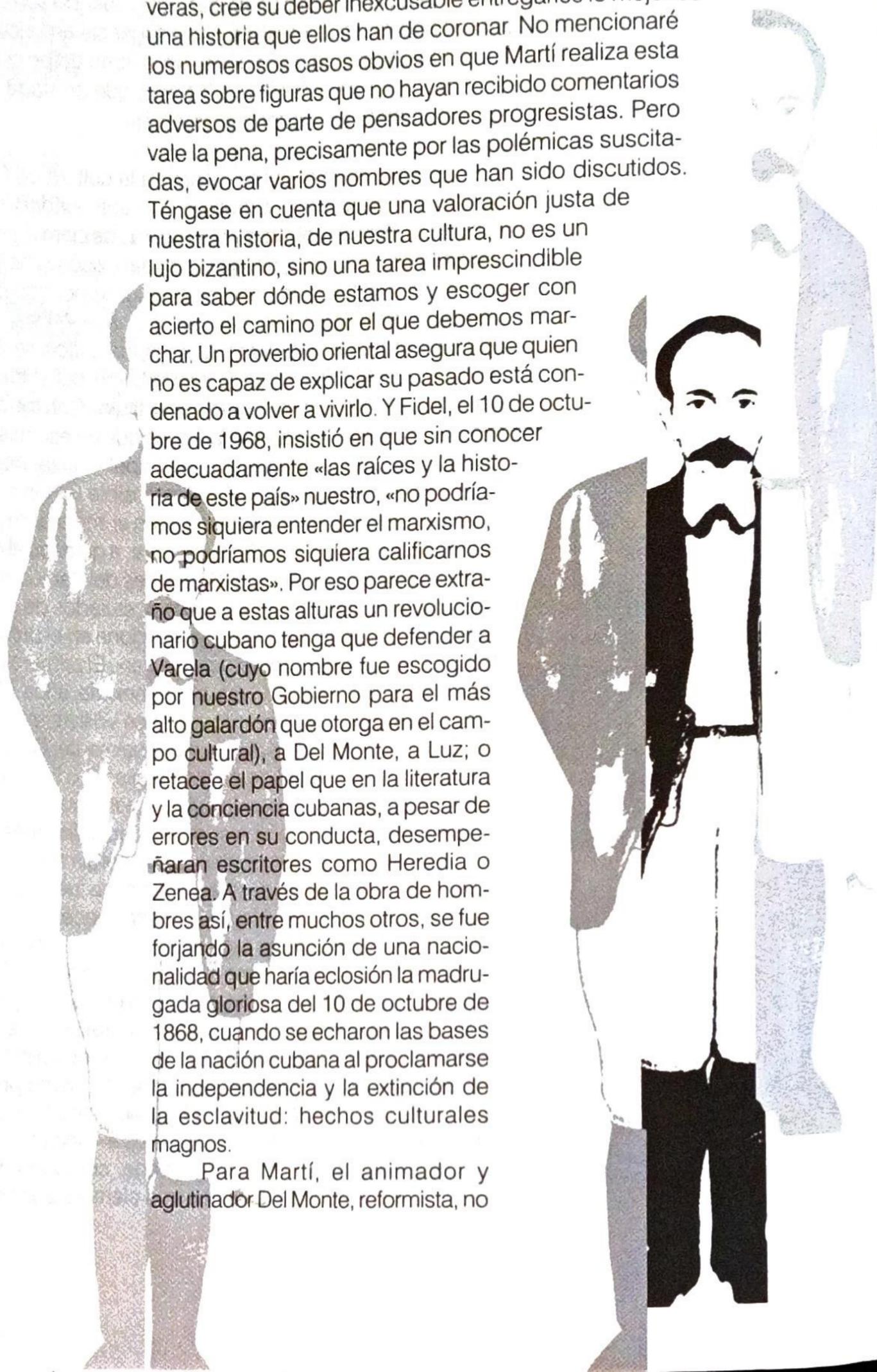
Pero Martí rechazó también con energía toda torpe actitud iconoclasta. La historiografía de nuestra América fue en gran medida escrita por nuestros enemigos. Hay que volver a hacerla. Ya se está haciendo, y ha señalado caracteres rudamente negativos en hombres y criterios ensalzados. Martí no es ajeno a esos señalamientos. Pero al desmitificar a no pocas figuras y circunstancias, no puede arrojarse por la ventana al niño y la mugre; no puede olvidarse que hay supuestos desmistificadores que merecen ser ellos los desmistificados. Es el caso, por ejemplo, de quienes con burdo mecanicismo pretenden en Venezuela negarle la sal y el agua a Bolívar, o en México a Juárez. O son confundidos de buena fe; o aspirantes a «niños terribles» que quieren dar a entender que por algún costado, como Peter Pan, dejaron de crecer; o los embullados dispuestos siempre a montarse en la teoría



que les parece la ultimilla; o, más de una vez, enemigos desembozados, ansiosos de privarnos de esa fuerza moral e intelectual que es lo mejor de nuestra historia, de nuestra cultura, estudiadas, por supuesto, en relación con sus circunstancias. ¿Es acaso un azar que sea un caballo de batalla muy agitado hoy por contrarrevolucionarios y noveleros la supuesta inexistencia de una cultura cubana, o incluso de una cultura latinoamericana y caribeña? A unos y a otros, aunque sin identificar al confundido de buena fe con el enemigo, hay que salirles al paso

Martí parece levantar en vilo el pasado cubano, para separar en él la paja del grano, y defender lo que considera salvable para el presente en que combate y el futuro que quiere ayudar a construir. Su suerte, sin duda, está echada «con los pobres de la tierra». Pero como lo está de veras, cree su deber inexcusable entregarles lo mejor de una historia que ellos han de coronar. No mencionaré los numerosos casos obvios en que Martí realiza esta tarea sobre figuras que no hayan recibido comentarios adversos de parte de pensadores progresistas. Pero vale la pena, precisamente por las polémicas suscitadas, evocar varios nombres que han sido discutidos. Téngase en cuenta que una valoración justa de nuestra historia, de nuestra cultura, no es un lujo bizantino, sino una tarea imprescindible para saber dónde estamos y escoger con acierto el camino por el que debemos marchar. Un proverbio oriental asegura que quien no es capaz de explicar su pasado está condenado a volver a vivirlo. Y Fidel, el 10 de octubre de 1968, insistió en que sin conocer adecuadamente «las raíces y la historia de este país» nuestro, «no podríamos siquiera entender el marxismo, no podríamos siquiera calificarnos de marxistas». Por eso parece extraño que a estas alturas un revolucionario cubano tenga que defender a Varela (cuyo nombre fue escogido por nuestro Gobierno para el más alto galardón que otorga en el campo cultural), a Del Monte, a Luz; o retacee el papel que en la literatura y la conciencia cubanas, a pesar de errores en su conducta, desempeñaron escritores como Heredia o Zenea. A través de la obra de hombres así, entre muchos otros, se fue forjando la asunción de una nacionalidad que haría eclosión la madrugada gloriosa del 10 de octubre de 1868, cuando se echaron las bases de la nación cubana al proclamarse la independencia y la extinción de la esclavitud: hechos culturales magnos.

Para Martí, el animador y aglutinador Del Monte, reformista, no



independentista, fue, sin embargo, «el más real y útil de los cubanos de su tiempo». Con respecto a Luz y Caballero, nadie menos que Antonio Maceo lo llamaría, al parecer exponiendo el criterio de un sector de la población cubana, «el educador del privilegio». Carlos Rafael Rodríguez corregiría después este exabrupto diciendo que en todo caso fue «el educador de los privilegiados». Pero ya Martí, asumiendo el punto de vista no de un sector sino de la nación cubana, había considerado a Luz «el padre [...] el silencioso fundador [que] se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos».

Martí, conocedor de la debilidad que llevó a Heredia, en sus postrimerías, a escribir su penosa carta a Tacón, no obstante, al juzgar en conjunto la vida y la obra de nuestro primer gran poeta, lo llama «el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad»; y con la mira puesta en los que viviendo en la patria colonizada quieren roerle los méritos al cantor de la independencia, la palma, la naturaleza americana, exclama: «mucho han de perdonar los que en ella saben vivir a los que saben morir sin ella».

También conoció Martí el extravío de Zenea, poeta tan admirablemente reivindicado por Cintio Vitier. En plan de conjetura, lo razonable es pensar que Martí estaba enterado de cuanto se sabía sobre el poeta bayamés y el juicio tras el cual fue fusilado por los colonialistas españoles: lo que le permite hablar en 1894 de su viuda, «a quien, de cuatro balazos en el muro, dejó sin compañero la nación que le usó a mansalva el deseo de sacar con decoro de la derrota a la patria que creía vencida», y de su hija, «que por el padre habría de llorar, que la amó tanto y la cantó en sus días de muerte en versos de augusta serenidad, donde no halla quien sabe de almas una sola voz de confusión o remordimiento».

Es imposible sobrecargar esta charla con las agudas observaciones martianas sobre muchos otros escritores, artistas e intelectuales cubanos. Se había anunciado limitarnos a algunos casos discutidos. Tal podría ser también el de Julián del Casal. Si en 1893 Martí llamó a Darío «hijo», ese mismo año, ante la muerte de Casal, Martí tuvo para él palabras de incisiva comprensión que no han perdido vigencia, y muestran el esteticismo del altivo y rebelde autor de *Nieve* nacido de su rechazo a la sociedad colonial en que le tocó vivir.

Es lógico, desde luego, que el corazón se le fuera a Martí tras los héroes de mármol, tras los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, tras los obreros y campesinos cubanos, tras los «poetas de la guerra», «cuya literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían»; que «rimaban mal a veces, pero sólo pedantes y bribones se lo echarán en cara: porque moría bien». Sin embargo, con el corazón entre ellos, no olvidaba la compleja urdimbre a través de la cual se hizo la patria, que en él, vocero popular de audacia titánica y mente genial, encontraría, entre tantas cosas, el fiel de la balanza, el desbrozador del pasado y el anunciador del porvenir.



Nuestro Congreso ha sido puesto bajo la advocación de esta sentencia: «El desarrollo cultural desde una perspectiva ética». No encontraremos una figura a quien cuadre mejor la sentencia que José Martí. Con su agudeza acostumbrada, Gabriela Mistral, quien conoció y estudió profundamente la fabulosa obra de Martí, afirmó: «Se hablará siempre de él como de un caso moral». Son innumerables las ocasiones en que Martí



hizo buenas esas palabras. Bastaría como botón de muestra la ardiente exclamación suya, de 1889: «¡La justicia primero, y el arte después! [...] Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!» Pero acaso donde se ve con más claridad el vínculo que Martí consideró indestructible entre cultura, ética, lucha por la libertad, es en el «Manifiesto de Montecristi», firmado el 25 de marzo de 1895 por Máximo Gómez y Martí y escrito por éste, donde se dieron a conocer al mundo las razones de la nueva etapa de la guerra cubana por la independencia, que había estallado el 24 de febrero de ese año. Llevada adelante, se dice allí, por «un pueblo democrático y culto», aquella es «una guerra culta», que ha de «ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura». Y más adelante, en giro magnífico:

Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre [...] A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones, las causas locales y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre [...]

Creo que Martí hubiera coincidido plenamente con sendas observaciones que debemos a eminentes humanistas de este siglo. Una es ésta, de Pedro Henríquez Ureña: «El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual.» La otra corresponde a Bertolt Brecht, y advierte: «¡No hablemos sólo para la cultura! ¡Apiadémonos de la cultura, pero apiadémonos de los hombres! La cultura está salvada si los hombres están salvados. ¡No nos dejemos arrastrar hacia la afirmación de que los hombres están para la cultura y no la cultura para los hombres!» Brecht escribió estas palabras durante el apogeo del fascismo, cuya manifestación más visible, tras una guerra espantosa, fue derrotada militarmente en 1945. Por desgracia, de un tiempo a esta parte se ha visto crecer, en el seno del imperialismo encabezado por los Estados Unidos (a los que Martí llamó en 1894 «la Roma americana» y son hoy la Roma de la decadencia a escala planetaria, con armas diabólicas y transmitiendo sus crímenes y escándalos por televisión e Internet), una arrogancia y un ingerencismo desenfrenados, un milenarismo apocalíptico, un desdén hacia las Naciones Unidas casi comparable con el que practicó el nazismo respecto a la Sociedad de las Naciones, una violencia interna, un racismo y una xenofobia tenaces, una tergiversación de la verdad y una encarnizada manipulación de las conciencias, un apogeo del irracionalismo, un cinismo y una dimisión de la actitud crítica en muchos intelectuales sumisos a los dictados del amo del mundo, un llamado «pensamiento único», que recuerdan demasiado al fascismo: un fascismo de nuevo cuño, pero de propósitos similares.

Especialmente en momentos amenazadores como éstos que vivimos y los que se anuncian, no es posible defender de veras la cultura sin defender la justicia, sin defender a los hombres y las mujeres. Y hagámoslo con seriedad, con firmeza, con pasión, con lucidez y con amor, como nos enseñaron la obra, la vida y la muerte de José Martí.

por CINTIO VITIER

# MARTÍ en la educación SUPERIOR

Seguramente hay muchos modos de enseñar a Martí en la Educación Superior y estamos seguros también de que la experiencia ya acumulada en las Cátedras Martianas ofrece numerosos y bien trazados caminos a transitar en este sentido. No creemos, por lo demás, que se deba escoger un único modelo sino respetar las diversas iniciativas ya puestas en práctica o que surjan en el futuro, propiciando el mutuo enriquecimiento mediante intercambios regulares entre los responsables de esas Cátedras.

Lo que nos proponemos en esta ocasión es exponer brevemente cuáles han sido los criterios adoptados para componer el libro *Martí en la Universidad*, cuáles son los fines que con su utilización perseguimos y cuáles son los métodos que nos parecen más adecuados para lograrlos.

Como en el prólogo se advierte, «partimos del sentido radicalmente político atribuido a la 'educación espiritual superior', por lo menos desde Isócrates (436-338 a.d.C.). Según Werner Jaeger en su memorable *Paideia* 'este tipo de educación no consiste en la acumulación de simples conocimientos profesionales de cualquier clase que ellos sean, sino que versa sobre las fuerzas que mantienen la cohesión de la comunidad humana', fuerzas resumidas en la palabra *logos*, referida a todo lo que los griegos llamaban 'los asuntos de la polis'.»

Por educación espiritual superior entendemos, pues, sin desatender desde luego la rigurosa formación profesional, imbricándola más bien en ella misma, educación política, y en cuanto afirmamos esto caemos en la cuenta de que tal género de educación tiene que estar presente, de un modo u otro, en todos los niveles escolares. Es decir que la educación espiritual superior debiera empezar, con sus métodos y lenguaje propios, en la enseñanza primaria. Tratándose, como en nuestro caso se trata, de «enseñar a Martí», creo que esta concepción se hace necesaria y evidente. Martí no es sólo «materia de estudio», sino que esencialmente será la atmósfera espiritual dentro de la que ha de ocurrir toda asignatura y todo estudio.

Es por ello que proponemos a Martí para *todas* las carreras universitarias, aspirando a que los estudiantes se sientan atraídos por aquella proyección de la obra martiana que se relacione con la materia inmediata y específica de sus estudios, a la vez que perciben la integralidad de su mensaje cultural y revolucionario, y aprenden, como él mismo, a enlazar múltiples saberes bajo el lema oculto en la etimología de la palabra «universo»: *versus uni*, lo diverso en lo uno, raíz también de la voz «universidad».

Antes de poner un par de ejemplos, tengamos presente los epígrafes en que hemos distribuido nuestra selección de textos, que desde luego puede ampliarse según los intereses surgidos en el diálogo que debe imperar en las aulas martianas. Tales epígrafes son: Pensamiento político y social, Pensamiento filosófico, Pensamiento religioso, Pensamiento literario, Arte, ciencia y técnica, Educación, Pensamiento económico, Periodismo, a lo que se añade el *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* (ya que el *Diario de campaña* se incluyó en el Cuaderno III), la circular «Política de guerra» y una última sección con 23 cartas desde el 78 hasta el 95. En las Recomendaciones finales del libro se indica la búsqueda personal de otros temas en Martí (como tecnología, higiene, deportes) y de bibliografía pasiva.

## MARTÍ

no es sólo «materia de estudio», sino que esencialmente será la atmósfera espiritual dentro de la que ha de ocurrir toda asignatura y todo estudio.

Supongamos ahora la lectura comentada de dos textos referidos a asuntos tan disímiles como «Nueva exhibición de los pintores impresionistas» y «Gran exposición de ganado». Los estudiantes de Historia del Arte y los de Ciencia

Agropecuaria recibirán sendas, inolvidables sorpresas. Los primeros, porque Martí como crítico del impresionismo no sólo se adelantó en muchos años a la plena recepción de aquella revolución artística, revelando su origen en Velázquez y en Goya, sino que más aún se adelantó al señalar el contenido social de aquel movimiento aparentemente artempurista. Y descubrió más: la relación profunda de ambas instancias, la de «los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia», porque «toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia», lo que explica la «irresistible simpatía» que los llevó «a pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes.» Así lo que pudiera haber sido sólo una lección de estética se convierte, también, en una lección de ética, y más aún, de la dialéctica oculta en la creación humana. Bello ejemplo de la integralidad sintética de todo análisis martiano.

No desertarán por cierto del aula los mismos estudiantes de Arte cuando los de Ciencia Agropecuaria empiecen a leer, en la crónica sobre la «Gran exposición de ganado» en el Nueva York de 1887, la detallada enumeración que hace Martí de razas vacunas «que presumen de riqueza de leche»: «el Devon, cerezo, breve, económico y sufrido»; «el Hereford, de piel roja y careto»; «el Longhorn, de astas caídas»; «el Kloe, torvo y peludo»; «el Durham de pecho colgante y brazo en pera»; hasta que de pronto se planta en el caballete del pintor el retrato magnífico:

Pero a la Jersey ¿cuál pudiera vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa «Eurotas», con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mullido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan, por lo que la celan y complacen, a los cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de Jersey, pulcra y regalada: ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave: ella sabe que es bella: es vaca de salón, de seda toda y hasta el color, que del aire padece, va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros, de negras ojeras; con su oreja menuda y ribeteada de vello voluptuoso; con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos; con su cuello de onda y pies de cierva; con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas bien holgado, como

para que la ubre de delicados pezones, tenga libre juego; -allí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.

¿Es éste el mismo escritor que pocos días antes había escrito la semblanza de Fermín Valdés Domínguez como vindicador de los estudiantes fusilados en el 71? Allí leemos este aguafuerte: «hoy sólo quedan de aquel drama tremendo unas hebillas de plata, una corbata de seda envuelta a un hueso y ocho cráneos despedazados por las balas.» Este es el Martí proteico, multiforme y siempre uno que tenemos que mostrar a nuestros estudiantes, el Martí que dijo en su *Revista Venezolana*, cuando abría las puertas de nuestra modernidad literaria: «Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía. Distintos goces nos produce, y diferentes estilos ocasiona, el deleite de crepúsculo que viene de contemplar cuidadosamente lo pasado, y el deleite de alba que origina el penetrar anhelante y trémulo en lo por venir.» El Martí que dijo y cumplió: «el escritor ha de pintar, como el pintor».

Pero no se trata sólo, en él, de una riqueza estilística. Se trata de una concepción del mundo basada en las leyes de la analogía universal. Se trata de la universalidad de un humanismo que supera la concepción clásica de «humanidades» al integrar ciencia, sensibilidad e imaginación; un humanismo que fue creación suya, y puede por tanto ser creación nuestra, en que se amalgaman la herencia grecolatina y el legado judeocristiano, sin que falten miradas acogedoras a lo hindú, a lo budista *mahayana*, el protoplasma indoamericano, la impulsión renacentista y la modernidad de o para la justicia, la que aún no ha triunfado.

Por donde quiera que entremos en Martí —es lo primero que debemos mostrar en las Cátedras Martianas— no encontraremos nunca una parte del hombre, sino todo el hombre, y es eso lo que quiere de cada uno de nosotros, que en la medida de nuestras fuerzas seamos una encarnación de todo el hombre: razón y corazón, ciencia y conciencia. Llegados a este punto, fuerza es que volvamos los ojos a los dos máximos fundadores del pensamiento ético cubano: el padre Félix Varela y José de la Luz y Caballero. ¿Por qué llamó Martí a Varela «el santo cubano»? ¿Es que hay una santidad específicamente cubana, estrechamente vinculada al sentido de la patria? Analicen esta cuestión los estudiantes que se interesen en ella, partiendo del postulado vareliano de que no hay patria sin virtud, de su campaña contra «mercantilismo» que la asfixiaba, y de la entrega de su vida al servicio de Cuba, sin que la convirtiera por ello en ídolo sustitutivo de Dios, sino en deber tan espontáneo como el amor divino. ¿Por qué llamó Martí a José de la Luz, «el padre, el silencioso fundador»? Porque a toda sabiduría y lucimiento mundano prefirió la tarea paciente de «hacer hombres», que es la que nos toca seguir cumpliendo en nuestras escuelas, en nuestros institutos pedagógicos y universidades. Y no podrá olvidarse, para entender mejor la tradición ética que culmina en Martí, la extensa e intensa polémica filosófica sostenida en 1839 por los hermanos González del Valle con el presbítero Francisco Ruiz y otros, en torno a la preeminencia de la ley del deber o la ley de la utilidad. Abriéndose paso entre argumentaciones, José de la Luz llegó a la formulación más esclarecedora, al sentenciar que: «habiendo una gran diferencia entre lo útil tomado en general y lo justo, no media ninguna entre lo más útil y lo justo: útil es un ferrocarril pero más útil es la justicia», a lo que líneas después añade: «Luego la ley del deber lejos de oponerse al principio de la mayor utilidad encuentra en éste su más firme apoyo.» Y no pierde ocasión de reiterar la proposición 143 de su elenco del Cole-

gio de San Cristóbal de Carraguao en 1835, para que no queden dudas de que su mediación no implicaba vacilación en lo que al interés respecta:

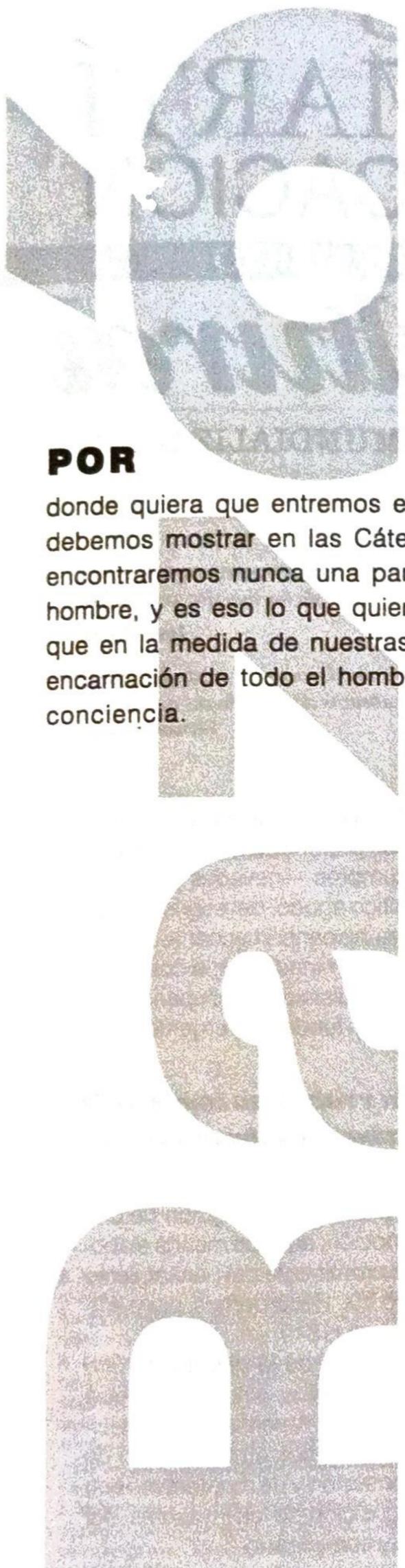
La moral del interés nos abre un abismo de males, éstas son sus consecuencias forzosas: 1ª el olvido de nuestros derechos; 2ª la pretensión de contentar al hombre sólo con goces físicos; 3ª la degradación del carácter nacional.

Semejantes cuestiones, ¿no son de absoluta actualidad? El mercantilismo transformado en neoliberalismo, el utilitarismo y la preeminencia del lucro como última *ratio* ¿no son más que nunca hoy nuestros enemigos? Creer en la justicia como «lo más útil», creer en «la utilidad de la virtud», según se lee en la dedicatoria de *Ismaelillo*, es nuestro linaje irrenunciable, y debemos mostrar su legitimidad en la coherencia de nuestra historia, pues las mencionadas no fueron cuestiones meramente académicas o especulativas, sino concretamente asumidas por los iniciadores de nuestra Revolución, los próceres del 68, los que dieron la libertad a sus esclavos y quemaron su riqueza en aras de la independencia nacional. Lo que no significa, por cierto, que nos aferremos a un romanticismo desafortunado y suicida. Si de algo se preocuparon y ocuparon nuestros principales guías en el siglo XIX fue del adelanto científico-técnico de la Isla, sólo que los más esclarecidos entre ellos no se limitaron a fomentarlo como beneficio exclusivo de su clase. Ya en Martí, el autor del «Prólogo al Poema del Niágara» de Juan Antonio Pérez Bonalde, de las crónicas por la muerte de Darwin y sobre los Congresos antropológicos en Estados Unidos, pero también de «El puente de Brooklyn» y los numerosos artículos destinados a lo que hoy llamamos transferencia tecnológica, es evidente la aspiración a una modernidad que estuviese al servicio de la justicia.

Por eso en el prólogo a *Martí en la universidad* escribimos: «La confrontación de este principio [el de «lo más útil», formulado por José de la Luz] con la abrumadora realidad del modelo capitalista cuyo vertiginoso desarrollo hacia el imperialismo presencié Martí en Estados Unidos, lo llevó a un agónico debate que es el centro de su más vigente indagación cultural y revolucionaria, la que pudiera sintetizarse así: ¿Cómo poner la libertad al servicio, no del desenfreno individualista, sino de la plenitud de la persona conjugada con la justicia social? ¿Cómo convertir la ciencia y la técnica en armas efectivas de la solidaridad humana? ¿Cómo evitar la coexistencia de un progreso creciente y una desigualdad cada vez más humillante, incluso a nivel planetario? Verificar estas preguntas y sus tácitas o explícitas respuestas en la obra de Martí, es a mi juicio una de las tareas fundamentales en las Cátedras de la enseñanza superior.

Hay trabajos para cuya cabal comprensión es especialmente necesaria la contextualización biográfica e histórica, así como la referencia a corrientes de pensamiento que de algún modo los condicionan. Así sucede con «La república española ante la revolución cubana», texto propicio para una explicación de lo que fue el krausismo en España; o con los Boletines de la *Revista Universal*, vinculados a la problemática mexicana de un liberalismo no por lo telúrico menos frágil que el español; o, ya en el último año de la estancia de Martí en Estados Unidos, el vibrante artículo «¡A Cuba!», que no se entiende bien si se desconocen las circunstancias que lo provocaron.

El espíritu categorizador de Martí le da a cada asunto o suceso un lugar y una interpretación según la jerarquía de valores que preside sus



## POR

donde quiera que entremos en Martí —es lo primero que debemos mostrar en las Cátedras Martianas— no encontraremos nunca una parte del hombre, sino todo el hombre, y es eso lo que quiere de cada uno de nosotros, que en la medida de nuestras fuerzas seamos una encarnación de todo el hombre: razón y corazón, ciencia y conciencia.

juicios. Hay que familiarizar a los estudiantes con esa tabla axiológica martiana (limpieza, gusto, decoro, moderación, altivez, generosidad, sacrificio) en cuyo punto más alto estuvo siempre el amor a la patria. Amor que no puede desligarse de su toma de partido «con los pobres de la tierra», cada vez más actuante en su obra, compromiso del que es símbolo tácito y quizás supremo el encuentro y despedida, conmovedoramente relatados en el *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, con David, de las Islas Turcas. Ilustración, ya en el máximo minimalismo de su expresión poética, de lo que aforísticamente dijo: «Conmover es moralizar». Pero cuidado con la excesiva afición a los aforismos, a los «pensamientos» aislados, a los «granos de oro». No convertir a Martí en lugar común, en repertorio de sentencias, en oráculo fácil.

Y si de ideología política se trata, será imprescindible repasar, ampliándolo, el contenido de los Cuadernos II y III, para llegar a discursos resumidores como la «Lectura en Steck Hall», cuyo análisis conceptual ha de hacerse tan cuidadosamente como se desmonta un aparato de relojería, pero sin perder el pulso dialéctico que anima y enlaza sus párrafos; o

«El Partido Revolucionario Cubano», manifiesto en que, al identificarse aquella organización con «el pueblo cubano», se sugiere la esencia revolucionaria en que ha de fundarse la república después de lograda la independencia. No permitirse lecturas pasivas. Descubrir y desarrollar las semillas latentes.

Provechosa será también la agrupación de textos afines y complementarios, como, por ejemplo, la página

sobre la muerte de Marx, el comentario al libro de Spencer *La futura esclavitud* y la carta a Fermín Valdés Domínguez con motivo de su participación en la conmemoración del 1º de mayo de 1894. Los juicios emitidos en estos textos, con el fondo trágico de la ejecución de los mártires de Chicago, judicialmente analizada y goyescamente pintada por Martí, dan pie a la más amplia y profunda discusión sobre el destino del socialismo hasta nuestros días y en el futuro. Discusión presidida por estas palabras indelebles a Fermín y en él a todos los cubanos «de buena voluntad»: «Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa».

¿Qué más? La pedagogía martiana está en Martí. Él es el que, página por página, nos enseña a enseñarlo. En La Liga practicó el método conversacional, que elogió en Sócrates y en Bronson Alcott, que aconsejó a los «maestros ambulantes». *La Edad de Oro*, ¿qué es sino escritura de la oralidad, una conversación que no termina? Si dijimos que la educación espiritual superior, que es la que forma al ciudadano y es por tanto la verdadera educación política, debe comenzar en la primaria, también pensamos que lo más importante en los estudiantes universitarios es que no pierdan la relación efectiva con «el hombre de *La Edad de Oro*». El escudo de su cariño está hecho de razones invulnerables; su verdad, de belleza; su libertad, de justicia. Nuestra historia por él se convierte en poesía. Ingenieros, médicos y economistas deben tenerlo de perenne compañero, tanto como literatos, juristas y maestros. El imperialismo se estrella contra su frente como una ola furiosa que sólo sirve para aumentar la hermosura y dignidad de nuestras playas.

# José MARTÍ y la COMUNICACIÓN

por ROLANDO GONZALEZ PATRICIO

## *Transcultural*

APUNTES A LA PUERTAS DE LA MUNDIALIZACIÓN

*Y en esta época estamos: la época  
de las ligas de los pueblos.*

**José Martí.**

*Martí, (...) como todo genio, llevaba en su mente la esencia de todos los mestizajes de las ideas, las cuales se encuentran en los abrazos de las culturas del mundo.*

**Fernando Ortiz.**

Las fronteras de la reflexión de José Martí en torno a la cultura sobrepasan el horizonte de la creación artística, van a las profundidades espirituales de cada ser humano, y sobrepasan las cumbres —nevadas y volcánicas— del quehacer político. Más allá del crítico agudo, del esgrimista del verbo, del fundador de una nueva escritura hispanoamericana, la concepción martiana sobre la cultura estuvo determinada por la condición de hombre político consagrado tanto a la conquista de la independencia patria como a la revelación, sacudimiento y fundación urgente de la América nuestra.

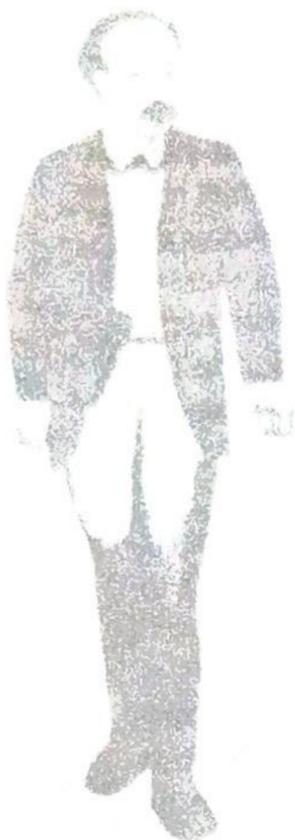
**1**

***En la reflexión martiana la comunicación transcultural es ala y raíz de su concepto de identidad cubana y latinoamericana.***

La contribución de José Martí a la cultura de la liberación latinoamericana, como sabemos, cuenta entre sus pilares con la noción de una identidad diferente, no inferior, nueva. Esa noción, aunque menos elaborada, es un común denominador en lo más prominente del pensamiento independentista hispanoamericano del siglo XIX. Recordemos, por ejemplo, al Simón Bolívar del discurso de Angostura (1819):

Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vió nacer, contra la oposición de los invasores. Así nuestro caso es el más extraordinario y complicado.<sup>1</sup>

1. Simón Bolívar: Discurso de Angostura. México, D.F. UNAM, 1978, p.8.



Transcurrida una media centuria, el mismo Martí que en 1877 afirma: "El alma de Bolívar nos alienta, el pensamiento americano me transporta"<sup>2</sup>, al comentar "Los Códigos nuevos" de Guatemala, enriquece la idea bolivariana en torno a la identidad de nuestros pueblos.

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia. [...] Nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original fiera y artística.

Más allá del concepto revolucionario, ese párrafo lleva implícito los rumbos nuevos por los que, a su juicio, necesitaba transitar esta América. Y más allá del concepto —digámoslo llanamente— Martí está presentando, con escasos veinticuatro años, la lógica medular de todo un programa de liberación cultural latinoamericana. En esencia: reconquistar la libertad, restaurar el alma propia mestiza, y desarrollarla. Tal vez sea por eso que se aventura a proyectar sin el menor asomo de duda:

Toda clara muestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!<sup>3</sup>

Me he permitido reproducir un fragmento tal vez extenso, tratándose de una idea citada con frecuencia por los estudiosos martianos, para subrayar al menos tres elementos. Primero, que para José Martí la formación y afianzamiento de la identidad latinoamericana no es un dato; es un proceso inacabado, en cambio permanente, al que augura un futuro promisorio. Por ese camino, su reflexión avanza al encuentro de los presupuestos de las ciencias de la cultura en nuestros días.

En segundo lugar es útil destacar que la noción martiana sobre nuestros pueblos nuevos, en tanto naciones —concepto básicamente político—, tiene por base el concepto en primer orden cultural de identidad.<sup>4</sup> En tercer lugar, debo subrayar un elemento implícito y más estrechamente ligado al tema que nos ocupa: en la valoración martiana —valoración moderna y por extensión contemporánea—, los procesos identitarios de cada nación o pueblo se desarrollan inevitablemente vinculados a los de otros pueblos o naciones. La cultura, para Martí, está urgida de la autoafirmación pero no debe padecer de aislamiento. Años antes, durante su primera deportación a España, al fundamentar histórica y culturalmente el derecho de Cuba a independizarse, el autor de "La República española ante la Revolución cubana" (1873) había incluido los vínculos externos como parte de las "actividades identitarias" ligadas a otros "sujetos de identidad", para decirlo con palabras de algunos colegas,<sup>5</sup> al precisar:

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España

2. José Martí: Carta a Valero Pujol, [Guatemala], noviembre 27 de 1877, en *Epistolario*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. I, p. 98.

3. José Martí: "Los Códigos nuevos", en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973. Sucesivas referencias a esta edición serán indicadas con las siglas O.C., t. 7, p. 98. El subrayado es de R.G.P.

4. Véase al respecto Hortensia Peramo: "El proyecto cultural en el modelo sociopolítico de José Martí". Ms en CEM.

5. Maritza García y Cristina Baeza: *Modelo teórico para la identidad cultural*, La Habana. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura "Juan Marinello", 1996.

fue gloria inmarcesible, España misma ha quendido que sea para ellos desgracia profundísima. *De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocajan.*<sup>6</sup>

Algunos años después, al hacer un análisis comparativo del español frente al hombre de nuestra América, Martí fue más allá y consideró el interés por el mundo exterior como un rasgo de la identidad americana ajeno a los españoles de entonces.

No se les ve enérgicos; desamorados del saber, brillantes y perezosos, del resto del mundo despreocupados, y sólo en sus cosas propias pensando con ardor, como si el mundo cerrase donde España cierra.—Así somos nosotros, los de América. Ellos tienen la necesidad de la expresión: voluble e infructífera.—Nosotros tenemos la necesidad de la expansión. El mundo entero nos interesa. De Francia la luz, y de España y de Inglaterra y de los E. Unidos.—En ningún país del mundo se encuentran relativamente tantos hombres generalmente ilustrados.—

Y pasa inmediatamente a subrayar un extremo de cuidado: Nos preocupamos ardientemente por la dicha humana.—¡Si caemos día a día en el peligro de ser más franceses, ingleses, españoles, norteamericanos que los que pertenecen a esas nacionalidades!<sup>7</sup>

## 2 *En el pensamiento de José Martí, la temprana vocación de autoctonía condiciona su valoración de la otredad.*



Al incorporarse al debate cultural de la modernidad, José Martí no necesitó partir desde cero para alcanzar sus más trascendentes nociones en torno a la comunicación transcultural. Haber bebido, al menos desde la conducción del maestro Mendive, en el pensamiento cubano que le había precedido, caracterizado por un perfil electivo y no miméticamente ecléctico, significó para su maduración intelectual comenzar la marcha bien entrado en el camino.

Desde esta perspectiva, las posiciones y las actitudes de Martí frente al problema de la transposición cultural hacia América Latina —a diferencia de la interpretación de Ottmar Ette<sup>8</sup>—, más allá de conocer “una evolución muy rápida en cuanto a su creciente comprensión de la situación problemática del escritor ‘colonial’ en la periferia”, experimentaron, desde nuestro punto de vista, una profundización, catalizada por la urgencia latinoamericana y cubana de emprender una modernización liberadora, que devino fuente nutricia de una estrategia cultural aún insuficientemente estudiada.

Existe el criterio más o menos extendido acerca de la aguda y temprana atención que Martí ofreció a la problemática descolonizadora de la periferia toda. Sin embargo, para Ette la comprensión martiana —¿acaso será la suya?— no desborda los límites de la problemática del escritor ‘colonial’ en la periferia. No debe entonces extrañarnos que advierta en la traducción y publicación en 1875 de *Mes fils*, de Víctor Hugo, cierta voluntad martiana de negar “la problemática del *transfert* cultural entre la metrópolis y la periferia ‘colonial’.” Ette lamenta que Martí esté convencido de la “validez general” de las ideas de Víctor Hugo, “postulando así de manera idealista una posibilidad de transposición de ideas y conceptos universales.”<sup>9</sup>

Para adelantar semejante conclusión, el autor citado toma como evidencia la supuesta adopción acrítica del concepto hugoniano de reli-

6. José Martí: “La República española ante la Revolución cubana”, O.C., t. 1, p. 94. El subrayado es de R.G.P.

7. José Martí: Fragmento, O.C., t. 22, p. 54.

8. Véase Ottmar Ette: “Apuntes para una orestia americana. José Martí y el diálogo intercultural entre Europa y América Latina,” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, año XI, segundo semestre, 1986, n.24, p. 137-146.

9. Idem, p. 140-141.

10. Véase, por ejemplo, el apunte que sobre las religiones aparece en O.C., t. 21, p. 42.

11. José Martí. *El Diablo Cojuelo*. La Habana, 19 de enero de 1869. O.C., t. 1, p. 32.

12. José Martí. *Cuadernos de apuntes*, O.C., t. 21, p. 15-16.

13. *Idem*, p. 42.

gión, que distingue entre la religión y las religiones dominadas todas por dogmas. Tal vez una relectura al primer cuaderno de apuntes correspondiente al período español sea suficiente para relativizar, al menos, la afirmación de Ette.<sup>10</sup> No obstante, parecería más ilustrativo tomar algunos apuntes de 1871 y 1872 sobre la "transposición" de valores culturales norteamericanos hacia nuestras tierras. Dos años después de sintetizar la disyuntiva del pueblo cubano de entonces con su proverbial "O Yara o Madrid"<sup>11</sup>, Martí escribió:

Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento.—Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad

Y si hay esta diferencia de organización, de vida, de ser, si ellos vendían mientras nosotros llorábamos, si nosotros reemplazamos su cabeza fría y calculadora por nuestra cabeza imaginativa, y su corazón de algodón y de buques por un corazón tan especial, tan sensible, tan nuevo que sólo puede llamarse corazón cubano, ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan?

¡Imitemos. ¡No!—Copiemos. ¡No!—Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos—Creemos, porque tenemos necesidad de creer. Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse. La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras ¿cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes?

Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!

Y unas líneas más adelante vuelve a arremeter: "Y si el estado general de ilustración en los Estados Unidos os seduce, a pesar de la corrupción, de su metalificación helada, ¿no podremos nosotros aspirar a ilustrar sin corromper?"<sup>12</sup>

No menos sorprendente puede resultar esta evaluación de la civilización estadounidense, incluida en sus apuntes meses antes de cumplir veinte años:

Nunca fue Roma más ilustrada que cuando la mató su vileza.—Nunca estaba Francia más civilizada que cuando entregó cobardemente su libertad.—No se me oculta que va acercándose más a Dios la civilización americana.—Pero yo preveo que morirá sin llegar a él, porque comienza a debilitarse en su principio.—No es Mesalina, como Roma. No es sierva de sus vicios como Francia;—pero tiene algo de romana, y esto la conducirá a morir aun como francesa.<sup>13</sup>

Llegados a este punto, es posible intentar una aproximación a algunos de los presupuestos que orientaron la elaboración de la dimensión cultural del proyecto liberador de José Martí.

### 3

#### *La asimilación crítica de las culturas externas como cimiento en el camino hacia la república nueva.*

Las culturas se han construido en permanente interacción de unas y otras. A lo largo de todos los tiempos han experimentado un proceso

milenario de homogeneización, paralelo y complementario de la diversificación interna de los patrimonios respectivos. Esa dialéctica de lo foráneo y lo autóctono fue advertida muy pronto por el joven José Martí, indagador insaciable sobre "la humanidad presente y la pasada", decidida a "llegar al conocimiento de la humanidad futura y probable".<sup>14</sup>

Con anterioridad a estos apuntes, innumerables estudiosos han profundizado en la voluntad martiana de autoctonía, cuya expresión superior es sin duda el ensayo "Nuestra América" (1891). A la luz de ese texto, que sintetiza conceptos políticos y socioeconómicos, pero especialmente culturales, al decir de Ivan Schulman: "el documento más clarividente sobre el tema de la nación americana",<sup>15</sup> Martí reclama encontrar "la clave del enigma hispanoamericano" fuera del libro europeo y del libro yanqui; invita a "cargar los barcos de esos insectos" "parisienses o madrileños" "que le roen el hueso a la patria", para que "vayan al Prado" o "vayan a Tortoni". Y ante la evidencia de que la "colonia continuó viviendo" en nuestras repúblicas americanas, por grandes yerros como "la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas", asegura que "la salvación está en crear."<sup>16</sup>

Estas ideas que, así destejidas, podrían parecer aislacionistas, habían acompañado a Martí desde sus contactos iniciales con la realidad hispanoamericana, si observamos las evidencias ligadas al período español antes citadas. En mayo de 1875 afirmaba desde la *Revista Universal*: "Un pueblo que quiere ser nuevo necesita producir un teatro original",<sup>17</sup> y en agosto, al reclamar para México una ciencia económica mexicana: "A propia historia, soluciones propias. A vida nuestra, leyes nuestras. No se ate servilmente el economista mexicano a la regla, dudosa aun en el mismo país que la inspiró."<sup>18</sup>

Un año más tarde, al comentar el libro *La Democracia Práctica* de Luis Varela, insiste: "se ha de estudiar, de adivinar, de prevenir, de crear mucho en el arte de la aplicación, para ser liberal americano."<sup>19</sup>

Para José Martí ese "arte de la aplicación" debe ser entendido como asimilación crítica del influjo cultural externo. Esa idea recorre sus reflexiones sobre el arte y la literatura, la enseñanza, las instituciones, y, por supuesto, el pensamiento —entre otros "aparatos culturales", según el término de Bourdieu—, hasta cristalizar, como fiel de la balanza, en el ensayo "Nuestra América", al acotar: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas."<sup>20</sup> Este mandato martiano de injertar en nuestro tronco, frente al aldeano vanidoso que cree "que el mundo entero es su aldea" y se apresura a dar "por bueno el orden universal",<sup>21</sup> había sido ensayado a lo largo de su ejercicio creador al menos desde 1875.

El desarrollo del pensamiento pedagógico martiano pone de manifiesto en qué medida supo necesaria la incorporación equilibrada de las experiencias foráneas, sin las cuales difícilmente nos habría legado un ideario tan abarcador. Ya en octubre de 1875 aborda el tema de la enseñanza obligatoria: "La brutalidad de Prusia ha vencido, porque es una brutalidad inteligente. El ministro lo ha informado al Parlamento: todo prusiano sabe leer y escribir."<sup>22</sup> A renglón seguido, antes de recordar que la América nuestra no disponía aún de un literato exclusivamente americano, Martí se pregunta qué fuerzas no se descubrirán en México, y en toda la América del Sur, si fuera posible arrojar sobre sus millones de habitantes, los montes de luz de Víctor Hugo. "¿Qué no hará entre nosotros el nuevo sistema de enseñanza? Los indígenas nos traen un sistema nuevo de vida. Nosotros estudiamos lo que nos traen de Francia; pero ellos nos revelarán lo que tomen de la naturaleza."<sup>23</sup>

14. José Martí. Cuadernos de apuntes., O.C., t. 21, p. 75.

15. Ivan Schulman: "Modernismo/modernidad y el proyecto de alzar la nación". Conferencia impartida en la sede del Centro de Estudios Martianos el 15 de octubre de 1998.

16. José Martí: "Nuestra América", O.C., t. 6, p. 16, 19 y 20, respectivamente.

17. José Martí: "Boletín", en *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1983, T II, p. 42. Próximas referencias a esta edición se indicarán con las siglas O.C.E.C.

18. José Martí: Boletín. O.C.E.C., t. II, p. 176.

19. José Martí: "La Democracia Práctica", O.C., t. 7, p. 349.

20. José Martí: "Nuestra América", O.C., t. 6, p. 18.

21. Idem, p. 15.

22. José Martí: "Boletín", O.C.E.C., t. II, p. 217.

23. Ibidem.

Sin embargo, la mucha y buena difusión que su periodismo hizo acerca de los avances en la enseñanza europea y norteamericana no llegó hasta el límite riesgoso de aprobar la educación fuera de la patria. En 1886, desde las páginas de *El Partido Liberal*, alertó:

Niños de nuestras tierras que vienen a estas Universidades con el almita clara y encendida, llena de sombras de héroes y de colores de bandera, se vuelven ¡ay! a los pocos años de estar entre estos boxeadores, mozos hoscos y abruptos, ida toda la flor, sin fe más que en el dinero y en la fuerza. Mejorar los colegios nativos, que con ser como son ya son mejores, vale más pese a la gente novelera, que sacar a los hijos de bajo de las alas de la patria para venir a donde olvidan la suya, y no adquieren la ajena.<sup>24</sup>

Seis años después de escribir este párrafo, que recuerda su intención de 1871 de ilustrar sin corromper, consagrado ya a la organización de la guerra para independizar a Cuba, Martí vuelve sobre el tema desde las páginas de *Patria*, para subrayar el peligro de "la educación de afuera" para el hijo de nuestras tierras en los Estados Unidos, donde "pudiera llevar al educando a una oposición fatal al país nativo donde ha de servirse de su educación, —o a la peor y más vergonzosa de las desdichas humanas, al desdén de su pueblo."<sup>25</sup> Con ese mismo espíritu había escrito en 1889 *La Edad de Oro*, publicación infantil con la cual alcanzó a proponerse contribuir a

llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo y hombres de América.<sup>26</sup>

Junto a la enseñanza, la prensa debía jugar en la valoración martiana un papel no menos útil en el difícil "arte de la aplicación" al servicio de nuestra América. Acaso desde las páginas mismas de *La Edad de Oro*, ¿no abrió Martí una puerta al mundo para los niños nacidos en esta otra parte del continente? ¿Cómo explicar entonces que la revista de "Tres héroes" y "Las ruinas indias" también abarque "La Ilíada, de Homero", "La exposición de París" y "Músicos, poetas y pintores", por sólo citar algunos ejemplos?

La prensa fue uno de los instrumentos culturales más influyentes en el siglo XIX, tanto europeo como americano. No es de extrañar entonces que en enero de 1884, al asumir la dirección de *La América*, Martí haga explícito el propósito de convertir dicha publicación, al servicio de los intereses de la América Latina, en "el explicador de la mente de los Estados Unidos del Norte ante la mente de aquellos que son en espíritu, y serán algún día en forma, los Estados Unidos de América del sur."<sup>27</sup> Trataba de construir un avisador para

## ALCANZÓ

a proponerse contribuir a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo.

24. José Martí: "Correspondencia particular para *El Partido Liberal*", en *Otras crónicas de Nueva York*, La Habana, C.E.M. y Casa de las Américas, 1983, p. 40-41.

25. José Martí: "El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley", *O.C.*, t. 5, p. 262.

26. José Martí: Carta a Manuel Mercado, agosto 3 de 1889, en *Epistolario*, ob. cit., t. II, p. 117.

27. José Martí: "Los propósitos de *La América*, bajo sus nuevos propietarios", *O.C.*, t. 8, p. 266.

28. Idem, p. 268.

29. Cintio Vitier. "Cuba, su identidad latinoamericana y caribeña," en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, julio-agosto de 1992, p. 5.

30. José Martí. Cuadernos de apuntes, O.C., t. 21, p. 163.

31. José Martí. "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano", O.C., t. 3, p. 142.

Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia,—y en apariencia sólo,— maravilloso de este país, facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual,—¡mayor acaso, sí, mayor, y más durable en nuestros países[...]. Sabemos que venimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir. Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del Continente Americano.

La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir.<sup>28</sup>

Cuanto no alcanzó a realizar desde *La América* continuó intentándolo desde los periódicos latinoamericanos para los cuales redactaba sus "Escenas norteamericanas" que, como un cazador de fantasmas recorrieron el mundo latinoamericano, y —pasados más de cien años— aún permiten a Cintio Vitier afirmar: "La lectura de las Escenas Norteamericanas bastaría para considerar a Martí como el acontecimiento cultural más importante de América Latina en el siglo XIX"<sup>29</sup> Pero no olvidemos, agregaríamos ahora, que junto a la oposición martiana al dogma de la desmedida admiración por los Estados Unidos, Martí supo llevar a nuestros pueblos lo más trascendente de hombres tan diversos como Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman, Wendell Phillips o Thomas Edison.

La literatura, y el manejo del lenguaje, tipifican en la valoración martiana la correlación entre lo propio y lo externo en la creación artística. En 1881, el Martí que afirma que las obras literarias son como los hijos, porque rehacen a sus padres, dice del lenguaje literario "que del propio materno reciba el molde, y de las lenguas que hoy influyen en la América soporte el necesario influjo, con antejudio suficiente para grabar lo que ha de quedar fijo de esta época de génesis, y desdeñar lo que en ella se anda usando lo que no tiene condiciones de fijeza[...], para ejercer a la postre, luego del acrisolamiento, dominio sumo."<sup>30</sup>

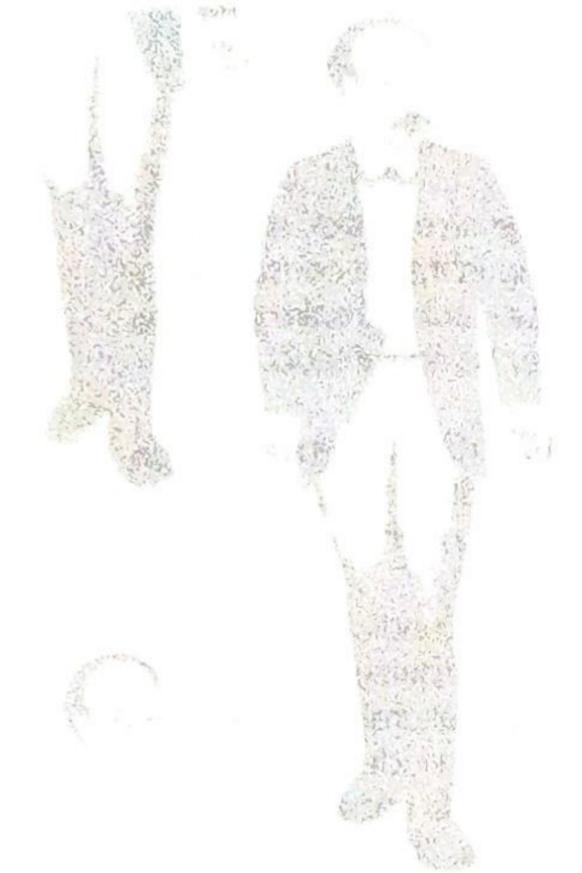
En la órbita de los adelantos científico-técnicos, y de la llamada transferencia tecnológica, está probado también el esfuerzo de Martí para conseguir su refracción hacia la América Latina. Tal vez ningún otro instrumento cultural haga más evidente que el aislamiento del mundo puede llegar a ser tan costoso como su influjo desmedido. Así parece decirnoslo el redactor de *Patria* en abril de 1894:

Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante."<sup>31</sup>

## **4 Para Martí la internacionalización de la(s) cultura(s) latinoamericana(s) alcanza el rango de acción en defensa de la independencia.**

Lo que en 1881, en "El carácter de la Revista Venezolana", Martí llamó "naciones ignoradas", un siglo después Darcy Riberro lo expresó en el criterio de que en nuestros días los latinoamericanos continuamos viviendo como un archipiélago. Gabriel García Márquez, por su parte, lo denominó "la soledad de América Latina."

El quehacer martiano para romper esa ignorancia europea y norteamericana, para dinamitar esa soledad, quedó explicitado en su proyec-



to de *Revista Guatemalteca* en 1877, cuando explica la creación de su periódico ante el panorama de que "las riquezas de Guatemala son poco conocidas, el comercio intelectual con Europa es escaso", y quiere, al mismo tiempo, difundir en esa tierra americana cuanto brota "del desarrollo espiritual e industrial moderno".<sup>32</sup> Desde entonces demostró tener conocimiento tanto de la incomunicación de la América Latina con las naciones industrializadas, como de la existente entre las naciones latinoamericanas entre sí.

De las posibilidades latinoamericanas para enfrentar el desafío del desconocimiento en el camino de la independencia, había dado cuentas en 1875, en el contexto de una amenaza de agresión estadounidense a México. Entonces reclamó convertir al inglés la prensa del país e ir a decir su verdad en los Estados Unidos. Once años después, ante el conflicto diplomático desatado por el anexionista Cutting, Martí volvió a reclamar acciones que con urgencia inspiraran aquel respeto que creyó el único freno posible a la agresión. En 1887 llega a proponer el establecimiento en suelo estadounidense de "una Oficina de Propaganda" que sirviese de centro de información gratuito [...] que se encargase de desmentir todo lo falso sobre México.<sup>33</sup>

es útil irle enfrentando con sus propios elementos y procurar con el sutil ejercicio de una habilidad activa, que aquella parte de justicia y virtud que se cría en el país tenga tal conocimiento y concepto del pueblo mexicano, que con la autoridad y certidumbre de ellos contraste los planes malignos de aquella otra parte brutal de la población, que constantemente se elabora por la seguridad de la fuerza y el espectáculo del éxito: a un informe falso, un informe verídico: a un artículo avieso, un artículo en que se exhibiesen las razones de él, o se denunciaran sus errores. A diarios hostiles, un diario defensor. A libros enemigos libros justos. Todo en la lengua hostil, con prudencia a la par que viveza. En suma, un estandarte permanente, clavado en el campo que pudiera convertirse en enemigo.<sup>34</sup>

Visto desde el punto de vista estratégico, ese fue el espíritu que hizo de Martí un fundador devenido presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York. Al instante de solicitar su renuncia a la presidencia en octubre de 1891, Martí hace explícito su programa para dicha institución:

La Sociedad Literaria existe para levantar en los Estados Unidos el crédito de toda Hispanoamérica; para juntar a todos los hispanoamericanos, con las ideas y los propósitos que ya les son urgentes, en un pueblo ante el cual es indispensable enseñarse con todas las cualidades de fuerza mental y cultura visible, y organización decorosa que puedan inclinarlo al respecto. La Sociedad Literaria [...] Existe para alzar aquí, cuando ya es preciso que se le vea, el estandarte nuevo y enérgico de nuestra América.<sup>35</sup>

El puente entre estas ideas citadas pasa por la síntesis de "Nuestra América": "El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe."<sup>36</sup> Tres años después, desde *Patria*, reaparece la idea ajustada a la cultura república cubana frente a los Estados Unidos.<sup>37</sup>

32. José Martí: "Revista Guatemalteca", O.C., t. 7, p. 104 y 105, respectivamente.

33. Véase José Martí: *Epistolario*, ob. cit., t. I, pp. 363-364.

34. José Martí: *Otras crónicas de Nueva York*, ob. cit., p. 101.

35. José Martí: Carta al Secretario de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en *Epistolario*, t. II, p. 321-322.

36. José Martí: "Nuestra América", O.C., t. 7, p. 44.

Las magnitudes de la amenaza estadounidense en modo alguno restaron importancia en el pensamiento martiano, igualmente consagrado al ideal de unidad latinoamericana, a la comunicación cultural entre las naciones de nuestra América. Con acierto, Luis Álvarez ha adelantado:

La incomunicación político-social que advierte Martí entre los pueblos hispanoamericanos en el siglo XIX, resultaba desde luego un enorme factor de riesgo para la defensa de su identidad e independencia. [...]

La cultura, en nuestro continente, debe ser condición inalienable del diálogo internacional en la región, entre los países hermanos. <sup>38</sup>

La trascendencia de la comunicación intercultural en la América nuestra radica en su carácter de garantía de la independencia. Así lo había expresado Martí en 1891 al subrayar la capacidad de una "nube de ideas" frente a toda proa; una idea, "flameada a tiempo ante el mundo", frente a "un escuadrón de acorazados". Para seguidamente apuntar: "Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos." <sup>39</sup>

## **5** *En cultura, como en economía y política, por una integración contrabegemónica y liberadora.*

Al embarcarse en las carabelas, y llegar a nuevas tierras, Colón ensanchó el mundo y dio paso a la creación de los dos primeros procesos civilizatorios mundiales: los imperios mercantiles salvacionistas y el capitalismo mercantil, según la clasificación de Ribeiro. Cuatro siglos después, Martí asistió al nacimiento de la formación sociocultural imperialista industrial, capaz de integrar progresivamente a todas las sociedades humanas en un solo sistema interactivo mundial, al entonces nativo mercado por la máquina a vapor y la electricidad.

El autor de "Nuestra América" aplaudió cuanto de positivo pudo advertir en aquel proceso. En 1883, desde las páginas de *La América*, al presentar lo que denomina "un conocimiento de embarque general y único" redactado por la Cámara de Comercio de Nueva York, asignaba: "Cuanto simplifica, facilita. Unificar es abreviar. [...] Y en esta época estamos: la época de las ligas de los pueblos." <sup>40</sup>

Sobre la unión o fusión de valores culturales versa un fragmento sin datar, tal vez anterior, donde esboza un proyecto de integración selectiva en función de su proyecto americanista:

Sajones y latinos.—Tomemos uno y otro: de aquellos, los hábitos corporales; de éstos, las obras del intelecto maravilloso[...] Así, reuniendo las dos civilizaciones, aprovecharemos sus ventajas, nos ingeriremos de las dos savias, y, sobre ellas, encumbraremos nuestra nueva entidad americana <sup>41</sup>

Y, a renglón seguido, pasa a cuestionar la superioridad sajona. Saltan a la vista las diferencias con el discurso cultural de Sarmiento en Argentina, o de Bulnes en México.

Años después, en 1891, a propósito de la Conferencia Monetaria Internacional Americana, vuelve a destacar la opción de acercamiento universal: "Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. [...] Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. [...] Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos." <sup>42</sup>

37. Véase José Martí: O.C., t. 3, p. 62.

38. Luis Álvarez: "El proyecto cultural martiano de 1891", en *Margen Izquierdo*, 1991, n. 5, p. 47 y 49, respectivamente.

39. José Martí: "Nuestra América", O.C., t. 6, p. 15.

40. José Martí: "Conocimientos internacionales", O.C. t.28, p. 195.

41. José Martí: Fragmentos, O.C., t.22, p.98.

42. José Martí: "La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América". O.C., t. 6, p. 161.

## JOSÉ MARTÍ RECHAZÓ

toda participación latinoamericana en un proyecto de integración hegemónica. Es esa la razón por la cual declara que "el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros."

Pero esa disposición de principios, y de miras a muy largo plazo, no desconocería los desafíos del momento, y especialmente el proyecto blainista de unión americana. Cuando afirmaba su respaldo a la unión con el mundo, pero no con una parte de él, descartaba como opción para nuestros pueblos la fusión subordinada a cualquier potencia de la época y especialmente a los Estados Unidos. Puede afirmarse que, en cultura como en política y economía, José Martí rechazó toda participación latinoamericana en un proyecto de integración hegemónica. Es esa la razón por la cual declara que "el modo de acercarlos [a los pueblos, nota del autor] no es levantarlos unos contra otros."<sup>43</sup>

En el contexto de la relativa pugna hispanoamericana por el influjo sobre América Latina, y tras llamar a la segunda independencia, Martí apuntaba que el mejor modo de resucitar la influencia española en América consistía en abogar por la de los Estados Unidos. En este mismo sentido, al evaluar los orígenes y tendencias de la Conferencia Panamericana, escribe

¿A qué fingir miedos de España, que para todo lo que no sea exterminar a sus hijos en las Antillas está fuera de América, y no la puede recobrar por el espíritu, porque la hija se le adelanta a par del mundo nuevo, ni por el comercio, porque no vive la

América de pasas y aceitunas, ni tiene España en los pueblos americanos más influjo que el que pudiera volver a darle, por causas de raza y de sentimientos, el temor o la antipatía o la agresión norteamericana?<sup>44</sup>

Frente al discurso modernizador-dominador José Martí opuso el discurso de la modernización-liberación. Si intentamos ser precisos, más que un "discurso contracultural" se trata de un discurso cultural contrahegemónico, presente incluso en el "Manifiesto de Montecristi", donde, de cara a la futura república cubana, precisa el programa que ordena "la revolución" de "la cultura". Revolución que dice "no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles."<sup>45</sup>

Más de cien años después, la batalla cultural entre aquellas dos modernidades no ha cesado un solo instante, como no ha cesado el avance hacia un mundo cada vez más estrecho, más global. La historia, que es decir nosotros, se encargará de decir cuánto es realmente el avance por las sendas actuales. Llegado ese momento no será permisible olvidar que "un progreso no es verdad sino cuando invadiendo las masas, penetra en ellas, y parte de ellas."<sup>46</sup>

43. Ibidem.

44. José Martí: "Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias", O.C., t. 6, pp. 61-62.

45. José Martí y Máximo Gómez: "Manifiesto de Montecristi", O.C., t. 4, p. 100.

46. José Martí: "Reflexiones", O.C., t. 7, p. 168.

*por José Martí*

# apostolario

**E**n pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesa, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conoci-

miento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. (...)

Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año o menos. Cansados del odio inútil de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. «¿Cómo somos?» se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!

Tomado de «Nuestra América»



FREI BETTO

# CUBA, 40 AÑOS DE RESISTENCIA

La Revolución cubana ha cumplido 40 años. Es uno de los acontecimientos emblemáticos de mi generación, la de aquellos que tuvieron el privilegio de tener 20 años de edad en la década del 60.

La imagen de los guerrilleros de la Sierra Maestra, con barbas, botas y uniformes verde olivo, nutrió los ideales políticos del movimiento estudiantil de los años 60. Descubrimos que la historia —implacable maestra—, nos ofrecía la posibilidad de derrotar al imperialismo estadounidense, lo cual se comprobaría en los años 70 con la victoria de los vietcongs de Ho Chi Minh sobre las tropas de mayor poderío bélico y económico del planeta.

La esperanza en un mundo fuera de la tutela del Tío Sam no era vana, y se presentaba revestida de fuertes símbolos. Había algo de explosivamente fálico en los tabacos de Fidel —misiles capaces de contener la amenaza de invasión a Cuba patrocinada en 1961 por la administración Kennedy. Y también había mucho de seductor en la figura de Ernesto Ché Guevara, con aquella sonrisa pícaro de quien desconcierta al enemigo, los ojos altivos bajo la boina azul polarizada por la estrella, abriendo horizontes rumbo a la liberación de la Patria Grande.

## SÍMBOLOS Y EJEMPLOS

Cuando se es joven, para una buena causa es suficiente un diez por ciento de razón, cuarenta de emoción y cincuenta de estilo, ese *savoir-vivre* con que los vencedores despiertan en los pobres mortales sentimientos de admiración incontenible y de secreta envidia.

Si Cuba pudo, ¿por qué no podríamos nosotros? Eramos tan jóvenes como los militantes del Movimiento 26 de Julio y, desde 1964, también teníamos en Brasil una dictadura tan cruel y corrupta como la de Fulgencio Batista. Y no nos faltan sierras ni montañas... Un ideal se alimenta de símbolos y de ejemplos. A nadie seducen los programas de partidos, excepto a sus propios autores. Llegaban a nuestros oídos las epopeyas del Ejército Rebelde, la osadía de la Campaña de Alfabetización y de la Reforma Agraria, la nacionalización de la economía, la victoria de los cubanos sobre los invasores de Playa Girón —todo aquello estremecía hondamente la enorme generosidad de nuestros sentimientos, como si la historia nos regalase, en una pequeña isla del Caribe, una visión palpable de nuestro propio destino. Teníamos nostalgia del futuro, mucho más cuando su existencia constituía una certeza. Y el futuro tenía ritmo de maracas y sabor de ron.

## VIRAJE

Nací agradecido a los aliados, en especial a los EE.UU., por haber librado al Occidente cristiano del

## TENÍAMOS NOSTALGIA DEL FUTURO, MUCHO MÁS CUANDO SU EXISTENCIA CONSTITUÍA UNA CERTEZA. Y EL FUTURO TENÍA RITMO DE MARACAS Y SABOR DE RON.

terror nazifascista y por protegerlo de la amenaza comunista. Mi padre había luchado contra la dictadura de Getúlio Vargas, había fundado la UDN y sido uno de los firmantes más jóvenes del Manifiesto de los Mineros. Desde Minas —hacia donde regresó después que en Río los próceres getulistas frenaron su prometedora carrera de abogado—, él simpatizaba con Carlos Lacerda y todas las tardes, al volver de su oficina, regaba por la sala las páginas de la *Tribuna da Imprensa* y de *O Globo*, que yo leía como un neófito introduciéndose en las fuentes cristalinas de la verdad.

Fue con espanto que seguí el caso de la traición de los esposos Rosenberg, juzgados y ejecutados en la silla eléctrica en los EE.UU., bajo la acusación de transmitir secretos nucleares a los rusos. La pena capital, que siempre consideré absurda, me pareció justificada en aquel caso, pues se trataba de impedir que la excepción se convirtiese en regla y se pusiera en peligro la seguridad del Mundo Libre.

Permanecí dos días conmocionado por la foto de esa pareja amarrada a la silla eléctrica, con las cabezas cubiertas por cascos repletos de alambres, como astronautas malditos camino del Infierno. El viejo bulldog Edgar Hoover afortunadamente se encontraba listo a la entrada de nuestras casas.

Pero no me conformé, poco después, con la ejecución de Caryl Chessman. Leí sus cartas y todos sus libros, y si bien no estaba convencido de su inocencia, tampoco tenía dudas de que se trataba de un hombre recuperado para la sociedad. ¿Por qué matarlo entonces si los largos años de prisión habían transformado al delincuente en un intelectual? Sí, pero no habían transformado a la sociedad.

Por primera vez descubrí que la ley no es intrínsecamente justa. Los Gobiernos también cometen crímenes repugnantes, aunque raras veces castigados por la ley. No obstante, tarde o temprano, la historia golpea a los infractores con la justicia, como lo demuestra el caso Pinochet.

Devoré con avidez los gruesos volúmenes de la editora Saraiva sobre las atrocidades cometidas en Europa por los comunistas. Las fotos, abundantes,

mostraban tanques soviéticos masacrando al pueblo húngaro, prisioneros escuálidos torturados por la KGB, iglesias profanadas y cerradas.

En un trabajo de redacción exigido por el Colegio Marista en 1959, tomé posición contra el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Brasil y la Unión Soviética. Fue mi primero y único texto anticomunista. En aquel mismo año, la Iglesia Católica efectuaría una revolución copernicana en mi cabeza para desesperación de mi padre, que conciliaba su americanismo con un convencido (y saludable, como descubriría más tarde) anticlericalismo.

Ingresé en la Juventud Estudiantil Católica, rama de la Acción Católica. Por obra de los frailes dominicos, conocí las aventuras líricas de Saint-Exupéry, los hechos heroicos de Guy de Larrigaudie, el personalismo de Emmanuel Mounier, el tomismo de Jacques Maritain, la visión social del padre Lebreton. En el movimiento estudiantil comprobé que los jóvenes comunistas casi siempre jugaban limpio, mientras que la derecha —comprometida como enseñanza privada— hacía todo tipo de trampas.

No paso a paso, sino a saltos, pasé de pro-americano a antimperialista, aunque sin perder la mirada crítica frente a la Unión Soviética. Cuba, entretanto, era demócrata, nacionalista; Fidel había desfilado en un carro abierto, en medio de los aplausos del público, por la Quinta Avenida de Nueva York. En Brasil, se había hospedado en la mansión carioca de la rica y tradicional estirpe de los Nabuco.

En Cuba no se había cerrado ninguna iglesia ni se había fusilado a ningún sacerdote. Si la Revolución cubana tenía defectos, ello se debía a las presiones del gobierno de los EE.UU., inconforme con la pérdida de una de sus colonias en la América Latina.

## RESISTENCIA Y TURISMO

Contra todas las previsiones, la Revolución Cubana cumple su cuarta década. Más que una historia de conquistas sociales —significativas si se las compara con índices semejantes en los demás países latinoamericanos—, Cuba se destaca por la fuerza de su

**HABÍA ALGO DE EXPLOSIVAMENTE FÁLICO EN LOS TABACOS DE FIDEL —MISILES CAPACES DE CONTENER LA AMENAZA DE INVASIÓN A CUBA PATROCINADA EN 1961 POR LA ADMINISTRACIÓN KENNEDY. Y TAMBIÉN HABÍA MUCHO DE SEDUCTOR EN LA FIGURA DE ERNESTO CHÉ GUEVARA, CON AQUELLA SONRISA PÍCARA DE QUIEN DESCONCIERTA AL ENEMIGO.**

resistencia. Durante años, contó con el apoyo de la Unión Soviética frente a las presiones de una potencia situada a 90 millas de su costa.

Cayó el Muro de Berlín y el efecto "dominó" no afectó a Cuba. Sin aliados, sin recursos y sin socios en el mercado internacional, el pueblo cubano hizo de la obra revolucionaria su principal fuente de ingresos. En una isla desprovista de riquezas naturales, pero aún inmune a la contaminación y con 360 días de sol por año, el turismo se convirtió en su principal fuente de ingresos. No sólo el que brinda recreación, sino sobre todo el destinado a los que se interesan en los temas científicos y sociales. Ese turismo cultural es una peculiaridad cubana. Difiere del europeo por proporcionar más reflexión que contemplación, más debates sobre alternativas para el futuro que visitas a los museos que preservan la memoria del pasado.

Con el turismo, Cuba enfrenta nuevos enemigos: los males de la sociedad de consumo, tales como prostitución, drogas, ausentismo y mercado paralelo. El reflujo de la solidaridad internacional, en estos tiempos de consenso neoliberal, es otro agravante.

Sin embargo, a pesar de tantos análisis derrotistas, Cuba resiste y asegura al conjunto de su población (cerca de 11 millones) condiciones dignas de alimentación, salud, educación. El Papa Juan Pablo II visitó la isla en enero de 1998. Y la bendijo.

La mayoría de los obispos latinoamericanos sabe que, ahora, el esfuerzo no se dirige a acabar con el socialismo. Se dirige a acabar con el hambre, que el capitalismo neoliberal —condenado por el Papa en su viaje a México en enero de 1999— no ha hecho más que agravar.

Frei Betto es escritor, autor, entre otros libros, de *La Religión*, *La Obra del Artista —una visión holística del Universo*, y *Entre todos los Hombres*.

**SI LA REVOLUCIÓN CUBANA TENÍA DEFECTOS, ELLO SE DEBÍA A LAS PRESIONES DEL GOBIERNO DE LOS EE.UU., INCONFORME CON LA PÉRDIDA DE UNA DE SUS COLONIAS EN LA AMÉRICA LATINA.**



# La autenticidad filosófica: una problemática recurrente del pensamiento latinoamericano

**JOSÉ RAMÓN FABELO**

El problema de la autenticidad del filosofar latinoamericano es una de las temáticas más constantes y trascendentales de la historia del pensamiento subcontinental, asociada a la preocupación esencial por la autenticidad misma del latinoamericano, de su ser, de su cultura; preocupación que ha matizado toda la historia de nuestra América, desde que ésta fue conquistada por Europa.

Este problema llegó a convertirse, como bien señala Francisco Miró Quesada en su obra *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*, en una especie de obsesión o fiebre que se extendió prácticamente a todos los filósofos del continente.<sup>2</sup> Esto no fue nada casual, implicaba una nueva conciencia de sí, un deseo de enfrentarse a Occidente, una asunción de la necesidad de libertad e independencia también en el plano teórico y espiritual, una lucha contra el intento de universalización exclusiva de los valores originados en Occidente.

Tal vez el antecedente más remoto de esta preocupación haya sido la polémica que en el siglo XVI protagonizaron Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda sobre lo que podríamos llamar "la autenticidad humana del indio". El objeto de aquel debate estaba asociado a la necesidad de ofrecer una "justificación moral" a la conquista al partir, en unos casos, de la total negación de la humanidad del indio y, en otros, del reconocimiento de su naturaleza inferior, requerida de la evangelización.

El europeo llegó a nuestras tierras dotado de un concepto de hombre producto de su propia historia y cultura y, en cierto sentido, era lógica su perplejidad al encontrarse con otros seres alejados de su prototipo humano. Con todo y eso, el europeo, especialmente el ibérico, *necesitaba* del cuestionamiento de la calidad humana del aborigen como factor conciliador de sus ansias de riqueza con su moral cristiana.

Por eso, entre otras cosas, la puesta en duda de la igualdad de los seres del lado acá del Atlántico no desapareció, ni con el llamado "descubrimiento", ni con la conquista. Al centro focal de esta visión limitadora de humanidad se fue incorporando, poco a poco, el negro traído del África en calidad de esclavo, el mestizo resultante del cruce de razas y el criollo blanco nacido en nuestras tierras. "Para la Metrópoli todos los nacidos en América son considerados inferiores, racial y culturalmente. Los hombres de estas tierras son vistos, no como hijos de la epopeya española de la conquista, sino como bastardos de la misma y sin derecho alguno".<sup>3</sup> Tal visión del latinoamericano resultaba ser una especie de tranquilizante espiritual para la conciencia del europeo ante la evidente injusticia e inhumanidad de su sistema colonial. Esta misma visión — por supuesto ya no tan burda y mucho más "moder-

**“LA INCAPACIDAD NO ESTÁ EN EL PAÍS NACIENTE, QUE PIDE FORMAS QUE SE LE ACOMODEN Y GRANDEZA ÚTIL, SINO EN LOS QUE QUIEREN REGIR PUEBLOS ORIGINALES, DE COMPOSICIÓN SINGULAR Y VIOLENTA, CON LEYES HEREDADAS DE CUATRO SIGLOS DE PRÁCTICA LIBRE EN LOS ESTADOS UNIDOS, DE DIECINUEVE SIGLOS DE MONARQUÍA EN FRANCIA”.**

nizada” – sigue matizando hoy las relaciones de Occidente con Latinoamérica.

Los latinoamericanos, por su parte, sumidos durante mucho tiempo en esta visión que se le imponía por todos los medios que encontrara a su alcance, comienzan a tomar conciencia de sí mismos sin poder deshacerse del todo de la duda acerca de la esencia de su ser, de la autenticidad de su existencia. Momento decisivo en este proceso de desarrollo de la autoconciencia fueron las luchas de liberación por la Independencia. El más grande protagonista de esta gesta, Simón Bolívar, se hacía la misma pregunta: ¿quiénes somos? Y se respondía: “no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”.<sup>4</sup>

Ahí estaba la clave. El despertar de la conciencia latinoamericana no podía significar una simple prolongación de la conciencia aborigen. La América Latina era sustancialmente distinta a la América precolombina. Demasiados sucesos habían ocurrido como para que no cambiase el rumbo de nuestra historia, cultura y conciencia. Se trataba, de hecho, del nacimiento de un nuevo conglomerado humano, de un “pequeño género humano” –al decir de Bolívar–,<sup>5</sup> heredero de múltiples tradiciones: autóctonas, africanas y europeas. No era nuestro caso el de ninguna región del planeta, era “el caso más extraordinario y complicado”.<sup>6</sup>

Latinoamérica se sentía heredera de Europa y, al mismo tiempo, diferente a ella. Pero, ¿hasta qué punto heredera y en qué medida diferente? Es esa una interrogante que ha martillado las cabezas latinoamericanas desde entonces. Es la misma interrogante que ha aflorado cada vez que nos hemos propuesto proyectar nuestro rumbo económico, político y cultural. Comenzando por el propio Bolívar y seguido por Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Francisco Bilbao, Juan Bautista Alberdi, Justo Sierra, José Martí, José Enrique Rodó, Antonio Caso, José Vasconcelos, y muchos otros –que harían la lista interminable– todos se han planteado la misma cuestión.

Tal vez el primero que se planteó el problema desde el ángulo de nuestro proyecto filosófico haya sido el argentino Juan Bautista Alberdi (1810-1884). En una conferencia dictada en el año 1842, este pensador argentino argumentaba la idea de la necesidad de una filosofía americana, filosofía que debía estar dirigida a resolver nuestros problemas locales partiendo de los sistemas filosóficos universales. Para Alberdi

nuestra filosofía debía ser una filosofía de aplicación, al tiempo que pensaba que “la abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América”.<sup>7</sup> Creía a su vez, que la mejor filosofía a aplicar en nuestras circunstancias era la francesa, por la cercanía de su espíritu, inteligencia y carácter con los nuestros. Es evidente el vínculo que establece Alberdi entre el proyecto filosófico y la preocupación esencial por nuestra identidad y destino. “Americana será la [filosofía] que resuelva el problema de los destinos americanos... Lo que interesa a cada pueblo es conocer su razón de ser, su razón de progreso y de felicidad...”<sup>8</sup>

Era la época en que la intelectualidad americana abogaba por una emancipación mental que permitiese romper los últimos lazos que nos unían a la vieja Iberia, para lo cual se soñaba con la Europa Occidental o con los Estados Unidos como arquetipos a realizar. Por eso, más que la idea de Alberdi de partir de nuestras propias circunstancias, se impuso su otra intención de buscar nuestro modelo en el próspero mundo occidental. El pragmatismo estadounidense y, sobre todo, el positivismo francés e inglés constituyeron los prototipos filosóficos a seguir. Una oleada positivista invadió a todo el continente, con el indiscutible saldo favorable que esto significaba como alternativa a la escolástica y como impulso al desarrollo de la ciencia y de la educación. El positivismo era visto como “la doctrina idónea para romper con la ‘barbarie’ del pasado ibérico y lanzar definitivamente a América Latina por los cauces de la «civilización»”.<sup>9</sup>

Mas pronto llegó la desilusión. América Latina no se convirtió en Europa Occidental. Se frustraron los sueños de quienes aspiraban a ver estas tierras transformadas en los Estados Unidos del Sur. La historia iba apuntando más bien hacia un sentido opuesto: estábamos más distantes de Europa y los Estados Unidos; los lazos de dependencia perduraban, ahora con relación a los europeos y norteamericanos; estos últimos pujaban por convertirse en nuestros únicos amos y señores. Comenzaba a percibirse que la solución a nuestros problemas no podía consistir en la simple copia de modelos extranjeros, ni que nuestro futuro podría construirse apelando meramente a una actitud pragmática o a las diferentes variantes de las doctrinas positivistas.

Uno de los primeros en rebelarse contra esta herencia fue el cubano José Martí (1853-1895). En un inmortal ensayo escrito en 1891 con el nada casual título de “Nuestra América”, Martí exigía volver los ojos

sobre nosotros mismos. "Los pueblos que no se conocen -decía- han de darse prisa por conocerse".<sup>10</sup> Y más adelante: "La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia".<sup>11</sup> "La Universidad Europea ha de ceder a la Universidad Americana".<sup>12</sup>

Nueve años más tarde, exactamente en 1900, otra obra imperecedera del pensamiento latinoamericano, el *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), califica de "nordomanía" la intención de copiar modelos extraños.<sup>13</sup> *Ariel* constituye la más contundente argumentación de los peligros que representa para América Latina la tendencia a proyectar su futuro a imagen y semejanza de los Estados Unidos. El utilitarismo norteamericano no puede ser el modelo a generalizar. "Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano".<sup>14</sup> Tampoco niega Rodó el uso en provecho propio de los adelantos de aquella sociedad. "La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel [léase América Latina - J.R.F.], en último término".<sup>15</sup> Pero "el cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro".<sup>16</sup>

Junto a la crítica generalizada al positivismo, que caracterizó el ambiente filosófico latinoamericano durante las primeras décadas del presente siglo, se produjo un replanteamiento de nuestro proyecto filosófico. El mexicano José Vasconcelos (1882-1954) pedía evitar tanto el nacionalismo filosófico como lo que él llamaba "filosofía de simios atentos al gesto, preocupados de la moda y el estilo, pero incapaces de advertir el sentido profundo del momento que atravesamos".<sup>17</sup> En su opinión los latinoamericanos, en correspondencia con el carácter de su raza, han de desarrollar una filosofía basada "en la lógica particular de las emociones y la belleza".<sup>18</sup>

Desde Argentina Alejandro Korn (1860-1936) aboga por oponerle a la filosofía "cientificista" del positivismo una filosofía de corte axiológico-ético, comprometida con la historia concreta del hombre, ligada al acontecer argentino<sup>19</sup> (y, por añadidura, latinoame-

ricano). Nuestra filosofía habrá de diseñarnos los valores a construir. Para ello debemos apelar a la más alta cultura filosófica que, "al pasar por nuestra mente, revestirá su forma específica. Se pondrá al servicio de nuestros valores".<sup>20</sup> La respuesta a nuestros problemas no podemos importarla ni solicitarla a título de préstamo. Tendremos que hacer uso de los aportes extranjeros, pero la esencia de nuestra filosofía será el resultado de desentrañar los valores subyacentes en nuestra propia historia.<sup>21</sup>

Vasconcelos y Korn, junto a Antonio Caso, Carlos Vaz Ferreira, Alejandro Octavio Deustua, Enrique Molina y Raimundo Farías Brito, constituyen lo que algunos han llamado "fundadores" o "patriarcas" de la filosofía latinoamericana.<sup>22</sup> Esta nominación ha sido cuestionada por otros autores.<sup>23</sup> Pero lo indudable es que estos filósofos representan la primera generación de pensadores que tipifican la etapa contemporánea -posterior al positivismo- del filosofar latinoamericano, etapa que arranca con las primeras décadas del siglo y que entraña un cambio incuestionable en la forma de hacer filosofía.<sup>24</sup> Todos ellos unen, a la crítica al positivismo, el cuestionamiento del sentido de nuestro filosofar.

En la generación siguiente el asunto aflora nuevamente, aunque de manera relativamente distinta. Se hace más independiente el problema de la filosofía latinoamericana de la crítica al positivismo. No sólo se habla de cómo debe ser nuestra filosofía, sino que se trabaja por la realización efectiva del proyecto. Comienza a verse el asunto no sólo en términos de proyecto, sino también de presente y pasado: ¿ha existido una filosofía latinoamericana?. Por último, empieza a observarse en esta generación una bifurcación entre los que intentan hacer filosofía a la europea y los que toman el camino de una filosofía centrada en temas propios. Los máximos exponentes de ambas líneas son, respectivamente, el argentino Francisco Romero (1891-1962) y el mexicano Samuel Ramos (1897-1959).

Romero es, al decir de Miró Quesada, el forjador consciente del proyecto recuperativo y asuntivo del filosofar latinoamericano.<sup>25</sup> Recuperar y asumir significa hacer nuestra la herencia filosófica europea, dominar su pensamiento contemporáneo, así como la historia de la que este pensamiento es un resultado. Esta es la vía para lograr una filosofía auténtica.<sup>26</sup> Mucho hizo Romero en la línea de la asimilación y divulgación del pensamiento europeo.<sup>27</sup> Estaba convencido de que su generación tenía condiciones para iniciar el camino, aunque no lograra completarlo. Por eso califica la etapa en que vive como la del paso a la "normalidad

**NUESTRA FILOSOFÍA HABRÁ DE DISEÑARNOS LOS VALORES A CONSTRUIR. PARA ELLO DEBEMOS APELAR A LA MÁS ALTA CULTURA FILOSÓFICA QUE, "AL PASAR POR NUESTRA MENTE, REVESTIRÁ SU FORMA ESPECÍFICA. SE PONDRÁ AL SERVICIO DE NUESTROS VALORES"**

filosófica", cuando la filosofía pasa a ser un ingrediente con derecho propio de la cultura, cuando surge una oleada de profesionales dedicados a ella y en permanente comunicación, cuando se forja una especie de "clima filosófico".<sup>28</sup>

Ramos, por su parte, influenciado por la concepción historicista y perspectivista de Ortega y Gasset, arranca de una posición distinta. Para él la filosofía "no vale solamente como concepción del mundo y de la vida humana, sino como instrumento para encontrar lo que es nuestro mundo y nuestra vida y la posición que tenemos en ese ambiente general. Queremos ver ese mundo descubierto por la filosofía europea, pero con ojos americanos, y fijar nuestros propios destinos en relación con el todo de ese mundo".<sup>29</sup> Ramos fue, tal vez, el primero en hablar de la filosofía de lo mexicano<sup>30</sup> y su obra más importante, *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), es un intento por desentrañar la "circunstancia" mexicana y el tipo de hombre que ésta ha producido. Ramos se convierte así (aunque no haya tenido plena conciencia de ello) en el iniciador de la línea que más tarde desembocaría en la llamada "filosofía de lo americano".<sup>31</sup>

No creo prudente seguir adelante sin antes hacer mención de alguien que, siguiendo criterios formales, no cabe ubicarlo en la segunda generación: nace en España y unos años más tarde que los representantes típicos de esta generación. Sin embargo, por su real incidencia en los destinos de la filosofía en América Latina, por la intensidad y alcance de su actividad y por su vínculo directo con el tema que estamos tratando, es uno de los más activos representantes de esta generación. Me refiero a José Gaos (1900-1969). La guerra civil española lo trae a México en 1939 y desde la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) realiza una gran labor formadora de estudiosos de las ideas, cultura e historia latinoamericanas. Constituye uno de los puentes más importantes entre la herencia orteguiana y la filosofía latinoamericana. Para Gaos, filosofar en América Latina es filosofar sobre nuestras circunstancias.<sup>32</sup> Partiendo de esta tesis, no sólo estimula extraordinariamente los estudios filosóficos sobre lo latinoamericano, sino que es uno de los primeros en reconocer la existencia ya de una filosofía americana que, aunque distinta a la europea, posee sus valores propios. Considera que tanto Vasconcelos y Caso, como Andrés Bello en el siglo pasado, constituyen ejemplos de una filosofía original, merecedores de alinear junto a otros sistemas filosóficos europeos.<sup>33</sup>

A partir de la década del 40, con la entrada al escenario filosófico latinoamericano de la tercera generación posterior al positivismo (nacida alrededor de 1910), el problema de si existe o no una filosofía latinoamericana, el grado en que ella es auténtica y los

derroteros que ha de seguir para serlo, se convierten en preocupación de primerísimo orden en la comunidad filosófica continental. El asunto adquiere tal relieve que se convierte en tema de discusión de cuanto encuentro o evento internacional se realiza en tierras americanas. Una muestra lo fue el celebrado en La Habana en 1953 y que incluyó, dentro de la temática central, este problema.<sup>34</sup>

Miró Quesada capta muy bien la psicología predominante en esta generación —que es la suya— al señalar que sus miembros, todos, tienen el propósito consciente de hacer filosofía auténtica como "*Leimotiv del gran proyecto latinoamericano del filosofar*".<sup>35</sup> "Mi generación —nos dice— se caracteriza por el afán de hacer filosofía auténtica en el sentido de que no sea una mera repetición académica de lo hecho en otras regiones del mundo, especialmente Europa y Estados Unidos".<sup>36</sup> Pero, a la vez, esta generación se divide en dos grupos fundamentales, de acuerdo al momento y la forma en que se concibe el filosofar auténtico: una mayoría que "considera que nuestra filosofía debe ocuparse de los grandes temas que preocupan a la comunidad filosófica occidental" (universalistas o asuntivos) y "una minoría muy bien organizada e intelectualmente agresiva, [que] sostiene que nuestro filosofar no podrá ser auténtico mientras no medite sobre nuestra propia realidad",<sup>37</sup> (regionalistas o afirmativos).

Para este último grupo ya existe filosofía auténtica en América Latina, es la filosofía que versa sobre temas americanos y cuyo modelo de autenticidad no es el europeo, sino otro, construido a partir de nuestras circunstancias. En realidad, la respuesta afirmativa y regionalista al problema de la filosofía latinoamericana se venía perfilando desde Alberdi, convirtiéndose en un torrente de pensamiento con fuerza propia que incluyó, entre otros, a Martí, Rodó, Vasconcelos, Korn, Ramos y Gaos. Con estos dos últimos se perfilaron claramente sus contornos, recibiendo un nuevo y renovador impulso en México con Leopoldo Zea (1912) y su grupo "Hiperión"<sup>38</sup> desde el comienzo de la producción académica de la tercera generación.

El otro grupo —el asuntivo— continúa la línea trazada por Francisco Romero, asume como suyo el modelo europeo de filosofía auténtica, por lo que niega la existencia de esta última en América Latina, al tiempo que reconoce que ella es posible y alcanzable en el futuro.[80-86] El grupo asuntivo es, como bien señala Miró Quesada, mayoritario. Entre sus representantes más destacados se encuentran Risieri Frondizi, Eduardo García Maynez, Alberto Wagner de Reina, Antonio Gómez Robledo. Todos han expuesto, en algún momento, su concepción universalista de la filosofía y su apoyo a la tradición eurooccidental, al tiempo que le niegan originalidad al pensamiento filosófico latinoamericano que ha existido hasta ese momento.<sup>39</sup>

**"EL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO HA OBEDECIDO DE HECHO A MOTIVACIONES DISTINTAS A LAS DE NUESTRO HOMBRE Y HA ASUMIDO INTERESES VITALES Y METAS QUE CORRESPONDEN A OTRAS COMUNIDADES HISTÓRICAS. HA SIDO UNA NOVELA PLAGIADA Y NO LA CRÓNICA VERÍDICA DE NUESTRA AVENTURA HUMANA"**

Existen dos casos importantes de la tercera generación que parecen no atenerse con exactitud a ninguna de estas dos líneas. Ambos son peruanos: uno es Augusto Salazar Bondy (1925-1978) y el otro es el propio Miró Quesada (1918). No es casual que este último, en una ponencia presentada al coloquio sobre "cultura y creación intelectual en América Latina" (México, 1984), distinguiera no dos, sino cuatro posiciones ante el problema de la existencia o inexistencia de una filosofía latinoamericana. En esa ponencia Miró Quesada sigue hablando de la posición afirmacionista y de la posición desarrollista —que es en esencia la asuntiva—, pero incluye dos nuevas: la liberacionista y la integralista. Con la primera identifica a Salazar Bondy, con la segunda se identifica a sí mismo.<sup>40</sup>

Es lógico que Miró Quesada diseñara una posición distinta para sí mismo, puesto que en la realidad ve en las otras dos extremos no necesariamente incompatibles. El pensamiento miroquesadiano evolucionó desde una postura universalista hacia una identificación cada vez más cercana con la filosofía de lo americano, sin abandonar nunca del todo sus ideas originales. Esto dio como resultado una actitud conciliadora o integralista con respecto a las dos líneas fundamentales. Estima que sí existe filosofía auténtica en América Latina, sobre todo a partir de la tercera generación, y que esta autenticidad es observable tanto en aquellos que siguen la línea del tratamiento de problemas americanos, como en los que se ocupan de la epistemología, la lógica, la metateoría u otros temas universales de la filosofía. "Si se tiene en cuenta —dice— los aportes que se han hecho y se están haciendo en la filosofía de lo americano, en historia de las ideas, en filosofía de la liberación y del Tercer Mundo; si se considera, además, que en la temática clásica de la filosofía como metafísica, antropología filosófica, ética, estética, filosofía del derecho, se están haciendo no pocas contribuciones de valor; si, por último, se tiene conciencia de lo que existe de original y creador en temas que, hasta hace pocas décadas, eran considerados del exclusivo dominio de las potencias occidentales, como la lógica, la metamatemática, la epistemología de las ciencias naturales y sociales, la filosofía analítica de los lenguajes naturales y sociales, etcétera, se tiene que llegar a la conclusión de que la filosofía latinoamericana está ya alcanzando la etapa de la creación endógena."<sup>41</sup>

Salazar Bondy desarrolla su posición en su libro *¿Existe una filosofía de nuestra América?* (1968). En su opinión, en América Latina no podrá haber filosofía

auténtica mientras no se emprenda el camino de la liberación definitiva. Hasta el momento "el pensamiento hispanoamericano ha obedecido de hecho a motivaciones distintas a las de nuestro hombre y ha asumido intereses vitales y metas que corresponden a otras comunidades históricas. Ha sido una novela plagiada y no la crónica verídica de nuestra aventura humana".<sup>42</sup> En esas condiciones no puede haber pensamiento auténtico, porque no es auténtico nuestro propio ser. Vivimos sumidos en una cultura de la dominación.<sup>43</sup> Nuestra filosofía puede dejar de ser inauténtica siempre que se transforme en una conciencia liberadora, en un "medio para cancelar el subdesarrollo y la dominación que tipifican nuestra condición histórica".<sup>44</sup> Como puede apreciarse, Bondy tiene de común con el grupo asuntivo el no reconocimiento de la originalidad y autenticidad de nuestra filosofía, pero difiere en cuanto al modelo a seguir, que ha de ser totalmente distinto —y hasta opuesto— al europeo. Se emparenta con el grupo afirmativo en la medida que reconoce la prioridad de las exigencias regionales en el quehacer filosófico, pero se distingue de aquél en tanto proyecta la esperanza de autenticidad sólo hacia el futuro.

Un año después de publicado el libro de Augusto Salazar Bondy, Leopoldo Zea le responde críticamente con su famosa obra *La filosofía americana como filosofía sin más* (1969). No era la primera vez que Zea abordaba el tema; desde mucho antes venía perfilando sus ideas al respecto. Ya en el año 1945 había publicado un folleto con el título *En torno a una filosofía americana*, en el que afirmaba que la cuestión fundamental de nuestra filosofía es buscar la solución a los problemas reales que afronta el hombre de estas tierras, que la originalidad vendría por añadidura.<sup>45</sup> Toda la obra de Zea avanza en esta dirección que él mismo trazara. En 1966 afirmaba que la cultura latinoamericana ha sido auténtica en la medida en que ha asimilado los productos foráneos de acuerdo con sus propias necesidades, y original, por la forma en que se ha producido esa asimilación.<sup>46</sup> El libro de 1969 constituye un nuevo peldaño sintetizador de su comprensión de la autenticidad del pensamiento latinoamericano. Zea no comparte la idea de Bondy de transferir la autenticidad filosófica hacia la futura sociedad liberada, ni tampoco hacia la esperada conciencia liberadora. Eso sería negarle autenticidad a todo lo que se ha hecho hasta ahora. Aun en los casos en que, como se afirma, nuestro pensamiento ha sido una "mala copia" de los originales europeos, ese "ser

**NUESTRA FILOSOFÍA PUEDE DEJAR DE SER INAUTÉNTICA SIEMPRE QUE SE TRANSFORME EN UNA CONCIENCIA LIBERADORA, EN UN "MEDIO PARA CANCELAR EL SUBDESARROLLO Y LA DOMINACIÓN QUE TIPIFICAN NUESTRA CONDICIÓN HISTÓRICA"**

una mala copia" evidencia autenticidad. Se ha copiado mal porque distintas son nuestras circunstancias, porque aquella filosofía que nos sirve de modelo es manifestación de un hombre distinto al nuestro, porque no es expresión de una universalidad real, aunque se presente como tal. *La anhelada autenticidad de nuestro filosofar ha de encontrarse en la historia misma del pensamiento filosófico y social latinoamericano, en la medida en que éste ha dado respuesta a los problemas que la realidad social le plantea.* "La historia de la filosofía en América cobra para nosotros, los americanos, un interés fundamental. Si no lo tiene como revelación de doctrinas o sistemas originales, y menos como fuente de eventuales conquistas de validez intemporal, lo adquiere, en cambio, como expresión de nuestro espíritu en su historicidad personalísima: en las ideas y en las circunstancias que han protagonizado su desenvolvimiento".<sup>47</sup>

Con Zea se inicia en América Latina un poderoso movimiento de historia de las ideas. Claro que este movimiento estuvo precedido y acompañado durante algún tiempo por la labor de Samuel Ramos y José Gaos. Pero es con Zea que adquiere fuerza continental. En 1947, después que ya había realizado una apreciable contribución al estudio del positivismo mexicano,<sup>48</sup> Zea propuso la creación del "Comité de Historia de las Ideas" en el seno de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, asociado a la Organización de Estados Americanos. Desde entonces ha sido el presidente de este Comité, logrando reunir orgánicamente a todos los investigadores y coordinando la publicación de muchas obras.

Resulta imposible reseñar en pocas palabras el papel de Zea en este movimiento y, mucho menos, la evolución del movimiento mismo.<sup>49</sup> Más que todo interesa aquí exponer la lógica de su surgimiento y desarrollo: si el problema esencial del latinoamericano, de su cultura y de su filosofía es el problema de su autenticidad (originalidad, identidad, etc.); si se comprende que esa autenticidad se revela en la forma específica en que se le da respuesta a las exigencias de las circunstancias en cada momento de la evolución histórica de nuestros pueblos; si uno de los modos

fundamentales en que se plasma y perpetúa esa respuesta, con sus diferentes interrogantes, opciones y alternativas, es a través de las ideas, incluidas especialmente las filosóficas; entonces es lógico ir a la historia de las ideas no sólo con la intención de resaltar la autenticidad de aquéllas, sino también como ruta hacia un filosofar auténticamente latinoamericano.

En su condición de movimiento continental la historia de las ideas ha sido incluida como una de las líneas fundamentales del pensamiento filosófico contemporáneo en América Latina.<sup>50</sup> Su fuerza y pujanza llega hasta hoy.<sup>51</sup> Sin embargo, en su evolución ha tenido dos derivaciones que merecen destaque especial: la filosofía de lo americano y la filosofía de la liberación. Ninguna de las dos significó que desapareciera el movimiento mismo, ni que se subsumiera de manera total en las nuevas vertientes. Fueron más bien desprendimientos naturales de su evolución.

La filosofía de lo americano representó la ampliación necesaria del horizonte teórico de la historia de las ideas, ampliación dirigida hacia la comprensión del ser latinoamericano en su integridad, de su lugar y papel en la historia, de sus vínculos con el resto del mundo y, especialmente, con Occidente.<sup>52</sup> Como ha señalado Miró Quesada, "la historia de las ideas tiene como meta última el conocimiento del propio ser latinoamericano. Por eso el movimiento empalma rápidamente con una filosofía de lo americano. Por causa de la estrecha relación entre ambos temas, la historia de las ideas y la filosofía de lo americano siguen una marcha paralela en la cual cada una de tales disciplinas refuerza a la otra. De esta manera se va acumulando un conocimiento sobre nuestra propia manera de ser que contribuye a la formación de una nueva conciencia histórica... Descubrimos valores que habíamos desvalorizado, intelectuales a los que nunca habíamos dado importancia, comprendemos que nuestra realidad, a pesar de lo que habían tratado de hacernos creer los dominadores occidentales, es llena de vigor, hermosa, deslumbrante. Conforme avanza el movimiento de historia de las ideas y de filosofía de lo americano, vamos descubriendo un panorama que habíamos ignorado o que apenas sospechábamos, es como si se hubiera producido un redescubrimiento de América".<sup>53</sup>

La historia de las ideas y la filosofía de lo americano constituyen, cuando menos, uno de los torrentes más importantes de los que se nutre la filosofía de la liberación. Es lógico desde todo punto de vista, ya que el estudio de nuestras ideas y de nuestro ser había develado la situación de dependencia que caracteriza nuestra relación con Occidente a través de toda

**ESTA PRETENSIÓN DE FILOSOFAR LATINOAMERICANAMENTE VA ASOCIADA A LA CONVICCIÓN DE LA NECESIDAD DE DESTRUIR LA SITUACIÓN DE DEPENDENCIA QUE SOPORTA LATINOAMÉRICA.**

la historia poscolombina, situación que marcó siempre las ideas y proyectos de los latinoamericanos y que se expresa hoy en la aspiración a una liberación definitiva. La filosofía de la liberación viene a ser, dentro de esta línea de pensamiento, la respuesta al tan cuestionado asunto de cómo ha de ser la filosofía americana y para qué ha de servir.

La filosofía de la liberación es un movimiento heterogéneo, nacido en Argentina a inicios de la década del 70, aunque con claros antecedentes en la obra de Leopoldo Zea, Augusto Salazar Bondy y otros. En 1975, con la firma por parte de Enrique Dussel, Francisco Miró Quesada, Arturo Andrés Roig, Abelardo Villegas y Leopoldo Zea de la Declaración de Morelia,<sup>54</sup> el movimiento adquiere carta de ciudadanía subcontinental.<sup>55</sup> Horacio Cerutti caracteriza su surgimiento con cuatro rasgos:

.Primero, "se trata de hacer una filosofía latinoamericana. Una auténtica filosofía, con valor universal, pero situada concretamente en América Latina".

.Segundo, "esta pretensión de filosofar latinoamericanamente va asociada a la convicción de la necesidad de destruir la situación de dependencia que

**"NO SE TRATA DE INVENTAR UNA NUEVA FILOSOFÍA, SINO DE EXPLICAR CRÍTICAMENTE LAS NECESIDADES DE LAS GRANDES MAYORÍAS EXPLOTADAS, LAS URGENCIAS DEL PUEBLO POBRE Y OPRIMIDO LATINOAMERICANO".**

soporta Latinoamérica. Dependencia apañada por una filosofía justificatoria y academicista que la consolida cada vez más".

.Tercero, "no se trata de inventar una nueva filosofía, sino de explicar críticamente las necesidades de las grandes mayorías explotadas, las urgencias del pueblo pobre y oprimido latinoamericano".

.Cuarto, "este pueblo, los pobres y oprimidos latinoamericanos aparecen como los portadores de la novedad histórica. Una novedad que debe ser pensada y expresada en y por una filosofía de la liberación".<sup>56</sup>

Esta línea que va desde la historia de las ideas hasta la filosofía de la liberación es la que en las últimas décadas mayor atención ha prestado al tema de la naturaleza de la filosofía latinoamericana, su originalidad, autenticidad, su pasado, su presente y su futuro. La problematización de la filosofía latinoamericana es destacada, incluso, como una de las modalidades de la actual filosofía de la liberación, la cual tiene como pretensión no la originalidad por la originalidad misma, sino la realización de un esfuerzo por buscar un nuevo filosofar que reclame para sí la asimilación crítica de toda tradición humana, pero basada en la afirmación de lo originario y propio.<sup>57</sup>

Claro que no sólo los representantes de esta línea de pensamiento han mostrado interés por el asunto. También entre los filósofos analíticos y los pensadores marxistas el problema se discute. Dentro de los analíticos puede señalarse a Luis Villoro, quien había comenzado a trabajar con el grupo Hiperión de Zea y que después, aunque pasó a posiciones analíticas, mantuvo su interés por la temática;<sup>58</sup> también podría mencionarse a Jorge J. E. Gracia.<sup>59</sup> Por su parte los marxistas, que tenían algunos antecedentes desde la época de Mariátegui,<sup>60</sup> han comenzado a trabajar el tema con cierta sistematicidad.<sup>61</sup> Últimamente han aparecido algunas obras que, desde una perspectiva posmodernista, ofrecen también un acercamiento particular a la temática.<sup>62</sup>

Todo lo hasta aquí expuesto indica la importancia, profundas raíces y vigencia actual de la problemática de la autenticidad y el contenido de la filosofía latinoamericana. He querido exponer las más importantes líneas del debate y su evolución, sin avanzar enjuiciamientos críticos sobre las principales posiciones adoptadas, a fin de que el lector tenga la oportunidad de forjarse su propia opinión. Mas que una evaluación terminal sobre el asunto, prefiero exponer ahora algunas reflexiones que la histórica polémica sugiere, con la finalidad, sobre todo, de agregar algunos elementos al debate mismo.

Es evidente que, si bien el logro de la autenticidad filosófica ha sido aspiración común de varias generaciones de filósofos latinoamericanos, no todos han estado de acuerdo en lo que eso significa ni en el modelo que para ello habría que tomar como patrón. Ya han sido descritas las dos posiciones fundamentales que al respecto han existido: la afirmativa y la asuntiva. Hoy parece evidente que ambas posturas, sobre todo en sus formas iniciales de manifestación, entrañaban cierto extremismo y una falta de visión de la real dialéctica entre lo general y lo particular, entre lo universal y lo regional (o nacional), entre la cultura de la humanidad y la cultura latinoamericana.

La polémica en torno a la autenticidad entre universalistas y regionalistas remitía (y todavía hoy remite) al problema de la naturaleza de la filosofía. Como bien advierte Miró Quesada, "las respectivas actitudes de los dos grupos de la tercera generación revelan dos concepciones antagónicas de la filosofía".<sup>63</sup> ¿Qué es la filosofía?, ¿cuál es su papel en la sociedad?, ¿cómo se correlaciona en ella lo cognoscitivo y lo valorativo?, ¿tiene en sí misma un valor intrínseco o es portadora de un valor instrumental? Todas estas interrogantes están realmente en el fondo de los asuntos que se discuten.

La filosofía es la más antigua forma de conciencia teórica de que ha dispuesto el hombre. Ha acompañado a este último por los más diversos sistemas sociales. Ha estado presente, con mayor o menor de-

sarrollo, con distintas proporciones de lo endógeno y lo exógeno, en todos los pueblos y regiones del mundo. Creo que ello hubiese sido imposible si la filosofía no desempeñase una importante función social, si sólo se justificase por el deseo de los filósofos de hacerla, sin ningún tipo de condicionamiento circunstancial.

No basta, como al parecer pensaban muchos miembros del grupo asuntivo, en la mera intención de hacer filosofía, de crear sistemas que permitan alcanzar a los europeos, estar a su altura, desgajarse del complejo de inferioridad, sin que importase mucho el para qué servirá esa filosofía. Esto podría darle sentido a la vida de un filósofo o incluso a la de una o varias generaciones de filósofos. Pero no ha de identificarse el sentido individual o generacional de la filosofía con su significación y valor para la sociedad. Este último es el que le da sentido social, el que justifica su existencia en las circunstancias dadas, el que le otorga racionalidad como tipo de actividad humana, institucionalizada y socialmente estimulada.

Para determinados individuos, grupos o generaciones de profesionales, la filosofía puede representar, como el arte para el artista, un valor intrínseco o absoluto, con apariencia suprahistórica. Pero en la sociedad la filosofía, como el arte, cumple una determinada función que no puede reducirse sólo al hecho de constituir alimento espiritual para sus creadores. Miró Quesada califica como una paradoja del pensamiento puro el hecho de que el individuo filosóficamente armado tiene una alta capacidad para entender y ofrecer soluciones a los problemas sociales.<sup>64</sup> En realidad no se trata de ninguna casualidad. Es el valor que como *método* tiene el conocimiento filosófico. Es que la filosofía enseña a pensar y, transitivamente, enseña también a actuar. Este actuar es su más importante función social.

No es en sí mismo censurable el hecho de que el filósofo latinoamericano recurra a Europa en busca de un pensamiento avanzado, cuando éste no existe suficientemente en su contorno y sea necesario para interpretar su propia realidad, enriquecer su medio cultural y proyectar la transformación de su entorno social. No hacerlo sería ingenuo, sería privarnos de una parte importante de la cultura universal, sería condenarnos a transitar un camino ya recorrido.

Es así mismo admirable la obra de aquellos que han dedicado su vida al "pensamiento puro", a la especulación, a la filosofía, dotando a su medio cultural de productos necesarios no existentes con anterioridad. Muchos de ellos creen ver –y de hecho ven– en la filosofía un valor en sí mismo. Pero lo que justifica socialmente este tipo de actividad es el valor instrumental de su resultado, es su repercusión práctico-humana. Es eso, como ya se ha señalado, lo que la hace racional en cualquier tipo de sociedad.

Esto nos indica que no hemos de aferrarnos a un concepto único y estático de filosofía auténtica. Filosofar auténticamente no puede significar siempre lo mismo. En mucho depende del estado de la propia filosofía autónoma, de sus carencias y necesidades. Por eso, en determinada época y circunstancias, o para ciertos temas, hacer auténtica filosofía puede reducirse, como se afirma en *Despertar y proyecto...*, a comprender auténticamente, a re-pensar lo ya pensado en otros contornos, que es ya un pensar por sí mismo.<sup>65</sup> Bajo otras condiciones esto puede ser insuficiente para calificar a una filosofía como auténtica, debido a que la necesidad de "actualización" está ya satisfecha. Lo que sí no ha de perderse de vista es que la asimilación del pensamiento foráneo no puede ser el fin último de la filosofía en ningún lugar, aunque pueda serlo para ciertos filósofos o para toda una generación de filósofos. Esa asimilación sólo tendrá sentido en su vínculo con las necesidades reales en las circunstancias históricas de que se trate.

A propósito de lo anterior, debe tomarse en cuenta que la filosofía no es simplemente una forma más de conocimiento, al estilo de las ciencias naturales o sociales. La filosofía posee un importante componente cognoscitivo, pero también un no menos importante componente valorativo.

En relación con los conocimientos que presupone la filosofía, a pesar de que son ellos los que más la asemejan a la ciencia, también poseen su singularidad con respecto a esta última.

Uno de los rasgos que caracterizan esta particularidad es lo que podríamos llamar "pretensión de universalidad". En efecto, la filosofía, desde sus orígenes, pretende captar los nexos más generales, la culminación esencial y universal que caracterizan el objeto, al sujeto, a las relaciones intraobjetivas, intersubjetivas y objetivo-subjetivas. Esta pretendida –y muchas veces lograda– universalidad del conocimiento filosófico<sup>66</sup> es lo que hace posible que muchos de sus resultados, obtenidos bajo la influencia de cierto tipo de circunstancias y como expresión generalizada de ellas, sea válido y utilizable también allí donde las circunstancias son totalmente distintas.

Si tomamos en consideración, además, que todo este proceso, que Miró Quesada califica como "despertar" del filosofar latinoamericano y que abarca una buena parte de nuestro siglo, se corresponde con una etapa muy concreta del proceso de universalización de la historia, cuando América Latina intenta integrarse con voz propia a esa universalidad histórica, se comprende que es lógico, comprensible y necesario el acercamiento de nuestros filósofos a Europa. Si la filosofía pretende la universalidad y nosotros formamos parte de esa universalidad hay que ir a buscar aquella allí donde más desarrollada esté.

**NO TODO LO EUROPEO, POR EL SIMPLE HECHO DE SERLO, ES UNIVERSAL Y APLICABLE A NUESTRO CONTORNO. EL FILÓSOFO LATINOAMERICANO ESTÁ NECESITADO DE UNA ESPECIAL SENSIBILIDAD PARA DISTINGUIR LO UNIVERSALMENTE VÁLIDO DE LO PASAJERO Y CIRCUNSTANCIAL.**

De ahí que con respecto a los conocimientos que presupone el filosofar sea indiscutible el significado de la asimilación de la herencia filosófica europea, expresión de una lógica en el desarrollo del conocimiento filosófico universal.

Ahora bien, esa asimilación sólo en parte es determinante en relación con la creación filosófica latinoamericana. La otra parte está asociada al componente valorativo e ideológico de nuestro filosofar, componente que es expresión de intereses humanos, derivado del ser real que vive Latinoamérica. Este componente valorativo siempre ha estado presente en toda filosofía y en no pocas ocasiones ha determinado, por encima del talento, la capacidad creativa y el conjunto de conocimientos acumulados por el filósofo, el lugar que aquella ha ocupado en el decurso histórico-filosófico. Independientemente de la universalidad de su objeto, problemas y temas, la filosofía lleva en sí el sello, la impronta, de las circunstancias en que fue elaborada, y esas circunstancias pueden ser expresión de una mayor o menor universalidad. Por eso la asimilación del pensamiento europeo debe ser creadora y selectiva. *No todo lo europeo, por el simple hecho de serlo, es universal y aplicable a nuestro contorno. El filósofo latinoamericano está necesitado de una especial sensibilidad para distinguir lo universalmente válido de lo pasajero y circunstancial.*

Esta asimilación presupone, además, un conocimiento profundo de la realidad propia, de su historia, de sus demandas, de sus tendencias de desarrollo, de su pensamiento e ideas. De lo contrario sería imposible reconocer la presencia de la universalidad en lo propio, ni distinguir en lo universal su aplicabilidad a nuestras circunstancias. Como tendencia, el pensador latinoamericano ha sabido captar esa doble tensión en la que necesariamente se ha movido. La historia del filosofar latinoamericano ha estado asociada — y no podía ser de otro modo — a la historia misma americana, a la conquista, a la colonia, a las luchas por la independencia, al nacimiento de las naciones, a la dominación neocolonial, a las aspiraciones de emancipación. Es cierto que no todo, dentro de la filosofía, puede ser explicado apelando a la historia social, pero también es errónea la posición opuesta que desestima todo vínculo con esta última. Habrá sido mayor o menor la conciencia del ser latinoamericano, pero lo cierto es que ese ser, en la misma medida en que se

fue conformando y consolidando, fue marcando con su signo al filosofar.

Por lo tanto, hacer filosofía auténtica no significa, unilateralmente, ni meditar sobre los últimos temas de moda en otras latitudes, ni reducir el objeto de la reflexión al ser latinoamericano. Se trata, por supuesto, de hacer una filosofía desde Latinoamérica y para Latinoamérica, pero utilizando los recursos universales de la filosofía y sin olvidar que pertenecemos a una historia que es no sólo latinoamericana, sino también universal.

#### NOTAS Y REFERENCIAS

- 1.-Este trabajo ha sido preparado a partir de algunos fragmentos del Prólogo, escrito por el autor, a la nueva edición en preparación del libro *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*, de Francisco Miró Quesada.
- 2.-Francisco Miró Quesada: *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, pp. 9-10.
- 3.-Leopoldo Zea: "América Latina, largo viaje hacia sí misma", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, 1978, N.18, p.11.
- 4.-Simón Bolívar: "Carta de Jamaica", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, 1978, N.1, p.17.
- 5.-Ibid.
- 6.-Ibid.
- 7.-Juan Bautista Alberdi: "Ideas para un curso de filosofía contemporánea", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, 1978, N.9, p.11.
- 8.-Ibid., p.12.
- 9.-Santiago Castro-Gómez: "Filosofía e identidad latinoamericana. Exposición y crítica de una problemática", *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, 1992, N.27, p.59.
- 10.-José Martí: "Nuestra América", *Cuadernos Americanos*, México, 1979, N.6, p.67.
- 11.-Ibid., p.68.
- 12.-Ibid., p.70.
- 13.-Ver: José Enrique Rodó: "Ariel" (fragmentos), *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, 1978, N.19, p.6.
- 14.-Ibid., p.13.
- 15.-Ibid., p.22.
- 16.-Ibid., p.7.
- 17.-José Vasconcelos: "El pensamiento latinoamericano", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, 1978, N.21, p.6.
- 18.-Ibid., p.13.
- 19.-Ver: Eduardo Devés Valdés: "El quehacer filosófico y su relación con el problema de la cultura nacional en Alejandro Korn", en: *Revista de Filosofía Latinoamericana*, Ediciones Castañeda, 1976, N.3-4, p.142.
- 20.-Ibid., p.145.
- 21.-Ver: Ibid.
- 22.-Se reconoce a Francisco Romero como el introductor del término "fundadores" y a Francisco Miró Quesada como el generalizador del término "patriarca". Ver: Jorge J. E. Gracia: "Panorama general de la filosofía latinoamericana actual", *La filosofía hoy en Alemania y América Latina*, Córdoba, 1984, pp.145, 187 (nota 11).
- 23.-Ver: *Las ideas en la América Latina* (Sel. e Intr. de Isabel Monal), La Habana, 1985, tomo I, primera parte, pp.14-15 (nota 1).
- 24.-Se trata de un filosofar más académico, más autónomo,

con fuentes más diversas y más volcado hacia la filosofía misma, aunque sin perder sus vínculos con el resto de la realidad social.

25. -Francisco Miró Quesada *Despertar y proyecto...*, pp. 121-122

26. -Ibid., pp. 56-57

27. -Ibid., pp. 136-144

28. -Ver: Francisco Romero. "Sobre la filosofía en Iberoamérica", *Filosofía de la persona*, Buenos Aires, 1944, pp. 126-127.

29. -Samuel Ramos: *Historia de la filosofía en México*, México, 1943, p. 86.

30. -Ver: Augusto Salazar Bondy: *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, México, Siglo XXI, 196, p. 84.

31. -El término "filosofía de lo americano" se utiliza frecuentemente en dos acepciones, una amplia y otra estrecha. En sentido estricto se refiere a la reflexión filosófica sobre el ser del latinoamericano, su identidad, su historia, su relación con otros contextos geográficos. En sentido amplio el término se utiliza para englobar toda filosofía que se haga sobre temas latinoamericanos e incluye, además de la filosofía de lo americano en su acepción estrecha, la historia de las ideas y la filosofía de la liberación. Por el contexto el lector podrá percatarse fácilmente del sentido de su uso en este texto. En este caso específico se está utilizando el término en su acepción amplia.

32. -Ver: José Gaos: "¿Filosofía 'americana'?", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, 1979, N.32, pp. 14-15.

33. -Ver: Augusto Salazar Bondy, Ob. cit., pp. 81-82.

34. -Ver: *Conversaciones filosóficas interamericanas* (Homenaje de Centenario al apóstol José Martí), La Habana, 1953.

35. -Francisco Miró Quesada: *Despertar y proyecto...*, p. 53

36. -Francisco Miró Quesada: "La filosofía como actividad racional", *Philosophische Selbstdarstellungen*, Berna / Francfort de Meno / Las Vegas: Peter Lang, 1986, p. 195.

37. -Ibid., pp. 195-196.

38. -"Hiperión" fue el nombre que recibió el grupo que, formado y dirigido por Zea, imprimió un gran impulso a la filosofía de lo americano, fundamentalmente a través del estudio de la historia de las ideas. Además de Zea, conformaban este grupo Emilio Uranga, Jorge Portilla, Joaquín Sánchez Mac Gregor, Luis Villoro, Fausto Vega y Ricardo Guerra.

39. -Sobre la opinión que estos (y otros) representantes de la tendencia universalista tienen al respecto puede consultarse: Augusto Salazar Bondy, Ob. cit., pp. 60-74.

40. -Ver: Francisco Miró Quesada: "La filosofía y la creación intelectual", Pablo González Casanova (Ed.): *Cultura y creación intelectual en América Latina*, Siglo XXI, México, 1984, pp. 269-278.

41. -Ibid., p. 277.

42. -Augusto Salazar Bondy. Ob. cit., p. 119.

43. -Ibid., p. 121.

44. -Ibid., p. 127.

45. -Ver: Rafael Plá León, Mirta Casañas Díaz: "La constancia de Leopoldo Zea en la búsqueda de un filosofar auténticamente americano", en: *Islas*, Universidad Central de Las Villas, 1991, N. 99, p. 97.

46. -Ver: Leopoldo Zea. "Sentido de la filosofía en Latinoamérica", en: *Revista de Occidente*, Madrid, 1966, N. 38, p. 216.

47. -Leopoldo Zea. *La filosofía americana como filosofía sin más*, México: Siglo XXI, 1969, pp. 94-95.

48. -Ver: Leopoldo Zea. *El positivismo en México*, México, 1943; *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, 1944.

49. -Sobre las características del movimiento de historia de las ideas puede verse, entre otros: Arturo Andrés Roig. "La 'historia de las ideas' cinco lustros después", en: *Revista de Historia de las Ideas*, Quito, reedición facsimilar de los números 1-2 (1959-1960), 1985, pp. I-XLII; Harold Eugene Davis. "La historia de las ideas en Latinoamérica", en: *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Americana*, México, 1979, N. 47; Francisco Miró Quesada

*Proyecto y realización...*, pp. 136-209.

50. -Ver: Francisco Miró Quesada *Proyecto y realización del filosofar latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, p. 26.

51. -Sería interminable la lista de pensadores que han dedicado todos (o parte de) sus mejores esfuerzos intelectuales a la historia de las ideas. Cabría mencionar por su incidencia y vínculos con los orígenes mismos del movimiento a los integrantes del grupo Hiperión, dirigido por Zea, también a otros representantes de diferentes países: Augusto Salazar Bondy en Perú, Arturo Ardao en Uruguay, Joao Cruz Costa en Brasil, Gregorio Weinberg y Arturo Andrés Roig en Argentina, Ricaurte Soler en Panamá. A este movimiento se le han ido incorporando nuevas oleadas de filósofos, pertenecientes a una cuarta y hasta una quinta generación.

52. -Entre las obras que tipifican el inicio de una filosofía de lo americano pueden señalarse las escritas por el propio Leopoldo Zea en la década del 50. *América como conciencia* (1953), *América en la conciencia de Europa* (1955), *América en la historia* (1957).

53. -Francisco Miró Quesada. *Proyecto y realización...*, p. 140.

54. -"Declaración de Morelia" fue el nombre que recibió el documento programático que comprometía con un proyecto de filosofía de la liberación a destacados filósofos del subcontinente. Ver: "Declaración de Morelia. Filosofía e Independencia", *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina*, UNAM, México, 1981.

55. -Este movimiento está integrado por una gran cantidad de pensadores. Entre sus representantes más conocidos se encuentran, además de los firmantes de la Declaración de Morelia, Arturo Ardao, Osvaldo Ardiles, Horacio Cerutti, Carlos Cullen, Luis José González Álvarez, German Marquín Argote, Juan Carlos Scannone y Alejandro Serrano Caldera.

56. -Horacio Cerutti. "Situación y perspectivas de la filosofía para la liberación latinoamericana", en: *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, 1991, N. 25, p. 112.

57. -Ibid., pp. 122-125.

58. -Ver, por ej.: Luis Villoro: "Sobre el problema de la filosofía latinoamericana", *Prometeo*, 1986, N. 7

59. -Ver, por ej.: Jorge J. E. Gracia: "El problema de la identidad filosófica latinoamericana: perspectiva e historia", *La filosofía hoy en Alemania y América Latina*, Córdoba, 1984, pp. 196-221.

60. -Ver: José Carlos Mariátegui: "¿Existe un pensamiento hispanoamericano?", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, 1979, N. 34.

61. -Ver, por ej.: Pablo Guadarrama: "El problema de la autenticidad de la filosofía latinoamericana", *Valoraciones sobre el pensamiento cubano y latinoamericano*, Edit. Política, La Habana, 1985, pp. 118-143; del mismo autor, junto a Nicolai Pereliguin: *Lo universal y lo específico en la cultura*, Santa Clara-Bogotá, 1988; Gabriel Vargas Lozano: *¿Qué hacer con la filosofía en América Latina*, México, 1990; Rafael Plá León: *Una lógica para pensar la liberación de América*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1994; José Ramón Fabelo: "América Latina en la encrucijada entre los valores universales y propios", *Islas*, 1995, N. 111, pp. 24-31.

62. -Ver, por ej.: Santiago Castro Gómez: *Crítica de la razón latinoamericana*, Puvill Libros S.A., Barcelona, 1996.

63. -Francisco Miró Quesada: *Despertar y Proyecto...*, p. 114.

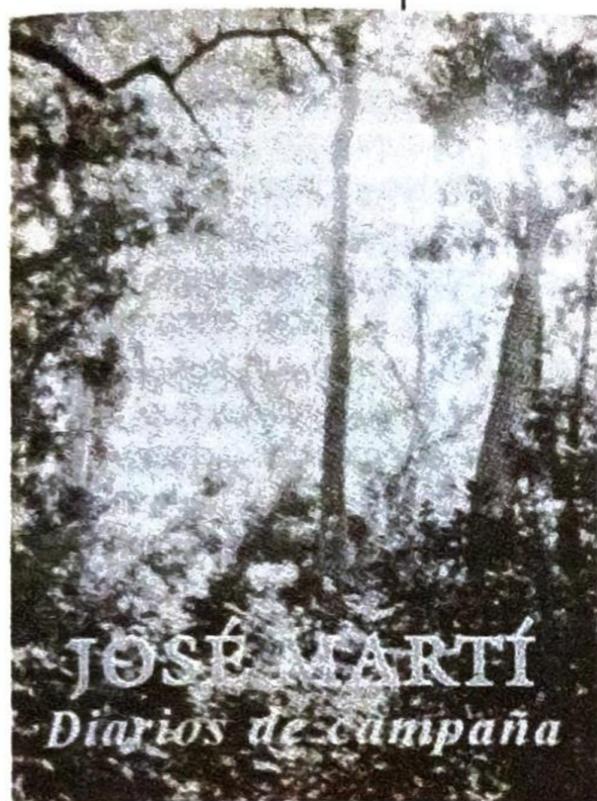
64. -Ibid., p. 116

65. -Ibid., p. 54-57

66. -Entiéndase bien que aquí tomamos en cuenta no sólo, y no tanto, la universalidad en cuanto a las posibilidades de aplicación del conocimiento —hecho que es común para las ciencias naturales y muchas sociales—, sino la universalidad como objeto mismo del conocimiento teórico.

## Una enciclopedia de **Martí en campaña\***

**Victor Hugo Purón Fonseca**



**H**asta ahora, con el entendimiento de *diario de campaña* se había tenido sólo a uno de José Martí (y bajo este título publicado varias veces): aquel en que anotó sus impresiones desde el 9 de abril hasta el 17 de mayo de 1895; es decir, durante su viaje hacia la muerte en combate, desde Cabo Haitiano hasta Dos Ríos. Fue su último diario, ya en plena guerra, como combatiente mambí, la mayor parte del tiempo transcurrido en los campos de Cuba Libre.

El otro —inmediatamente anterior—, del 14 de febrero al 8 de abril de 1895, entre Monte Cristi y Cabo Haitiano, fue visto hasta el

\*Diarios de campaña, de José Martí; edición crítica -cotejada según originales-, presentación y notas de Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar González, Casa Editora Abril, 1996.

momento como *páginas de un diario con apuntes de viaje* a través de República Dominicana y Haití, y —como tal— separadas, independientes y distintas de la —aparentemente más obvia— entraña épica del último, éste también denominado por eso en ocasiones diario de guerra.

Para los responsables de esta edición crítica: Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar González, ese distinguo es impropio. Lo afirman en una conclusión única —y doble a la vez—: «no se trata de dos diarios, como se ha dicho, sino de uno solo», interpretando que el último es «segunda parte» del otro. Tal certidumbre, sin embargo, no les impide titular al libro en plural: *Diarios de campaña*, refiriéndose a las dos partes dichas. Para explicarlo debe apreciar el lector una certera flecha lanzada a dividir en dos a una anterior clavada en el mismo sitio del centro del blanco.

Por primera vez que sepa-

mos, bajo tal nombre y con ese concepto, se pluraliza con determinación la unidad sospechable de aquellas notas, unas y otras, «que asumen la campaña, y sus vísperas, como contienda, pero también como campo, como espacio cultural», según atinada precisión expuesta por Mayra Beatriz, en el texto de presentación con su nombre al pie para esta entrega editorial. Este modo de mirar es, por supuesto, compartido por esta autora y el otro, lo cual hace ver definitivamente a los lectores una perspectiva de profundo aporte conceptual de ambos en este libro nuevo.

Por las diferencias entre las dos partes se había hecho antes la aproximación a tal concepto. Apreciaba, por ejemplo, en 1962, Mlle. Haré la obviedad de que «dos escritos tan próximos uno del otro en el tiempo, tienen que presentar muchas similitudes en su forma — y también, por otra parte, en su contenido: pues si el *Diario* (se refiere, claro está, al último) es un diario de guerra, es también, por muchos lados, un diario de viaje.» Mayra y Froilán superan la *dubitación* a favor de la unidad, y arriban seguros a la determinación de que todo el texto es el *de un viaje de guerra*. Esta solución es ya suficiente para reconocerles un lugar notable entre los exégetas del legado de la obra martiana.

Más, y más alto, fundaron, sin embargo, los estudiosos. En este libro, las poco más de 80 hojas escritas por Martí son convertidas en un yacimiento enriquecido superior a las 300 páginas. En primer lugar se conservó la estructura de los originales manuscritos: cada carilla de puño y letra del Apóstol es transcrita con minuciosidad descriptiva de cada letra, palabra, frase, oración, párrafo, renglón, trazo al margen y demás accidentes de redacción y caligrafía. Luego, y definitivamente, la «obra de cariño», queda completada en las notas, ilustraciones con pie o sin él, y «fi-

chas» con datos botánicos y zoológicos, lo que casi cuadruplica en extensión al texto martiano reconstruido. Afluentes del gran río son los utilísimos artículos introductorios, apéndice de cartas paralelas a los diarios, circulares y manifiestos, y los anexos, hasta llevar el tomo a más de 400 páginas, con la información complementaria. En resumen, los investigadores compilan información amplia, novedosa y actualizada, refinada de la materia prima de sus laboriosas búsquedas en fuentes de primera mano, pleno de descubrimientos, asombros y propuestas. Con todo ello la obra se eleva a la categoría adquirida por acumulación de datos útiles, de una enciclopedia del tema de Martí en campaña.

No debe sobrentenderse, por aquello, excelencia insuperable al resultado del cotejo crítico con los originales martianos, el uso de técnicas criminalísticas en el desentrañamiento de la caligrafía dudosa, el recorrido alerta a través de la copiosa retórica producida por el tema, la confrontación con diversos textos (algunos inéditos), el intencionado y atento desandar frecuente por el escenario de la Ruta en suelo cubano, y demás atildamientos de la investigación rigurosa. La perfección será el resultado de batallas continuas en el tiempo. Aquí importan las iluminaciones que se aproximan a los apuntes martianos, como una versión vuelta a vivir, más allá —o acá— del texto mismo, en la naturaleza, todavía original, sobre todo en lo correspondiente a la que desde ya es segunda parte de los diarios. Este libro brinda una información que lo convierte en sí mismo en referente de aquella escritura.

Tales nuevas incertidumbres de los autores, en su aproximación a textos y contextos, en su mayoría se leen a pie de página, como un recorrido de hormiga exploradora del mundo del elefante o del hombre por las estrellas. Algunas —esa

imagen de Martí sin bigote y adulto— se dan para mirarlas. Queda rescatada una valiosa iconografía de época, facsímiles reveladores, muestras atesoradas en museos (sin decir, inconvenientemente, cuáles son éstos), constancias que el ojo percibe del paso del tiempo y sus generaciones por los lugares, y, en fin, gentes y cosas redivivas por la imagen, capaz de revalorizar las meras palabras, sobre todo ante las miradas jóvenes exigentes de pruebas visuales. En ese sentido, puede lamentarse la falta de color para las ilustraciones, que con las actuales técnicas de impresión pueden ser reproducidas con tales atributos, en los casos correspondientes por supuesto. A favor también están las «fichas» acerca de plantas y animales, con «los nombres curiosos de este viaje mío» cuya historia le había encargado hacer Martí, como «un trabajo de cariño», a María Mantilla, y que quedó sin hacer entonces y después; ellas dan como un inventario de la naturaleza de las dos islas nombradas por Martí, y en específico del campo cubano. Mayra y Froilán cumplieron amorosamente y con creces el trabajo de cariño.

Por eso el lector podrá disculparles que a veces sucumban a «los más misteriosos sonidos de las palabras que están en nuestro idioma», según recurrida definición debida a Lezama Lima, y dejen a algunas gentes y cosas mencionadas o aludidas en los apuntes martianos envueltos todavía en la «cáscara de las palabras». Quien esto escribe, sin embargo, debe hacer notar que tal vez para pasajeros de empresa tan vasta, intrincada y honda como la emprendida por los autores de esta edición, haya resultado irresistible la sujeción lírica, corresponder al reclamo de errar por regiones poéticas, como sucede —misterio— cuando se lee a Martí. El libro, sin embargo, induce a esperar una plena expresión de objetividad y precisión. Y en él, siendo magnífico, como

«animitas» errabundas retozan errores más que erratas

Ejemplos aporta Froilán en su introducción (significativamente asida a la expresión de Lezama que la titula) con un lapsus geográfico injustificado y sorprendente, al situar Vuelta Corta en «un meandro que forma el río Jaibo», contradiciendo la verdad de que está en el río Iguanábana o Iguanábano, como aparece correctamente en las páginas 282 y 285. Al parecer, como tantos, no siempre saben ni pueden sobreponerse a la «experiencia estremecedora» de descubrirse herederos «de una voz de voces o escritura anterior que rescata el diario». En lo específico de Froilán, lo que hizo de su *Martí a flor de labios* un momento de palabras incomparables sujetas entre sí por un cariño valederamente casi místico, abre en este libro de otra naturaleza compuestas al flujo de imprecisiones menos deseables sobre los hechos y las cosas en sí.

En ese mismo plano puede inscribirse la paradoja —tentado está uno de la manos sugerir contradicción— de que los autores firmen por separado sendas introducciones, cuando aparecen ambos responsables por igual de las conclusiones propuestas en la edición como obra conjunta. Al respecto, inopinadamente Mayra asume como asunto unipersonal —en primera persona del singular— sus explicaciones, lo cual obvia la implicación que ello tiene para las notas que, supuestamente, son comunes, si bien los argumentos de ella prueban ser más abarcadores, libres y críticos que los de su compañero. Todo esto añade una innecesaria e inmerecida confusión al lector atento de esta insuperada edición de las últimas notas de viaje de guerra de José Martí.

Por eso, en próximas reediciones, deseables y necesarias, de la obra merecerían reenfocarse algunas apreciaciones y propuestas. Puedo despojarme de la acusación

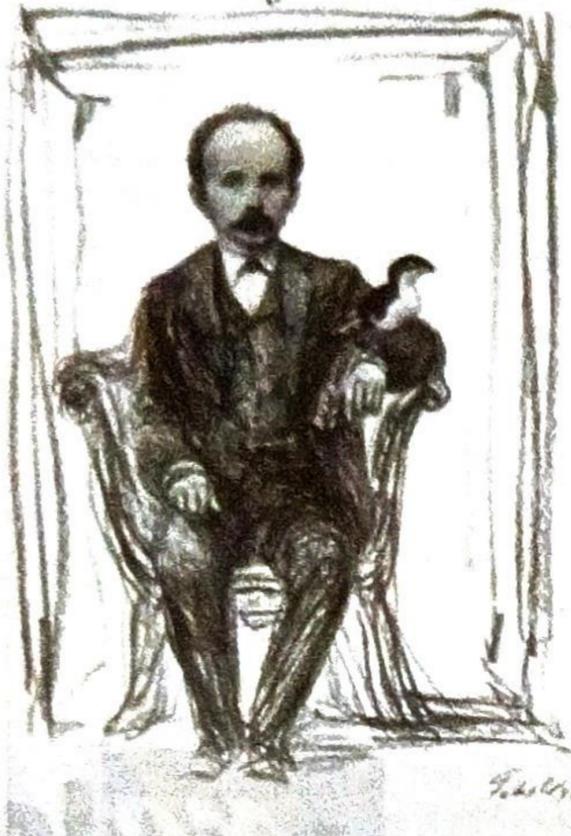
de ser demasiado puntilloso ayudándome de otros ejemplos violentos. Aparentemente, *manzana* es el bulbo caroso que suele crecer dentro del coco seco, y así se le llama en buena parte del Oriente del país, y no el «fruto de la pomarrosa», como propone la nota 2, de la página 246, pues de cocos precisamente escribe Martí: «Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos. Me dan la manzana.» Tampoco La Yaya es nombre de un municipio guantanamero, sino sólo de la cabecera del de Niceto Pérez. Ni Vuelta Corta es hoy «municipio La Maya, provincia Santiago de Cuba», sino que pertenece al antes dicho de la provincia de Guantánamo. Tales indicaciones son objetivo esencial del libro y sus desenfoques ensombrecen «la obra bella», por lo cual merecen corrección.

Dichas la grandeza ejemplar de este *Diarios de campaña*, de José Martí, Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar González, y algunas pocas miserias microscópicas de las advertidas por este lector, debo dejar bien establecido mi parecer sencillo y honesto. He creído escuchar en él hablar con más elevado volumen, tono más claro y modulación más contrastada, aquella Voz de voces de nuestra historia (cubana y americana), que al respecto señaló Lezama. Hasta ahora escuchábamos del Diario sus palabras sugerentes y las de sus comentaristas sindéricos. Pero este libro expresa una doctrina inefable, con altura, claridad y delicia nunca antes logradas. Ante él se siente estar asistiendo, sin dejar de escuchar, sumando sentidos, a la marcha por la ruta en que, como estableció Lezama Lima, se busca el secreto y se guarda el misterio de lo cubano.

Podemos usar esa ruta como vía superior de tránsito, que no meta, sin agotarla ni gastarla. En este libro, La Voz de voces nos revela matices y proyecciones para acercarnos, alimentar y acrecentar el misterio y el secreto.

The logo for 'relec' features the word in a stylized, lowercase font. The 'r' is white and set against a black, wavy background that resembles a book cover or a stylized letter 'e'. The remaining letters 'elec' are black and positioned to the right of the 'r'.

Destinatario JOSÉ MARTÍ



## Destino: Martí

**Mercedes Santos Moray**

**D**eseo iniciar esta reseña con la confesión de mi gratitud al amigo Luis García Pascual, autor de esta compilación, la que tomó forma en el volumen *Destinatario José Martí*, publicado por la Casa Editora Abril, cuya ordenación y notas, desde su concepción cronológica y el espíritu de su letra, también pertenecen a este fervoroso martiano. Ahora, quiero explicar mi gesto. Y es que hace más de un año, después de haber editado mi segunda biografía del Apóstol, primero por la UNAM y en vías de hacerlo por la Editora Política, supe de la existencia de este trabajo, por la también amiga y colega Jacqueline Teillagorry quien, al hablar con Luis, le comunicó de mi interés por conocer este cuaderno, todavía en su original mecanografiado, entonces y con expresa generosidad él me hizo llegar su labor de tantos años, sin el menor gesto de orgullo, con una confianza que, en estos medios, resulta insólita.

Después supe de su esfuerzo, de sus empeños y de los in-

convenientes que encontró, durante años, antes de materializar esta obra, entregada por él con amor a los compañeros de la UJC, por la vía de Jacqueline, y en la que tuvo mucho que ver la inestimable ayuda, y también el aliento y el estímulo de Eusebio Leal. Ya yo conocía a García Pascual por otro de sus aportes fundamentales: el *Epistolario de José Martí*, trabajado por él y por el desaparecido Enrique Moreno Plá, (investigación que le mereció a él la Distinción por la Cultura Nacional, y eso es bueno anotarlo).

Muchas veces, cuando una tiene ante sí un tan descomunal esfuerzo físico e intelectual, como el que soporta y sustenta ambos proyectos editoriales, este destino y aquel epistolario, se admira de cómo el amor y la honestidad sostienen al estudioso, y no el oficio del investigador a sueldo seguro en institución científica, y eso nos alienta porque vemos, también, cómo en cualquier lugar de nuestro país hay semilla fértil para la cultura.

Debo puntualizar que con *Destinatario José Martí*, donde se reúne la correspondencia del Apóstol, cuanto él recibió de 1874

a 1895, (lo que no deja además de servir de acicate para ir a nuevas búsquedas que enriquezcan este propio trabajo, cuaderno que, por demás, nos debe servir a todos los martianos de estímulo), con este libro hermoso se da cuerpo a un trabajo de indagación, valoración, análisis, rastreo y cotejo que bien pudiera haber sido obra de un grupo interdisciplinario de varios investigadores pero que fue realizado, y eso es lo más admirable, por un solo hombre, por alguien que siendo de la llamada tercera edad, nos da muestras palpables de juventud y lozanía, de voluntariosa actividad. Así resulta él mismo émulo de figuras tan entrañables, para todos nosotros, los martianos, como don Manuel Isidro Méndez y el propio Gonzalo de Quesada, e Hiram Dupotey.

En la primera página de su libro, también se evidencia la honestidad de este estudioso, y su sentido de la gratitud, cuando nombra a cuantos le tendieron no sólo la mano, sino que le ayudaron a vencer muchos obstáculos y a superar manquedades humanas, pero no por ello a veces demasiado dolorosas. Un amplio grupo de personalidades de nuestra historiografía y de la cultura cubana, en general, también asumen, así de sencillo, la autoría o mejor, la coautoría espiritual de un proyecto que trasciende por su vigencia el yo individual de Luis.

Un libro como este, donde se reúnen los documentos del epistolario conformado por los otros, es decir, desde el ángulo que nos coloca a Martí como destino, viene a ampliar la dimensión de nuestra perspectiva y a enriquecer, también, nuestra información. Se abre el horizonte y comienza el contrapunteo lógico y valiosísimo con un José Martí político, hombre, persona, que se dibuja desde estas páginas y se en-

grandece en su multiplicidad. No hay un solo de estos textos que sea menor, todos son útiles porque todos nos entregan una diferencia, y un punto de vista que renueva y abre su universo y lo hace más integral y amplio.

Pero como García Pascual, y la propia Casa Editora Abril tienen un alto sentido pedagógico, han sabido entregar, además, a los lectores, las fichas de los remitentes lo que permite la ubicación exacta del personaje, y potencia desde nosotros el mismo diálogo que vivió el Apóstol y nos permite adentrarnos en las complejas madejas de aquel existir plural. Con el dibujo del maestro Roberto Fabelo en la cubierta, capaz como artista de aprehender la imagen de una íntima modestia, de la figura de un Martí humanizado, sin pedestal ni mármol, la cuidadosa edición de María Cristina Eduardo, a quien conozco desde los tiempos estudiantiles y el esmerado cotejo de Hilda González, del Centro de Estudios Martianos, todo el apoyo técnico de los correctores y del diseño de Eloy Barrios permiten que, este cuaderno, sea de por sí, una bella obra de arte, no sólo por su letra, sino por su madurez como un producto elaborado. Así, de sencillo, es también este homenaje profundamente martiano que a

todos nosotros conmueve.

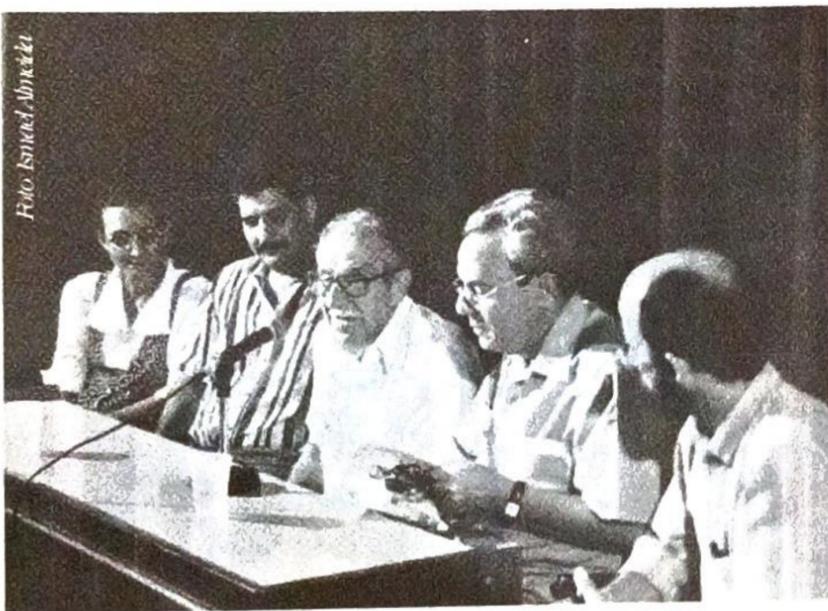
Mucho se escribe en Cuba, y no tanto en el exterior, lamentablemente, sobre el Apóstol. Sin embargo, creo que es hora de ir a la publicación de esa papelería que nos da el basamento epocal de sus coetáneos, desde el orbe de un registro testimonial que es fuente primaria, de obligada consulta. No hay como ir a Martí y a los suyos, amigos, familiares, compañeros e, incluso, hasta a aquellos que no siempre le comprendieron para descubrir las aristas de su devenir como ente social, como protagonista de la historia. Por eso, quiero puntualizar, y aplaudir esta edición que, para mí, debe abrir el sendero para rescatar esos textos «clásicos» donde la voz del ayer cobra actualidad, y que llega a nosotros para reclamar su presencia, orgánica e imprescindible, sustrato de nuestras valoraciones y de nuestros juicios, porque sin el pasado no sólo no hay futuro, ni siquiera presente.

**relectura**

# «Martí ha crecido entre nosotros»

**Eusebio Leal**

*De izquierda a derecha: Jacqueline Teillagory, editora; Iván Sánchez Espinosa, director Casa Editora Abril; Luis García Pascual, autor del libro; Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad de La Habana y Rolando González Patrício, director del Centro de Estudios Martianos.*



**A**ntes de expresar mi opinión sobre la obra de García Pascual, su libro, *Destinatario José Martí*, quisiera expresar nuestro sentimiento de adhesión y de cariño y alegría por el homenaje

que, en el día de ayer, le ha sido tributado al Dr Armando Hart. Pienso que tanto los martianos cubanos como los fundadores de la Sociedad Cultural que lleva el nombre del Apóstol, nos sentimos honrados que

haya sido el Instituto Pedagógico «Enrique José Varona» el gestor de tan bella iniciativa en reconocimiento de la defensa consecuente que,

como hombre cubano, ha hecho el Dr Hart desde su cargo de Ministro de Cultura y, más aún, como trabajador incansable en pro de la extensión de la cultura y pensamiento cubanos.

En la figura de Varona radica el símbolo de una generación que hace entrega de su legado a otra. Mentor de la juventud, llevaba en sí mismo un contenido paradigmático, acorde con la evolución y la posibilidad activa de transitar desde las fases iniciales de sus ideas hasta convertirse en bandera de las nuevas generaciones.

Emilio Roig decidió por siempre colocar sobre su mesa la reproducción —en mármol y bronce— de la victoria de Samotracia que fue un objeto amado por ese filósofo cubano, hallado entre sus papeles y libros dispersos luego de que la policía machadista asaltase su escritorio.

Anoche, en el acto de investidura, al cual yo no pude asistir, ha-

bria queriendo agradecerle a Hart por su vida y obra, por sus padres, a los que tienen el honor de conocer, por la sangre vertida con generosidad por Enrique, vivo hoy entre nosotros.

Expreso mi gratitud a Iroel, Director de la Editora Abril, por la deferencia que me ha permitido pronunciar hoy estas palabras. Evoco el verso del Apóstol:

«Vuela el viento de abril,  
gracioso y leve,  
sobre la cortesía azul  
de mi ventana»

Y es que el espíritu de Abril, eternamente inspirador de nuestra juventud, vibra en esta iniciativa de la Editora. Me alegra que esté aquí Yaqui; nos conocimos — recordará — en tu casita en La Habana Vieja, un lugar en ruinas en donde lo único bello y esperanzador era el espacio que tú, amorosamente, habías reconstruido. Fue una vez la casona de la Obra Pía; hoy, es un virtual palacio de los niños; ellos suelen jugar cerca de lo que fue tu alcoba.

Al consagrarte hoy a la obra martiana, hayas la compensación superior, porque aquel tipo de expectativas —cuando parece que las cosas y los sueños que no van a florecer— quedan a un lado cuando los seres humanos, como tú hoy, la encuentran.

¿Qué decir de García Pascual? Estamos ante un hombre, ante un cubano de una paciencia y adnegación, sólo comparables a su propia perseverancia en alcanzar sus propósitos. A la abuela le escuché decir este proverbio: «los perros tienen cuatro patas y escogen un solo camino». Y en los estudios históricos, uno no puede —así solía expresarlo Francisco Pividal, todo un maestro— dedicarse a varias cosas: poseer la noción de lo general, pero hay que hallar una motivación para consagrar toda o una buena parte de su vida.

García Pascual escogió el camino más arduo. Si bien es verdad que la historiografía precedente nos legó un culto fragmentado —martianos, maceistas, agrariontinos, cespedianos...—, y hoy tenemos un concepto más abarcador, absoluto y claro de la Nación y de las identidades que la integran. Sin embargo, ciertos cultos, dentro del fervor patrio son indispensables.

Siendo Martí un hombre en que se conjugan acción y pensamiento, ha sido un signo de compromiso y esperanza para lo mejor del pueblo cubano ese culto y amor por su persona y obra, la meditación en torno a su ideario y el ejercicio de tratar de continuar los azarosos caminos de ese pequeño coloso, caído en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895.

Ávidamente buscó Mella a Martí, sin hallarlo más que en referencias generales, ya que aún faltaba mucho tiempo para que sus obras viesan la luz. Le pareció escucharlo en el testimonio vital del General Eusebio Hernández o en el recuento acusoso de Carlos Baliño. Lo vio en el sufrimiento y en la expectativa de que sobrevivieron a los lances e infortunios de la guerra. Pudo leer artículos o discursos sueltos cuando aún en la memoria de los cubanos estaba la personalidad arrobadora de Martí; su voz, sobre todo, que algunos creían escuchar todavía, era como cuando se abre una caja de música y revela su misterio y se nos revela... aquella voz llena de armonías, llena de sonoridades breves como su verso.

Ese culto martiano ha sido eslabonado por una cadena de cubanos que han depositado en manos de otros el legado de su pensamiento. Tomaré un ejemplo: a veces nos preguntamos porqué en la pequeña localidad de Artemisa pudo prender con tal fuerza el pensamiento de Fidel; por qué en el salón de la Logia donde se reuniría con la juventud lugareña, encontró

o halló al puñado de jóvenes románticos y valientes que le siguieron hasta los muros del Moncarla.

¿Dónde estaba ese fermento? Lo veo claro, en la prédica de un maestro español, martiano, autor de una bellísima obra: el educador Don Manuel Isidro Méndez. Exactamente igual podemos hablar de algunos autores que —incluso— se llevó el viento, pero que mientras en su vida estuvo vigente el sentimiento cubano, dieron a sus obras lo mejor de sí mismos.

No es posible separar los trabajos de García Pascual del legado de Manuel I. Mesa, Emeterio Santovenia, Enrique Gay Galvó, Hortensia Pichardo, Emilio Roig de Leuchsenring y, por supuesto, Gonzalo de Quesada y Miranda, como heredero y custodio de los papeles de su padre. Recuerdo que Celia —que hace tantos años nos falta— fue partidaria por respeto y afecto a Gonzalito de que la papelería martiana siguiese en su casa del Vedado hasta el fin de sus días. Ella percibió que si se retiraban de su hogar los papeles de Martí, se moriría Gonzalo; tan fuerte era la unión entre el custodio y la obra escrita del maestro.

Ese culto martiano unió en su día a hombres ilustres, pero distantes en la vida y ejecutoria como Jorge Mañach y Juan Marinello. Hoy, Cintio Vitier y Fina García Marruz son en vida los cubanos que más profundamente conocen el pensamiento, las ideas, la filosofía y la poesía de Martí.

Un día me hablaron de García Pascual, quise conocerlo, y ahí nació nuestra amistad. No era un intelectual con casa puesta y tarja a la puerta, pero lo ha sido porque el intelecto y su ejercicio no es otra cosa que el servicio a la palabra, el conocimiento a la letra y, mucho más, al espíritu de las cosas. Donde quiera que haya habido posibilidad de encontrar un documento, cuando casi todas las esperanzas de hallar algo nuevo se creían per-

didas, él no desmayó en el empeño, fue buscando casa por casa y aún le queda mucho por hallar. Él sabe quien tiene y no da; persevera y regresa nuevamente.

Ha estudiado con detenimiento la obra de Gerardo Castellanos, hijo de uno de los amigos y confidentes de Martí. Y de tantas y tantas pesquisas, nos presenta hoy una pequeña y noble maravilla, porque no se trata de lo escrito por Martí, sino de lo que le escribieron a él. Nos permite pulsar el sentido de la amistad, de la hermandad o fraternidad de ideas, desde notas sencillas que nos prueban la humanidad del Apóstol, la devoción amorosa que supo inspirar en mujeres apasionadas que le fueron deslumbradas por su personalidad, hasta los grandes problemas o temas cruciales que turbaron su ánimo en los últimos años de su vida, particularmente en los que suceden a la fundación del Partido Revolucionario Cubano.

Hallar estas cartas, como quien no quiere las cosas; pasar desapercibido, siendo alguien que ha hecho un aporte sensible a la sociedad cubana, es la virtud fundamental de este hombre bueno.

Ni en la sociedad de historiadores ni en el círculo de los martianos de oficio, ha necesitado aval de ingreso, pues es un hombre que ha sabido agradecer —a veces en demasía— a quienes hemos hecho poco por el mínimo servicio que pudimos prestarle alguna vez, o cualquiera que en el largo camino apartó a su paso las espinas que pudiesen privarle de ver impresa su obra.

Afortunada la editorial Abril al presentarla hoy, y darla a luz en una preciosa y cuidada edición ilustrada por Fabelo. Hombre de pen-

samiento grave y visión goyesca, cada vez que trata a Martí, el pintor se detiene ante él y halla la pureza.

Fabelo pinta sus sueños y cumple el apotegma martiano; acepta valiente sus visiones. Pinta a Martí y lo une a una criatura inocente de la naturaleza. Para el libro ha colocado al Maestro sedente, tranquilo, mirándonos desde el tiempo y desde su profecía. «Mi verso crecerá bajo las hierbas y yo también creceré»; y lleva sobre la mano un pájaro a punto de volar, un tócororo que en su plumaje tiene los colores de la bandera.

Esta nación es martiana, legado que prevalecerá en el tiempo y en el futuro predecible. Unidos marchan el pensamiento de Martí y de Fidel, porque en tiempos difíciles fueron capaces de unir, porque hay un sentido de continuidad, de alcance universal, en cuanto hay de bueno y de grande en las filosofías y religiones humanas, en la gesta inacabada por un mundo mejor.

Es por eso que como la historia no se construye sobre la base de omisiones, ni de sustracciones, ni de áreas de sombras... este libro se publica bajo el principio martiano de que todo aquel que sirvió y fue útil es sagrado y lleva una estrella en su frente que ni su propia ignominia posterior podrá borrar; ello está en el espíritu de esta admirable restitución del tiempo perdido.

De Don Luis, ¿qué más podemos decir?, ¿qué otro comentario podemos hacer? Tan sólo pedirle, muy a pesar de mi discreción de siempre, que nos hable hoy. Él habla con el corazón; lo he visto explicando a los niños, compartiendo con los ancianos, dialogando con los obreros en la guagua en

que va y viene todos los días con la bolsa al hombro, de su casa modesta.

Él ha dedicado el libro, con lealtad latina, a Mireya, que lo ha auxiliado en el desaliento, en la fatiga, en la pena de no ver antes terminada su obra. A ella titula, leal y esposa, es decir fiel y compañera.

Felicito a la Editora Abril por habernos reunidos a todos aquí en el memorial de José Martí, una obra maravillosa de la revolución cubana, en la base del monumento que en su día provocara un inmenso debate en la sociedad cubana.

¿Cómo en un país pobre, con tantos analfabetos, sumido en crisis económica latente y sin remedio, se podría levantar una ofrenda que requería el sudor de los trabajadores, centavo a centavo, en una República que estaba virtualmente en mano de los profanadores de su memoria?

Sin embargo en el decursar del tiempo la aguja de mármol se convirtió en punto central de la Plaza de la Revolución y ha sido ella la que ha construido y despositado con amor, dentro de esa jaula vacía, esa *rara avis* que es la personalidad y la obra de José Martí.

Cuando pasamos al fondo y vimos al Palacio de la Revolución que se prepara para la cumbre mundial me vino a la mente el tirano y su corte que lanzó a la puerta del Palacio de Justicia el cuerpo despedazado de Fontán. Hoy ya nadie se acuerda de sus asesinos y la obra de Fontán está ahí y la Revolución habita entre nosotros.

Luis García Pacual, acepte el homenaje y la gratitud de los cubanos, de la Editorial, el de Armando (Hart) y el de todos nosotros. Ojalá que de este libro se puedan editar miles para que los niños y los jóvenes lo puedan leer, para que sean conocidos los amigos y fieles compañeros de Martí, que fue un ser humano, no fue un Santo. Gracias por acercarnos a su humanidad y su grandeza.

# relecturas

# ¿qué es la sociedad cultural José Martí?

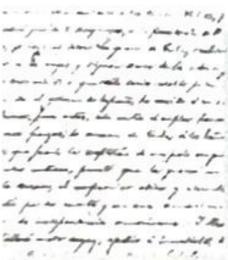
*La respuesta la ofrecen en estas páginas algunos de los jefes de filiales que, a lo largo de toda la isla hacen posible la realización de este importante proyecto cultural y político.*



La Sociedad Cultural José Martí es una identidad no gubernamental, sin fines de lucro, que tiene como funciones difundir el pensamiento martiano, movilizar otras instituciones a debatir las ideas de nuestro héroe nacional, trabajar en coordinación con otros centros (Aulas martianas, Movimiento Juvenil Martiano, entre otros), promover y/o participar en concursos sobre el pensamiento martiano, todo, en estrecha coordinación con la Oficina del Programa Martiano y el Centro de Estudios Martianos, por diferentes vías.

## **Roberto Parson Mg Gibbon**

Isla de la Juventud



La Sociedad Cultural José Martí ha significado la vía idónea por donde divulgar el pensamiento cubano, las tradiciones de lucha revolucionaria del pueblo cubano y sobre todo, el ideario de José Martí. La Sociedad ha permitido aglutinar a instituciones, organismos y a distintos sectores de la población en torno al estudio de la vida y obra de nuestro Héroe Nacional

La Filial Provincial de la Sociedad Cultural José Martí de Ciego de Ávila ha desplegado un trabajo conjunto con las instituciones culturales, el MINED, los centros de educación superior, organizaciones sociales y de masas, con el propósito principal de viabilidad la más amplia difusión del pensamiento martiano. Esto nos ha posibilitado realizar coloquios, eventos científicos, conversatorios, conferencias y demás acciones que sustentan los objetivos básicos de la Sociedad. Es necesario indicar además, que para hacer más efectiva la labor de la Sociedad Cultural hemos ido creando grupos territoriales en los municipios, lo que nos permite una fluidez más precisa de comunicación entre los territorios y la Filial Provincial. Para los meses venideros nos encaminamos a los preparativos del coloquio "De Félix Varela a José Martí"; que hará énfasis especial en la figura de Varela, Luz y Caballero y José Martí. Otro coloquio que desarrollaremos será el dedicado a las luchas estudiantiles universitarias desde Julio Antonio Mella a José Antonio Echeverría, por considerarla una temática clave en la que nuestros jóvenes estudiantes deben estar inmersos, pues los universitarios protagonizaron campañas heroicas en el enfrentamiento a los gobiernos neocoloniales y principalmente a las tiranías de Machado y Batista. Otra proyección nuestra será la continuación de los eventos científicos "Bolívar, Martí y nuestra América" que este año tendrá; como temática especial "Próceres y pensadores de nuestra América" Estos eventos se complementan con los que surjan al firmarse nuevos convenios de trabajo con otras instituciones, lo que posibilitará que el radio de acción de la Sociedad Cultural José Martí se amplíe y consolide.

## **Juan Carlos Mirabal Rodríguez**

Ciego de Ávila

Para mí la Sociedad Cultural José Martí es la organización no gubernamental más importante que existe en nuestro país, ya que entre sus objetivos fundamentales está el de divulgar el pensamiento martiano y los valores de nuestra cultura y de nuestra identidad. Es un vehículo imprescindible que tenemos los amantes de la obra martiana, los revolucionarios, los comunistas, para contribuir a la formación político-ideológica de nuestros niños y jóvenes mediante la transmisión de las ideas del Apóstol y para enseñar también a los adultos cuántas enseñanzas pueden encontrar en las ideas martianas, y demostrar cuánta vigencia hay en su pensamiento, y cuánta belleza en su lenguaje; pues su obra es un ejemplo de cómo se puede usar el idioma español, con gran elegancia y majestuosidad. Además considero que una de las tareas de la Sociedad también es el contribuir a divulgar el pensamiento martiano y la cultura cubana en el Mundo, tan importante también para el futuro de nuestro país.

En estos cuatro años nuestras principales líneas de trabajo son:

—Divulgación de la vida y la obra de José Martí, y de los valores de nuestra cultura mediante actividades científico-metodológicas y pedagógicas.

—Divulgación de los valores de nuestra cultura mediante multimedios. En nuestra Universidad se han confeccionado los siguientes multimedios:

CD: «José Martí en prosa y en verso». Software «Los símbolos patrios.» Software «Ideas martianas en la Universidad».

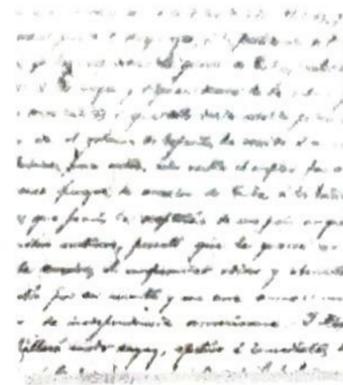
Se encuentran en la INTRANET de la universidad y se han presentado en numerosos eventos municipales, nacionales e internacionales.

—Contribución a la utilización creadora de los Cuadernos Martianos.

—Creación de los bosques martianos a partir de la experiencia del municipio San Antonio de los Baños.

—Ampliación de los grupos territoriales aglutinando a todas aquellas personas amantes de la obra martiana.

**María C. Rivero Suárez**  
La Habana.



La Sociedad Cultural José Martí es el legado martiano, que a pesar de intereses malsanos contra el, nunca se perdió. A Baliño, Mella y la Generación del Centenario, entre otros, le debemos el mantener el batón martiano en un itinerario patriótico. Las aspiraciones de Juan Marinello sobre la recuperación de un Martí total, humano, actual y contemporáneo —como dijera Carlos Rafael Rodríguez— se vieron colmadas en los Seminarios Juveniles Martianos, grupos martianos y cátedras académicas. Es la respuesta a la Revolución, quien incluso antes de *Palabras a los Intelectuales*, llamó a un reverdecer de la cultura y el pensamiento cubano progresista como máximos exponentes de del hecho revolucionario. Al potenciar en un solo haz, los esfuerzos por la divulgación, promoción y estudio de las mejores ideas y expectativas cubanas, incluso planetarias, hay que partir del Maestro.

Por todo ello en nuestra provincia desde un inicio nos propusimos crear un sistema de objetivos que se concretaron en dos espacios: el académico y el no académico. Al primero le proyectamos la superación gradual para el conocimiento teórico y la acción práctica. Así, cursos y conferencias sobre axiología martiana, trabajo con *La Edad de Oro* y textos martianos; diplomados sobre el pensamiento cubano y latinoamericano, el arte de hacer política de raíz martiana y el apoyo a labores investigativas, talleres, eventos y entrenamientos metodológicos como parte del sistema académico para todas las enseñanzas. Al segundo nos propusimos llevar la mejor producción de nuestros artistas e intelectuales: conciertos, representaciones, charlas, encuentros, debates de ideas, instituciones culturales, los medios y la comunidad como lugares para la reflexión y el esparcimiento cultural nacional e internacional, desde una perspectiva martiana.

**José Luis de la Tejera G.**  
Santiago de Cuba



# (RESUMEN) estatutos

## Capítulo I

Del nombre, carácter y domicilio

Artículo 1: Con la denominación de Sociedad Cultural José Martí, queda constituida una sociedad civil que se regirá por los presentes Estatutos, y por las demás leyes y disposiciones que resulten aplicables.

Artículo 2: La Sociedad es una entidad no gubernamental, autónoma, sin fines de lucro, que tiene capacidad para poseer patrimonio propio y ser sujeto de derechos y obligaciones al amparo de la legislación, y que se constituye por tiempo ilimitado.

Artículo 3: La Sociedad defiende el derecho a la palabra, la crítica, la participación y el debate franco y constructivo, dentro y con la Revolución.

Artículo 4: El domicilio de la Sociedad radica en Calzada No. 807, esquina a 4, El Vedado, municipio Plaza de la Revolución, La Habana.

## Capítulo II

De los objetivos, atribuciones y funciones

Artículo 5: La Sociedad se propone los siguientes objetivos:

a) Exaltar y promover el estudio de los valores éticos, políticos y culturales del pensamiento cubano y la lucha patriótica en las diferentes etapas históricas para forjar y defender la nación cubana.

b) Aunar esfuerzos con organismos y organizaciones nacionales para fomentar el estudio de los fundamentos de la nación cubana.

c) Trabajar en favor de la incorporación a la entidad de profesionales de diversos sectores de la sociedad, con marcados intereses en temas culturales, sociales, políticos e ideológicos.

d) Procurar la más amplia difusión del pensamiento martiano en estrecha coordinación con la Oficina del Programa Martiano y el Centro de Estudios Martianos.

e) Debatir y divulgar diversos temas en torno al nacimiento, desarrollo y existencia de la cultura cubana y los elementos que conforman nuestra identidad nacional.

f) Exponer en diversos foros y espacios, nacionales e internacionales, la realidad cubana y el proceso de lucha por la libertad y la independencia de Cuba.

g) Editar una revista que constituya una importante tribuna para la reflexión y debate acerca del pensamiento revolucionario y la cultura cubana.

Artículo 6: La Sociedad, para el logro de sus objetivos, tendrá las funciones y atribuciones siguientes:

a) Establecer relaciones con instituciones culturales, educativas, científicas e investigativas, y con organizaciones sociales afines a sus propósitos, tanto en el territorio nacional como en el extranjero.

b) Gestionar la obtención de donaciones y subvenciones para la ejecución de sus proyectos y actividades.

c) Estimular la creación de Sociedades de igual nombre y objetivos afines entre los cubanos residentes en el exterior, especialmente del sector de la cultura.

### Capítulo III

#### De los principios organizativos

Artículo 7: Los órganos de la Sociedad se integran y desarrollan sus actividades sobre la base de los principios siguientes:

a) La dirección colectiva.

b) La elección periódica de los órganos de dirección, mediante el voto libre, directo y secreto.

c) El cumplimiento obligatorio, por parte de los órganos inferiores, de las decisiones y acuerdos de los superiores.

d) La posibilidad de revocación de los integrantes de los órganos de dirección por parte de la instancia que los eligió.

e) La responsabilidad individual de cada uno de los integrantes de los órganos de dirección.

f) La libertad de discusión, la subordinación de la minoría a la ma-

yoría y el ejercicio de la crítica y la autocrítica en todos los órganos de la Sociedad.

g) El reconocimiento de la personalidad propia y la autonomía funcional y de gestión de las filiales provinciales por parte de los órganos nacionales.

Artículo 8: Las vacantes que se produzcan en los cargos pertenecientes a la Junta de Administración a cada nivel, se cubrirán, en primer lugar, por otro integrante de la propia Junta, a propuesta del Presidente y en votación abierta y directa.

Artículo 9: Las vacantes que se produzcan entre los demás miembros de la Junta de Administración a cada nivel serán cubiertas mediante el principio de cooptación.

Artículo 10: Los acuerdos de las Asambleas y de las reuniones de los órganos de dirección de la Sociedad se adoptan por mayoría simple de votos, salvo en los casos en que específicamente se establezca otra cosa. Existirá quórum con la presencia de más de la mitad de los delegados o miembros, según corresponda.

Artículo 11: Los órganos de la Sociedad son nacionales y provinciales. Se podrán crear grupos municipales y especializados, según las necesidades de cada territorio, cuya propuesta será aprobada por la Junta de Administración nacional. Las filiales se subordinan al órgano nacional, y el Municipio Especial Isla de la Juventud tendrá categoría de órgano provincial.

*(Más información en la sede de la Sociedad)*



Calzada 807 esq. a 4, El Vedado, La Habana, CUBA  
CP 10400 Tel. 552298 / 552233 Fax: (537) 33 4672 / 33 3721

# Centro de Estudios **MARTIANOS**

promueve, investiga y divulga  
la obra de uno de los grandes de América,  
su contexto histórico y sus posibles lecturas

70 títulos y 18 anuarios editados  
en torno a la vida del maestro.

Canje de publicaciones

# 8000

títulos en biblioteca.

Diplomado, entrenamientos, posgrados y  
tutorías para maestrías y doctorados.



HONDA